

*Rosa Sáenz*



***Tremendo  
malentendido***

**Tremendo  
malentendido**

**Rosa Sáenz**

**Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, así como su tratamiento informático, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de recuperación o por otros medios, ya sean electrónicos, mecánicos, por fotografía, registro, etc., sin el permiso previo por escrito de la autora.**

**Título: Tremendo malentendido.**

**© Rosa Sáenz**

**Primera edición: diciembre 2019**

**Gracias por comprar esta novela.**

Dedicado:

A ti. Siempre a ti.

## Agradecimientos

A todo el que esté leyendo estas líneas, ya que, hasta el más exitoso de los autores y la más extraordinaria de las historias, no serían nada si no hubiera alguien a ese lado de la página interesado en leerla y conocer su contenido.

Gracias por ser una de esas personas.

Espero que disfrutes con la lectura de mi novela y, como siempre digo, te proporcione uno de esos ratitos de desconexión que todos necesitamos.

*Te invito a visitar mi blog:*

*El blog de Rosa Sáenz.*

<https://elblogderosasaenz.blogspot.com>

## Sinopsis

Marian es una mujer joven y dinámica, volcada en conseguir que su recién inaugurada empresa de publicidad despegue definitivamente.

Andy es un hombre con una más que holgada posición económica, que se ha ganado el respeto y el reconocimiento de todos al recuperar, con gran esfuerzo, la fortuna familiar perdida tras la muerte de su padre.

Sus caminos se entrecruzan cuando Carlos, un amigo adolescente común, les invita a ambos a un acto benéfico para conseguir juguetes para los niños más desfavorecidos de su barriada.

Marian da por hecho que Andy pertenece a un estatus social mucho más bajo del que en verdad ostenta, sin por ello, poder dejar de sentirse atraída por su personalidad. Al mismo tiempo, en el ámbito laboral, persigue, insistentemente, a un magnate de la industria hotelera porque sabe que, si lo consigue como cliente, le dará el empujón definitivo que necesita su negocio. Todo esto sin saber que, ambos hombres, son la misma persona.

## CAPÍTULO 1

Ya estaba junto a la puerta cuando el teléfono comenzó a sonar.

Consultó el reloj sin moverse y exclamó resignada de camino al salón.

—¡Dios mío! A este paso todo habrá terminado cuando yo llegue.

Tras el último timbrazo, Marian descolgó el auricular.

—¿Se puede saber dónde te metes? —escuchó nada más colocarlo en su oreja.

—¡Hola, mamá! —saludó Marian volviendo a mirar nerviosa su reloj—. Tuve que ir a la oficina y tengo que volver a salir, solo he venido a cambiarme de ropa.

—¿A la oficina en sábado?

—Sí, había quedado con Elena y luego nos hemos ido a comer juntas.

—Pues yo te llamaba para ver si querías pasarte por aquí y cenabas con nosotros.

—Lo siento, tengo un compromiso. He de acudir a una fiesta para niños en una de las barriadas.

—¡Ay, hija!, Qué cosas más raras haces.

—No son raras mamá, se llama conciencia social, deberías practicarla alguna vez —recriminó cariñosamente Marian.

—¡Hija, ya lo hago! —se defendió enérgicamente la señora Corbet.

Para la madre de Marian, participar en las colectas de la cruz roja o en ayuda contra el cáncer y entregar algún donativo a la salida de misa los domingos, alimentaba satisfactoriamente su conciencia social.

—Mamá, ya seguiremos hablando en otro momento, voy tardísimo.

—Bueno, entonces ¿en qué quedamos? ¿Vienes mañana a comer? Tu abuela tiene ganas de verte.

—¿Solo mi abuela?

—¡Anda sinvergüenza!, sabes que tu padre y yo también lo estamos deseando. ¡Eres muy cara de ver!

—Está bien, siendo así, pon un plato más mañana en la mesa. ¿Vale? Y ahora te dejo.

—Muy bien hija, hasta mañana, entonces.

Marian apartó el aparato de su oreja y ya iba a posarlo cuando escuchó a su madre llamarla de nuevo.

—Marian, hija, ten cuidado en ese sitio.

—¡Mamá! —renegó Marian—, solo son pobres. No tienen lepra ni nada por el estilo.

—Sí, hija, tú ríete de mí cuanto quieras, pero la pobreza trae consigo muchos otros males. Hazme caso y vigila a quien tienes a tu lado.

Ya inmersa en el agobiante tráfico del centro en hora punta, recordó las palabras de su madre. Con ella se había mostrado irónica, pero la verdad es que ella misma había dudado si acudir, temiendo por su integridad en aquel lugar. “Por favor”, se renegó así misma. “Que estamos en 1998, a las puertas del siglo XXI y no vives en la selva. No puede ser tan peligroso”.

Carlos era un adolescente encantador. Le había conocido de forma casual en un leve accidente de tráfico en el que alguien había arrollado su bicicleta sin detenerse si quiera. Ella se ofreció para acercarle hasta su casa y el quinceañero resultó ser un locuaz acompañante.

Enseguida se adivinaban sus escasos recursos económicos, pero esa carencia y cualquier otra la suplía con una incipiente simpatía y locuacidad.

Ese día empezó una extraña amistad entre ellos. No tenían nada en común, y, sin embargo, el flujo de empatía, surgió casi al instante. Carlos solía llamarla por teléfono y alguna tarde, a la salida del trabajo, quedaban para cenar juntos en alguna hamburguesería.

El joven parecía verse en la obligación de protegerla, como lo haría cualquier buen amigo. Le daba consejos y pretendía ampliar su círculo de amigos.

Marian, le permitía cosas que no le permitía a nadie. Carlos, con toda su buena intención, pretendía organizarle su vida y su futuro. "Una chica tan guapa no puede estar sola, necesita un hombre a su lado", había vaticinado en una de sus reuniones. Ella le reía las gracias y eso le iba a costar caro.

Había conseguido esquivar un par de citas que le había preparado el mes pasado "con un colega suyo que le iba que ni pintado", según sus palabras, pero ante la reunión de esa tarde, ya no había encontrado excusa alguna. Lo organizaba el párroco de su barriada y consistía en agasajar a los niños con una tarde perfecta.

En un primer momento había intentado escabullirse y Carlos pareció lastimado, así que accedió a acudir a la fiesta. Había recopilado algunos juguetes entre sus empleados y ella misma había comprado tarta y dulces para los pequeños.

Ahora se sentía a gusto consigo misma al haber aceptado.

Divisó la fachada blanca, recién pintada, que Carlos le había dado como referencia. Si había entendido bien, nada más girar la esquina, tendría que verse ya un solar vacío. En efecto, un bullicioso grupo de niños y mayores, ocupaba la calle.

Marian estacionó su coche, justo enfrente de la entrada. Se detuvo un segundo meditando si sería seguro aparcarlo ahí. No era gran cosa, pero era su coche.

Los gritos de Carlos llamándola, le sacaron de su abstracción.

—¡Eh, Marian!

Marian saludó con la mano al alborozado Carlos que le voceaba desde el otro lado de la calle.

—Empezaba a dudar. Creí que te habías arrepentido.

—¿Por qué iba a arrepentirme? —inquirió Marian con gran ánimo—. Solo se me complicó un poco el día, pero ya estoy aquí.

Carlos esbozó una inmensa sonrisa, llena de gratitud.

—Venga, vamos. Te presentaré al padre Miguel.

El joven la tomó de la mano y zigzagueó entre los distintos grupos. Solo con ver lo entusiasmado que estaba, Marian supo que había sido un acierto acudir.

Un melenudo hombre en vaqueros y con camisa negra, respondió al llamamiento de Carlos.

—Mira Miguel, esta es mi amiga Marian.

Miguel gesticuló e hizo mil aspavientos antes de estrechar la mano de Marian.

—¿Marian?, ¿Marian dices? No sé, ahora no caigo, ¿Seguro que me has hablado de ella?

Carlos le propinó un puñetazo en el antebrazo y el padre Miguel se quejó exageradamente.

—Menos mal que has llegado —bromeó el sacerdote—, estaba a punto de suministrarle una dosis de tranquilizante en vena.

—Lo siento, tuve que pasar por la oficina y se alargó más de la cuenta —explicó Marian estrechando la mano del padre—. Para hacerme perdonar he traído algunas cosas para los niños.

Marian rebuscó en su bolsillo y sacó las llaves del coche.

—Carlos, están en el maletero ¿quieres traerlas?

—¡Eres mi invitada! —se quejó Carlos—. No tenías que traer nada.

—Lo sé, pero no me gusta ir de gorrón a casa de mis amigos.

Para Carlos no pasó desapercibido el calificativo que le había dedicado y antes de salir disparado hacia el coche, le guiñó un ojo al padre y este le devolvió el guiño.

En cuanto el joven se alejó de ellos, el padre Miguel pareció hablar mucho más en serio.

—Me alegro mucho de conocerte, Carlos no deja de hablar de ti. Le tienes impresionado y te aseguro que no es fácil de impresionar.

—Es un chico encantador. Él sí que me tiene hipnotizada. Siempre acaba consiguiendo que haga lo que él quiere.

El padre Miguel sonrió divertido. Parecía conocer esa sensación.

Marian calculó que el padre tendría una edad similar a la suya, aunque su rostro reflejaba con más crueldad el paso del tiempo. Sus profundas ojeras y su demacrado color, recordaba el ambiente hostil en que debía abrirse camino diariamente.

El padre señaló las cajas que Carlos, ayudado por un par de chavales más, descargaba del coche.

—¡Dios mío! pero ¿qué has traído? ¿Has saqueado algunos grandes almacenes?

—No, solo a algunos de mis amigos.

Un grupo de niños, entre ocho y doce años, rodearon al sacerdote.

—Miguel, Miguel —chilló uno de ellos—, ¿cuándo hacemos la carrera de sacos?

—Pues ya mismo si queréis. Prepararlo todo y enseguida me reúno con vosotros en la salida.

Carlos llegó sonriente hasta ellos. Colocó las llaves del coche ante los ojos de Marian y comentó orgulloso.

—Ahí te he dejado todas las cajas que ha traído Marian para que las repartas como quieras.

Miguel palmeó sus manos satisfecho. Las friccionó una con otra y luego apuntó a Marian con su dedo índice.

—No creas que esto te exime por haber llegado tarde.

Marian hizo un gesto de sumisión.

—Aceptaré mi castigo con humildad.

—Bien, como penitencia... ¿qué tal si... ejerces de barman un rato?

Marian se encogió de hombros.

—Si no tengo que pagar los vasos que rompa, ¡de acuerdo!

El padre Miguel fue requerido por la chiquillería para que acudiera a la zona marcada como salida para su carrera.

Carlos quedó encargado de acompañarla al improvisado bar.

Por el camino continuó saludando a todo el mundo y presentándola a ella a la mayoría. Parecía ser muy popular.

Al llegar junto al improvisado bar volvió a presentarla a un nuevo amigo y este, por alguna extraña razón, causó un efecto especial en Marian.

—Eh, Andy, deja eso, mira, por fin ha llegado.

El hombre siguió de espaldas, sin inmutarse, con su tarea de apilar unas cajas de botellas. Solo cuando colocó las dos que le quedaban se giró y avanzó hasta ellos.

Sus ojos denotaban un nivel de orgullo muy elevado. Tenía esa mirada típica de los triunfadores. No pegaba para nada en un hombre asentado en ese barrio.

Se limpió las manos en el paño que llevaba echado al hombro y mientras lo hacía, sonrió cálidamente a Marian.

—Esta es Marian. Él es Andy, un tío legal —afirmó Carlos orgulloso—. En teoría debíais haberos conocido el mes pasado, pero vuestras apretadas agendas echaron abajo mis planes.

—Es un placer —afirmó Andy, sin dejar de sonreír cuando estrecho su mano.

—Igualmente —acertó a contestar Marian, totalmente cautivada por aquella sonrisa.

Un chiquillo vino a buscar a Carlos. Al parecer el padre Miguel reclamaba sus servicios, así que Marian se quedó allí plantada con aquel perfecto desconocido.

Marian, fingió seguir atentamente los preparativos de la carrera de sacos, pero le era bastante difícil concentrarse en ella, percibiendo que aquel desconocido no había apartado la vista de ella.

El hombre, soltó la coleta en la que llevaba sujeto el cabello, cuya largura rebasaba los hombros. Y los atusó, mientras comentaba:

—Carlos no deja de hablar de ti a todas horas. Ahora que te veo, casi me arrepiento de que nuestra cita no llegara a cuajar.

Marian le miró mientras volvía a sujetar su pelo con la goma.

—Es un chico encantador —argumentó Marian, intentando retomar el tema de Carlos y olvidar para siempre el de la cita—. Le he tomado mucho afecto.

Marian se fijó en aquel hombre. Seguro que doblaba en edad a Carlos y sin embargo parecían ser buenos amigos. Seguía mirándola fijamente, con sus brazos cruzados. Marian se sintió turbada y tentada estuvo de bajar la mirada. Hubiera sido un error ya que no habría podido disfrutar de una nueva y cálida sonrisa.

Aquellos ojos, color azabache, tenían un brillo muy especial. Era evidente que aquel hombre conocía sus cualidades y sabía sacarles el máximo partido.

—¿Todavía no te han asignado ninguna misión?

—Sí, voy a ser la encargada de la barra durante un rato.

—¡Aja!, pensé que era yo el único tonto al que había engañado. Bueno, pues aquí tienes tu puesto —ofreció entregándole el trapo que llevaba sobre el hombro y apartándose a un lado para que ella pudiera pasar tras la improvisada barra—. Si se te termina el material, no dudes en llamarme.

—Lo haré.

Andy volvió a sonreír pícaramente.

—Supongo que volveremos a vernos —pronosticó mientras se alejaba.

Marian le siguió con la mirada hasta que quedó oculto tras los grupos de gente.

Permaneció en el bar durante casi una hora, sirviendo limonada y refrescos a la chavalería. Carlos estuvo casi todo el tiempo junto a ella, alardeando orgulloso ante sus amigos.

Marian buscó con la mirada a Andy y lo encontró en distintos grupos, en diferentes momentos. Y por fin, le vio avanzar hacia ella. Toda la gente dejó de tener interés para Marian. Incluso le pareció que se apartaban, formando pasillo a su paso.

Solo les separaban unos metros y ya le sonreía de nuevo. Marian se volvió a quedar prendada de aquella sonrisa, sin entender el porqué. Había algo en aquel hombre que rompía con el ambiente. Sus negros ojos, ocultaban más misterios de los que dejaban desvelar.

El brusco zarandeo de Carlos, le hizo salir de su abstracción, justo cuando Andy llegaba hasta ellos.

—Marian ¿no me oyes? Te estoy venga llamar desde allí y no me haces caso.

—Lo siento, ¿qué decías?

—He retado a Miguel a una carrera de parejas mixtas. Venga, quiero que tú seas mi pareja.

A Marian se le cayó el cielo encima. Iba a tener que marcharse sin haber intercambiado una sola palabra con aquel hombre.

—Pero ¿no puedo dejar esto solo? —se excusó torpemente.

Carlos miró a izquierda y derecha y en cuanto localizó a Andy, avanzó hacia él, sin soltar la mano de Marian.

—Andy, ¿Te encargas tú un momento del bar?

Andy sonrió abiertamente y extendió sus brazos en cruz, afirmando complaciente:

—Lo que haga falta.

—Venga, solucionado, vamos antes de que Miguel se arrepienta.

Marian voló literalmente por los aires y para cuando se dio cuenta, Carlos ataba ya fuertemente su tobillo derecho con el izquierdo de él.

El padre Miguel, había elegido como pareja a una joven que abultaba el doble que él.

Dieron la salida y las dos únicas parejas participantes emprendieron la carrera.

Marian necesitó toda su concentración para no caer. Había pasado su brazo alrededor de la cintura de Carlos y este había hecho lo propio, con lo que avanzaban como un solo cuerpo y a gran velocidad.

El padre Miguel y su pareja, no lo hacían del todo mal, pero Carlos y Marian ganaban centímetros por momentos.

En cuanto el sacerdote se dio cuenta de que iba a perder, intentó sujetar a Marian por el brazo. Esta se dio cuenta y con un certero salto a la izquierda, logró esquivarle.

El cura, contaba con alcanzarla, así que al bracear en vacío se desniveló y a punto estuvo de caer. Marian, más como un acto reflejo que otra cosa, intentó ayudarlo y lo único que consiguió es que los cuatros se dieran de bruces contra el suelo.

Todos callaron.

En cuanto el padre Miguel comprobó que ninguno se había lastimado, se levantó rápidamente e intentó hacer lo mismo con su voluminosa pareja para seguir adelante.

Marian reaccionó al instante y se lanzó abalanzándose sobre la pierna del sacerdote y haciéndole caer de nuevo. El padre, gastando el último cartucho que le quedaba, se giró y muy serio exclamó:

—Hija, un poco más de respeto a la autoridad eclesiástica.

—¿Respeto dice? —exclamó indignado Carlos—, ¡Tendrá cara!

A Marian le pareció una situación tan cómica que no pudo contener la risa.

El padre, al verla se contagió, y un segundo más tarde todos reían tirados por el suelo.

Por supuesto la carrera tuvo que declararse nula porque ninguno de los participantes era capaz de desembarazarse de aquel montón de brazos y piernas.

Por fin consiguieron serenarse y Carlos liberó sus pies.

Una mano presta, apareció frente a Marian, ofreciéndose para ayudarla a levantarse.

—¿Te has hecho daño? —se interesó Andy.

—No, estoy bien. Hacía tiempo que no me reía tanto. Creo que mañana tendré agujetas.

Carlos y el padre Miguel, se alejaban ya enzarzados en una nueva riña.

Los dos rieron divertidos al verlos.

—¿Un refresco para pasar mejor el polvo que has tragado? —ofreció Andy.

Marian aceptó de buen grado.

En el bar estaban ya Carlos y el padre Miguel que seguían con su discusión.

—Tienes muy mal perder —acusó Carlos.

—Bueno sí ¿y qué? —se defendió el cura muy serio—. Eso no es malo, te ayuda a superarte.

—Sí, y una leche.

—Niño —recriminó el sacerdote—, habla bien.

—No me digas que esos métodos también te los enseñaron en el seminario.

—No, eso lo he aprendido yo solo.

—Ya veo —intervino Andy, dirigiéndose a Marian—, en un ambiente hostil, ni los curas se libran.

El padre fue el primero en reír la broma.

Continuaron charlando un rato más. Bueno, si hay que ceñirse a la verdad, Carlos y el padre eran los que charlaban, Marian la que contestaba a algunas preguntas y Andy el que escuchaba a todos.

Así fue como Andy se enteró de que Marian dirigía una empresa de publicidad.

La gente empezó a marcharse y el padre les dejó para empezar a despedirse de todos. Andy también se alejó cuando un matrimonio mayor le hizo señas con la mano.

Estaba empezando a anochecer y en cuanto Marian se dio cuenta, le entraron las prisas. La verdad es que no le apetecía mucho tener que cruzarse aquel barrio sumido en las tinieblas.

Carlos y Marian buscaron al padre Miguel para que ella se despidiera.

—¿Ya te marchas?

—Sí, se está haciendo tarde.

—Espera un momento.

El padre pareció buscar a alguien. Cuando lo divisó, levantó el brazo y le hizo señas.

—Eh, Andy, tú también vas para el centro ¿no? ¿Por qué no acompañas a Marian?

—No, no es necesario, muchas gracias —se apresuró a afirmar Marian.

—Faltaría más —insistió el padre—, no voy a dejarte marchar sin una buena escolta.

Andy llegaba hasta ellos en ese momento.

—¿A que no te importa? —le preguntó el padre.

—Por supuesto que no —afirmó amablemente Andy—. Voy a coger mi cazadora.

Andy volvió a alejarse y el padre y Carlos acompañaron a Marian hasta el límite del solar.

—Muchas gracias por haber venido.

—Gracias por haberme invitado, lo he pasado muy bien.

—Tienes que volver otro día, tenemos pendiente una carrera.

—Ni hablar, ha sido una suerte salir ilesa de la de hoy.

El padre rio mientras la abrazaba.

—Te prometo que será una carrera limpia.

Marian se giró hacia Carlos y preguntó a media voz, aunque lo suficientemente fuerte para que el cura lo oyera.

—¿Es pecado si un sacerdote no cumple una promesa?

—Vete tú a saber —contestó Carlos, siguiéndole la broma—, cuando les conviene los curas se sacan de la manga una ley que les exime de todo pecado.

El padre le propinó un cariñoso pescozón en el cuello. Carlos pareció dispuesto a responder, pero Andy llegó en ese momento para poner paz.

—¡Listo!, cuando quieras.

Ambos cruzaron la calle ya en penumbra.

Marian insistió una vez más en que no era necesario que se hubiera molestado.

—No es molestia, al contrario, me viene de perlas. Yo no he traído el coche.

Una vez en el vehículo, Marian no dejaba de sentirse algo incomoda, con aquel desconocido a su lado, aunque, por otra parte, no creía que el padre le hubiera metido al enemigo en casa. Se supone que era un hombre de fiar si el propio sacerdote se lo imponía como guardián.

Aquel silencio le ponía nerviosa.

—Yo pensaba que tú vivías también en el barrio —comentó por entablar conversación.

—No, vivo en el centro, me pillan más cerca del trabajo.

—¿En qué trabajas?

Andy la miró detenidamente antes de contestar. Estaba claro que no le gustaba que indagaran en su vida.

—Trabajo por mi cuenta —fue toda la información que ofreció.

Marian dedujo que, o bien no le gustaban las personas cotillas, o bien, lo de su trabajo era un cuento.

Andy, contrariamente a lo que Marian pudiera pensar, ostentaba una posición económica muy privilegiada, bastante más de la que ella misma tenía.

Era dueño de una de las cadenas hoteleras más importantes del país, aunque con lo que realmente ganaba millones, era con sus inversiones en bolsa.

Movía grandes sumas de dinero y los beneficios que solían obtener eran más que cuantiosos.

—Me ha parecido escuchar antes que tú trabajas en publicidad.

—Sí, así es. He abierto hace poco una agencia.

—¡Vaya!, una mujer emprendedora. Y ¿Cómo te va?

Marian no supo por qué tuvo la necesidad de dejar bien claro que le iba muy bien y casi sin querer, exageró ostensiblemente su carpeta de clientes actual, incluyendo en ella una cadena hotelera, cuando en realidad todavía no había conseguido contactar con su dueño.

Andy recordó que uno de sus colaboradores le había comentado la insistencia con la que una empresa de publicidad, quería contactar con ellos para encargarse de la promoción de sus hoteles. Pensó que sería gracioso que fuera ella. No recordaba el nombre de la empresa.

—¿Cómo se llama tu empresa? —preguntó suponiendo que al oír el nombre lo relacionaría.

—Seguro que no la conoces —contestó Marian, convencida de que, en su círculo de relaciones, nadie utilizaría las empresas de publicidad.

—Dímelo. Quiero que me suene la próxima vez que lo escuche —insistió Andy.

—D&D.

—¡Bingo! —pensó Andy.

—Dinamismo y Diversidad —explicó Marian—, es mi lema.

A ella le hubiera gustado explayarse en el tema. Comentar por ejemplo su objetivo primordial de no repetir campañas. De hacer siempre un trabajo muy personalizado y específico para cada uno de sus clientes. Lo difícil que resultaba abrirse camino...

Algo le decía que aquel hombre era capaz de entenderla, de comprender su entusiasmo y su entrega al trabajo sin condiciones. Casi estuvo tentada de continuar con el tema, pero en el último momento volvió a arrepentirse. No quería ponerle en evidencia hablando de temas laborales tan concretos. Por lo reacio que se había mostrado cuando le preguntó por su trabajo, seguramente estaría en el paro o, en el mejor de los casos, haciendo pequeños trabajillos en algún gremio.

Marian volvió a observarle. Era un hombre de grandes contrastes. Su mirada era poderosa y

su sonrisa cautivadora. Su porte denotaba gran seguridad en sí mismo. Sin embargo, su aspecto descuidado, con aquellos vaqueros desgastados, su chupa de cuero y sus cabellos excesivamente largos para el gusto de Marian, le desacreditaban. Tenía que ser muy difícil para alguien tan orgulloso como él verse rebajado a una situación económica tan precaria como debía de tener. Marian sentía curiosidad por saber cuál era exactamente esa situación. Le preguntaría a Carlos, pero tendría que hacerlo con cautela. Si dejaba traslucir demasiado interés por él, debería soportar el interrogatorio y acoso de su joven amigo.

Circulaba ya por el congestionado centro. Marian volvió a sentirse segura. De nuevo estaba en terreno conocido. Ya no necesitaba de ningún guardaespaldas.

—¿Dónde quieres que te deje? —preguntó casi sin pensar.

Andy se giró para mirarla. Después de unos segundos contestó dibujándose una irónica sonrisa en sus labios.

—Puedes dejarme aquí mismo.

Marian se dio cuenta de que tal vez había resultado demasiado brusca y no era su intención.

—No me interpretes mal, no quería parecer ansiosa por deshacerme de ti.

Andy agudizó su sonrisa al darse cuenta de lo violenta que Marian se sentía.

—No te disculpes, si me dejas en aquella esquina es perfecto.

Marian se cambió de carril y se detuvo junto a la acera.

—¿De verdad te viene bien aquí?, no me importa acercarte a donde sea.

—Vivo muy cerca. Aquí está bien —afirmó Andy sin muestras de enfado alguno.

Ella se lo quedó mirando. Ahora que tenía que despedirse, casi lo lamentaba. No sabía nada de él y, sin embargo, deseaba saberlo todo y no sabía por qué.

Andy también la miraba sin ninguna prisa por abandonar el coche.

Marian creyó que iba a decir algo, pero continuó en silencio, como si esperara que fuera ella la que hablara.

Sin que nada delatara sus intenciones, aproximó su rostro al de Marian y depositó un suave beso en su mejilla, como lo habría hecho cualquier viejo amigo. A Marian se le puso la piel de gallina. Andy, con la puerta abierta, le decía algo.

—¿Perdona?

Las luces de un vehículo que venía de frente, iluminaron la cara de Andy justo en ese instante y Marian le vio sonreír.

—Decía si volveremos a vernos —repitió Andy.

—Oh, sí, claro, —afirmó sin pensar Marian.

Él bajó la cabeza ocultando su sonrisa.

Marian se dio cuenta de que había quedado muy claro que no se había parado a pensar qué le preguntaba. No era muy probable que ella visitara con asiduidad el barrio de Carlos, así que no era muy probable que sus destinos se cruzaran.

Andy continuaba allí, sin cerrar la puerta y Marian se puso nerviosa.

—¿Puedo llamarte algún día? —propuso Andy—, no confío mucho en las casualidades.

El rostro de Andy estaba ahora en una zona de penumbra, pero Marian sentía como su mirada traspasaba la oscuridad y traspasaba su piel, quemándola muy adentro.

Afirmó con la cabeza y por fin Andy cerró la puerta y ella pudo alejarse.

Le espió tímidamente por el espejo retrovisor y le vio allí, con sus manos en los bolsillos de la cazadora, siguiéndola con la mirada. Inmediatamente fijó su vista al frente, como si temiera que él pudiera adivinar que le miraba.

Siguió alterada un rato, pero para cuando llegó a casa ya se había tranquilizado.

## CAPÍTULO 2

Al día siguiente, en casa de sus padres, mientras tomaban el café, volvió a recordarle cuando su madre le preguntó por su buena acción del día anterior.

—Mamá no seas sarcástica —recreminó Marian de buen grado—, no fui a hacer ninguna obra de caridad.

Conocía a su madre y sabía que a veces podría ser más cruel de lo que en realidad deseaba.

—¿Ah no? ¿Pues qué hiciste entonces?

—Visitar a un amigo, conocer el lugar donde vive y a sus amigos.

Por el rabillo del ojo, mientras acercaba el café a su abuela, vio a su madre hacer una mueca.

Marian sonrió a su abuela cuando la vio guiñarle un ojo. Se acercó para besarla en la mejilla y esta le susurró:

—No creo yo que, en un sitio como ese, vayas a encontrar a tu príncipe azul.

Ella volvió a besarla y respondió misteriosa.

—Nunca se sabe, abuela.

Marian bebió un sorbo de café y por un momento se imaginó a Andy como ese príncipe azul. Sonrió oculta tras la taza. Ni siquiera sabía por qué pensaba en esa posibilidad. Tal vez si su forma de vestir fuera otra, si se cortaba el pelo y conseguía un trabajo fijo... tal vez si sus raíces fueran otras y su educación más elaborada...

Marian, aislada por completo de la conversación que se seguía en el salón, continuó con sus devaneos y se recreminó así misma esa conducta. Nunca se había considerado racista, pero tal vez era algo mucho peor, una clasista. Por mucho que Andy perteneciera a una clase humilde, no había nada en su conducta o en su educación que delatara incorrección alguna. ¿Era un delito no saber la lista de los reyes godos o no haber llegado a estudiar los clásicos griegos? No era tan importante y, en realidad, tampoco sabía seguro que no tuviera trabajo. Era una simple suposición. Tal vez no era todo lo bueno que ella desearía, pero...

Aún después de toda esta auto reprimenda, Marian tuvo que reconocer que por mucho que a su parte irracional le atrajera ese hombre, su parte racional y coherente, nunca le dejaría liarse con alguien así. Tenía una buena base, pero le faltaban los detalles. El "yo" era muy aceptable, pero sus circunstancias, le hacían inapropiado.

Durante el resto de la tarde, soportó, una vez más, los reproches de su madre por haberse marchado de casa para vivir por su cuenta y se fue más alegre después de hablar un rato con su abuela y desahogarse con ella. Marian la quería mucho y el sentimiento era mutuo. Para su abuela, ella siempre había sido su nieta favorita. Relevada de todo servicio desde hacía años, su querida nieta era la única que seguía tratándola como si fuera el ser más sabio de la faz de la Tierra. Esa sensación le hacía seguir sintiéndose útil y le gustaba seguir creyendo que aún podía aportar cosas a la humanidad o al menos a su familia.

## CAPÍTULO 3

Después del relajado domingo, llegó el lunes y Marian se hizo el firme propósito de que no pasaría de aquella semana conseguir contactar con el escurridizo Don Antonio Sorbesa.

A media mañana recibió con entusiasmo la visita de Eugenio. Seguro que le traía ya su informe sobre Sorbesa.

Marian conocía a Eugenio desde los años de universidad. Este, después de pasear su espíritu inquieto por varios campus, había abierto una agencia de detectives, así que Marian solía utilizar sus servicios para recopilar información. En el caso de Antonio Sorbesa, pensó que sería buena idea aprovechar todo lo que pudiera descubrir. Desde el primer momento tuvo la impresión de que iba a ser un hueso duro de roer y quería estar preparada. Su instinto le decía que su cadena hostelera, una de las más prestigiosas del país, era solo la punta del iceberg, y ahora, viendo el rostro triunfador de Eugenio, tenía la certeza de que no se había equivocado.

Eugenio se acomodó como si pensara pasar allí el resto de su vida sentado en el despacho de Marian.

—¿Has conseguido algo? —preguntó ella distraídamente, sin demostrar excesivo interés.

Eugenio era algo “fantasma” y no era conveniente darle más coba de la necesaria.

—¿Qué si he conseguido algo? Lo he conseguido todo.

Marian apartó los folios que tenía entre manos y le miró arqueando las cejas.

—No creo que sea para tanto.

Eugenio abrió su portafolios y extrajo un fajo de treinta o cuarenta hojas.

—Juzga por ti misma.

Marian fue a coger el informe, pero Eugenio aprisionó su mano.

—Antes tenemos que hablar de mis honorarios.

Marian se extrañó, Eugenio podía ser muchas cosas, pero no avaro.

—Esta vez quiero un plus extra.

—Nunca ha habido problemas en la cuestión económica. Manda tu factura y se te pagará — concedió Marian intentando de nuevo sin éxito hacerse con el paquete de folios.

—No, el plus que quiero es de otra índole.

Marian se impacientó.

—Eugenio, no tengo toda la mañana. Debo hacer más cosas que jugar contigo a las adivinanzas. ¿Quieres explicarte pronto y claro?

Eugenio sonrió pícaramente, sintiéndose triunfador.

—Creo que este asunto es muy importante para ti. Quiero saber cuánto. ¿Digamos tanto como... para aceptar una invitación mía para cenar?

Marian le miró a los ojos intentando averiguar si el contenido de aquellas hojas podía ocultar un bombazo tan importante como para que Eugenio se atreviera a intentar por millonésima vez salir con ella.

—¿No pretenderás que decida sin haber ojeado esto?

—No hay problema, confié en ti. Solo quiero que prometas que, si esto te resulta útil, aceptarás mi invitación. Sé que serás justa. Cumplirás tu promesa.

En ese instante Marian supo que aquella iba a resultar una lectura reveladora y apasionante. Eugenio tenía que tenerlo muy claro para hacer un trato como aquel.

—De acuerdo, acepto.

Eugenio sonrió satisfecho.

—Bien, iré reservando mesa en el mejor restaurante de la ciudad.

—No he dicho que iré.

Eugenio se levantó y fue hacia la puerta.

—Irás. Ojalá fuera tan seguro que me fuera a tocar la lotería —afirmó mientras salía del despacho.

Marian observó el montón de folios. Acarició el que se encontraba en primer lugar y leyó su contenido.

—Agencia GIDPSA. Informes y seguimiento de D. Antonio Sorbesa Quintanar. Diez de mayo de mil novecientos noventa y ocho.

Se levantó y fue hasta la puerta.

—Elena, no quiero que me pases ninguna llamada. Ninguna —repitió enfáticamente—, a no ser que sea el señor Sorbesa en persona —añadió burlonamente.

La fiel Elena rio socarronamente.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Qué risa!

—¡Reíd cuanto queráis! —exclamó con voz penetrante, como el mejor de los caballeros medievales—. Algún día tendré al poderoso Sorbesa postrado ante mí, comiendo de mi mano.

Marian se encerró en el despacho, escuchando como fondo las risotadas de Elena. No le importó. El montoncito de folios le esperaba y se enfrascó en su lectura con entusiasmo.

Andy, aquel lunes, había llegado a la oficina, como casi todos los días, con un excelente humor.

Como todos los días también, dedicó un cordial saludo a todos los empleados con los que se cruzó y, como siempre, se encerró en su despacho para acometer una nueva jornada. Nada detectaba que aquel lunes fuera especial y, sin embargo, lo era. Seguía sintiéndose atraído por aquella mujer que había conocido el sábado y tras reflexionar el domingo, tenía claro que no la iba a dejar pasar por su lado sin conocerla mejor.

El señor Majler, su secretario, acudió, como todas las mañanas, para ponerle al corriente de lo previsto para el día.

Antonio, como todas las mañanas, lo escuchó con atención, pero antes de que terminara lo interrumpió.

—Señor Majler, creo recordar que hace un par de semanas recibimos una oferta de una agencia de publicidad... D&D creo recordar.

—Así es señor. Ya he cursado orden para que envíen un escrito reclinando sus servicios.

—Que no lo hagan.

El escéptico señor Majler se extrañó, pero no lo demostró con gesto alguno.

—Han llamado varias veces para venir personalmente e informarnos. Seguirán haciéndolo si no denegamos sus servicios —advirtió.

—La próxima vez que llamen, concierte una cita.

—¿Una cita señor? ¿Quiere recibirlos personalmente?

—No, yo no. Que los reciba... García.

—¿García, señor? —inquirió Majler extrañado—. Pero García es de contabilidad, no sabe nada de publicidad —advirtió a su jefe, por si este no se había percatado de ese detalle.

—Sí, ¿cree que eso les obligará a volver a solicitar otra cita?

El señor Majler pareció reflexionar ante la pregunta.

—Supongo que sí, señor.

—Perfecto.

Antonio dio por finalizado el tema, pero el señor Majler con toda su buena intención quiso cerciorarse de que su jefe se encontraba en perfecto estado esa mañana.

—Señor Sorbesa, me permito recordarle que entre sus empresas usted cuenta con una agencia de publicidad.

—Sí, lo sé —afirmó con una sonrisa Antonio—, pero tal vez por eso no somos muy objetivos ¿no cree? He pensado que igual es bueno contar con una visión de alguien ajeno totalmente ¿Qué le parece?

El pausado Majler, respondió tras unos segundos.

—Tal vez en ese caso sería mejor contar con los servicios de una agencia de prestigio. Por lo poco que sé D&D es una empresa de reciente creación. No sabemos mucho de ella.

—Sí, tiene razón.

El señor Majler creyó que su jefe había entrado en razón, pero se equivocó.

—Encargue a alguien que investigue sobre la empresa. Que averigüe todo lo que pueda sobre sus socios, personal y laboralmente.

Majler llevaba más de diez años trabajando para Sorbesa y no le había visto cometer nunca ningún error de esa índole, así que no tuvo ninguna duda de que había una razón poderosa para que su jefe tomara una decisión tan descabellada. No insistió más y se retiró para cumplir su encargo personalmente.

En cuanto Majler abandonó su despacho, Antonio abrió la guía de teléfonos y buscó afanosamente el que correspondía a la agencia D&D. Necesitaba volver a escuchar aquella voz para mantener el recuerdo vivo. Casi no podía recordar su rostro, pero, aunque le había gustado, no era su cara lo que le había hechizado.

Quedó contrariado cuando no consiguió que aquella inflexible mujer le pasara su llamada a Marian. Todo lo que le concedió fue la promesa de que le pasaría el recado.

—¿Cómo dice que se llama?

—Andy.

—¿Andy que más?

—Solo Andy, ella sabrá quién soy. Dígale que volveré a llamar.

Antonio escuchó el clic de fin de comunicación casi al instante. Tuvo la certeza de que aquella mujer no iba a molestarse en pasarle el recado. En cuanto supo que la llamada era personal pareció perder el interés y el encanto.

—Bueno —pensó Antonio—, le concederé el beneficio de la duda, al menos durante un día.

Marian pidió que le llevaran un sándwich a la hora de comer. No quería dejar aquello. Después de leer afanosamente el informe que Eugenio le había entregado, quiso comprobar algunos de los datos personalmente. Eugenio había hecho un buen trabajo. Todo lo que aparecía en el informe parecía exacto. Elena entró con las últimas comprobaciones.

—¡Caray!, parece que hemos topado con un pez gordo —exclamó más animada que de costumbre—. Tenías razón, el complejo de Miami también es suyo. Así que, resumiendo, tenemos los hoteles, la agencia de viajes, la cadena de restaurantes de la costa y sus fuertes inversiones en bolsa, que nosotros sepamos. Igual hay más. ¿Cómo has dado con este tipo?

—Pues no lo sé. Escuché su nombre en una reunión y poco después volví a oír comentarios

en la recepción a la que tuve que acompañar a mis padres el mes pasado ¿te acuerdas? Fue tan seguido que sentí curiosidad y me pareció que podía ser un buen reclamo para otros clientes del sector. La verdad es que ahora empiezo a dudarlo.

—¿Por qué? —se extrañó Elena.

—Tal vez sea demasiado grande para nosotros.

—¡Qué tontería! —exclamó Elena.

Marian sonrió. Necesitaba que alguien le confirmara que no era tan descabellado lo que se proponía y Elena acababa de hacerlo.

—No lo dices por compromiso, ¿verdad? ¿Sinceramente crees que podemos hacerlo?

—¡Pues claro! No te dejaría hacerlo si pensara que puedes quedar en ridículo.

Sí, Marian sabía que no le mentiría en algo así. La había contratado porque era pariente de un familiar de su cuñado. Solo hacía un año que la conocía, pero se había convertido en su colaboradora más fiel y a la vez más crítica. Tal vez por los quince años de edad que las separaban, Marian solía recurrir a ella buscando ese otro punto de vista más sereno y Elena se lo proporcionaba. Respondía al típico retrato robot de “soltera empedernida”. Independiente, testaruda, desconfiada y dedicada a su trabajo en cuerpo y alma, como refugio contra la soledad.

Marian se acomodó en su sillón y lo hizo girar a derecha e izquierda, dejándose bambolear de un lado a otro. Aquel hombre empezaba a obsesionarla. Se había extrañado al conocer su edad. No sabía por qué razón había pensado que se trataría de un hombre mucho mayor, pero solo tenía seis años más que la propia Marian. ¿Cómo puede hacerse alguien tan rico en tan poco tiempo? Ella estaba empezando ahora a ganarse la vida por sí misma. Había leído en el informe de Eugenio que pertenecía a una familia pudiente, pero habían sufrido un revés económico muy grande hacía unos años. La mayor parte del patrimonio del que ahora gozaba la familia Sorbesa, había sido adquirido con los beneficios de los negocios del hijo mayor de los Sorbesa, Antonio.

Marian volvió a releer la parte del informe en que hablaba del patriarca de la familia. Al parecer había fallecido junto con su chófer hacía nueve años, en un accidente de tráfico. Había enviudado cuando su hijo solo tenía tres años y se casó en segundas nupcias dos años más tarde. Tuvo tres hijos más con su segunda esposa. Dos de ellos gemelos. Cuando murió, los administradores que su mujer contrató se hicieron cargo de las empresas y en pocos meses llevaron casi a la ruina a la familia. Entonces fue cuando Antonio, su hijo mayor, recogió las migajas y de la noche a la mañana, en menos de tres años, consiguió recuperar todo lo perdido.

Marian admiraba a la gente con ese aplomo y ese tesón. Su caso era totalmente contrario. Siempre había sido ella la que se había apoyado en su familia, nunca nadie había necesitado su ayuda. Por eso era tan importante para ella convencer y convencerse a sí misma, de que podía valerse sola.

Intentó ponerle rostro a aquel hombre. ¿Cómo sería? ¿Rudo, fuerte, de facciones marcadas? Sin saber el momento exacto en el que ocurrió, el rostro de Andy se mezcló en sus pensamientos. Tal vez su subconsciente había encontrado alguna similitud entre aquellos dos hombres. Después de todo, los dos habían tenido que salir adelante por sí mismos. Al parecer, uno con más éxito que el otro, desde luego.

Marian consultó su reloj. Ya era hora de irse a casa. Habría jurado que no iba a terminar la jornada sin que Andy la llamara, pero al parecer se había equivocado. No le proporcionó su teléfono, pero seguro que si hubiera tenido interés lo habría averiguado, preguntándoselo a Carlos, por ejemplo. Cuando le pidió permiso para llamarla casi accedió por compromiso. No tenía intención de volver a verle, sin embargo, ahora que no había llamado, se sentía abandonada.

Marian suspiró profundamente y exclamó en voz alta.

—¡Ay! ¡Qué rarita eres, hijita!

Se levantó, apagó las luces y abandonó las oficinas rumbo a casa.

## CAPÍTULO 4

A la mañana siguiente, retomó las tareas con más ánimo que nunca. No iba a abandonar. A Elena le gustó verla tan animada.

—¿Ya no hay dudas? —preguntó cuándo su jefa se sentó sobre su mesa.

—No hay dudas. Sé que podemos hacerlo, solo nos queda convencer al escurridizo señor Sorbesa.

Elena quiso probar hasta dónde llegaba su convencimiento.

—¿Y si no lo consigues?

—Solo quiero que me diga a la cara que rechaza nuestros servicios. Solo entonces le dejaré en paz.

—¡Bien dicho! —animó Elena.

Marian hizo un gesto afirmativo y sin levantarse de la mesa de su ayudante ordenó:

—Marca el número de su oficina —hablaré personalmente con ellos.

—¿Ahora?

—Ahora mismo. Quiero saber si han estudiado nuestra propuesta.

Marian se encaminó hacia su despacho sin saber muy bien a que había venido ese arranque de valentía. Ahora ya no podía echarse atrás.

Su teléfono repiqueteaba ya cuando entró al despacho, anunciando que su llamada la esperaba. Elena le pasó la comunicación y esperó ansiosa a que se apagara la luz del teléfono que indicaba que había colgado.

Marian volvió a aparecer en el quicio con la boca semiabierta y la mirada perdida. Elena temió lo peor.

—¿Lo han desechado?

Marian negó con la cabeza antes de contestar.

—No, parecen interesados. Quieren que les expliquemos más detenidamente nuestra propuesta.

—¿En serio? ¿Cómo lo hiciste?

—No tuve que hacer nada —contestó incrédula Marian—. Parecían estar esperando mi llamada. En cuanto dije quién era me pasaron con otra persona que insistió en la cita.

—¿Era el señor Sorbesa? —preguntó Elena.

—No, no. Era un nombre extranjero, Madler, Manger o algo así.

—Bueno, chiquilla, hemos dado el primer paso —exclamó entusiasmada Elena.

Marian pareció salir de su letargo y reaccionar ante lo que se le venía encima.

—Tengo que prepararme. He de estudiar concienzudamente toda la campaña.

Elena la sujetó por el brazo antes de que escapara hacia el despacho.

—¿No pensarás acudir tú en persona a la entrevista?

Marian se detuvo y la miró extrañada.

—Yo diseñé la campaña, soy la que más la conozco. ¿Por qué no iba a ir?

—Da mala imagen. Te descubrirás. Verán lo ansiosa que estás.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. No deben saber lo importante que es para nosotros conseguir su contrato. Debe parecer que son uno más.

—Tal vez tengas razón.

—La tengo.

—Bien, entonces llama a Gerardo y Marcos, que vengan a mi despacho. Les pondré al corriente de todo y que sean ellos los que acudan.

Marian se giró decidida rumbo a su despacho, pero se detuvo de nuevo.

—Adviérteles que llamen a su casa. No irán a comer, ni a cenar si hace falta. No pienso dejarles salir de aquí hasta que no hayan memorizado hasta el más mínimo detalle.

Elena sonrió. Ese era el tipo de métodos que ella prefería. Drásticos y autoritarios. En su opinión su jefa los empleaba en escasas ocasiones.

El teléfono repiqueteó en ese momento. Marian subió el tono para que Elena la oyese.

—Elena en cuanto puedas entra tú también, quiero que me ayudes.

—Marian —llamó la recepcionista—, es para ti, un tal Andy.

—¿Andy? —repitió sorprendida.

—¿Le digo que estás ocupada?

Gerardo y Marcos salieron de sus despachos. Marian hizo una seña a la recepcionista para que esperara un momento.

—Entrad en mi despacho, por favor, enseguida estoy con vosotros.

Marian fue hacia la mesa de Elena.

—Pásamela, la cogeré desde aquí mismo.

Elena llegó en ese momento y Marian se sintió un poco violenta. Le hizo una seña para que se mantuviera en silencio.

—¿Andy?

La voz penetrante de Andy, resonó a través del auricular haciéndola estremecer como cuando sintió su mejilla junto a la suya en el coche.

—¡Hola! ¿Ocupada?

—Bueno, un poco. Estaba a punto de entrar a una reunión.

Marian observaba a Elena que no dejaba de gesticular ante ella y volvió a exigirle que guardara silencio.

—Siento haberte cogido en mal momento. Te llamé ayer.

—¿Me llamaste? —se extrañó Marian.

—Sí, ¿no te dieron el recado?

Elena volvió a gesticular.

—Espera un segundo, por favor.

Marian retiró el auricular y preguntó a Elena.

—¿Cogiste tú una llamada para mí?

—Es lo que intento decirte desde hace un rato. Lo siento, se me olvidó.

—¿Se te olvidó? ¿Qué clase de ayudante estás tú hecha?

Marian no tuvo la picardía de tapar bien el auricular y Andy escuchó su regañina a Elena. Al instante la volvió a oír ponerse al teléfono.

—Perdona Andy, creo que traspapelé la nota que me dejaron —mintió para encubrir a su ayudante—. Lo siento.

—No tiene importancia. ¿Podemos quedar esta tarde?

—¿Esta tarde? No, lo siento, no podrá ser. Tengo mucho trabajo. Saldré muy tarde.

Marcos repiqueteó con sus nudillos en el marco de la puerta.

—¿Vienes o no? Quiero dormir en casa la semana que viene.

—Voy enseguida —contestó de mala gana Marian—. Andy lo siento, pero tengo que colgar.

—Bueno, no importa, no te preocupes.

A Marian le pareció que sin querer había herido a Andy. Era cierto que no podía salir, pero algo le decía que Andy no lo veía así.

—De verdad que me es imposible —intentó justificarse de nuevo.

—No pasa nada. Lo dejamos para otra ocasión. ¿De acuerdo?

—Perfecto.

—Adiós, volveré a llamarte.

Marian colgó y algo le dijo en su interior que no tenía intención de volverla a llamar. Le había herido y para la gente como Andy, el orgullo era algo muy importante. Sabía que no le concedería una nueva oportunidad de humillarle.

Tristemente entró en el despacho.

Martirizó a sus ayudantes el resto del día y casi a las diez de la noche, tuvo que ser la inflexible de Elena la que pidiera clemencia para ellos.

## CAPÍTULO 5

El miércoles, no fue mucho mejor. La cita estaba concertada para la mañana siguiente y Marian pretendía que hubieran asimilado toda lo que a ella le costó diez días de trabajo creativo. Los resultados a las siete de la tarde, eran bastante satisfactorios para todos, menos para Marian que seguía pensando que ella podía defender mejor el proyecto.

—Es una primera entrevista, solo hay que hacerles morder el anzuelo. Que se sientan interesados y, sobre todo, intrigados. Para una segunda reunión tú misma podrás acudir.

Marian paseaba nerviosa de un lado a otro.

—Sí, lo malo es si por vuestra culpa —afirmó dando un afectuoso pescozón a Marcos—, no hay segunda reunión.

—La habrá, confía en nosotros. Somos tus mejores hombres —exclamó sonriente Gerardo.

—Sois mis únicos hombres —rectificó Marian.

—Bueno, es lo mismo ¿no?

Marian no pudo aguantar más la risa.

—Sí, más o menos. En fin, no tengo más remedio que confiar en vuestras habilidades ocultas.

—¿Eso quiere decir que podemos irnos?

—Sí, pero si no lo conseguís, no os molestéis en regresar mañana —amenazó sin conseguir transmitir la más mínima credibilidad.

En cuanto los dos hombres abandonaron el despacho, Sara, la tímida recepcionista entró.

—Perdona, tu amigo Carlos ha estado esperando un rato.

—¿Se ha ido?

—Venía con un amigo. Han dicho que te esperan en el bar de abajo.

—¡Estupendo! ¡Éramos pocos y parió la abuela! —murmuró enfáticamente Elena.

—¿Qué refunfuñas? —preguntó Marian mientras recogía la mesa.

—Ya sabes lo que opino de ese amiguito tuyo de los bajos fondos. Solo quiere aprovecharse de ti. Y ahora por si fuera poco él solo, se trae compañía.

Marian rio divertida.

—Mira que eres remilgada. No tiene por qué ser una mala persona solo por no ser de tu clase.

—Las probabilidades son mucho mayores y no me digas que no.

—¡Bah! Tonterías. Carlos es un chico estupendo. Mucho más sano y sincero de lo que lo son otros de más abolengo.

Elena la vio coger la chaqueta y el bolso y se alarmó.

—¿Te vas ya?

—¿No has oído? Me están esperando.

—¿Pero es que te vas a ir con ellos?

Marian de camino hacia la puerta, apuntó con el dedo índice a su amiga y la regañó cariñosamente.

—Elena, no es bueno ser tan desconfiada.

—Y tampoco serlo tan poco como tú.

—Está bien, si mañana no he llegado para las nueve, llama a la policía —ordenó mientras se dirigía a la puerta.

—No te burles y ten cuidado.

—Sí, mamá.

En cuanto se cerraron las puertas del ascensor Marian atusó su pelo, retocó sus labios y perfumó los lóbulos de sus orejas. Para cuando llegó al portal sus mejillas sonrojadas, denotaban una subida de la temperatura corporal.

Mientras cruzaba la calle rogó al cielo que Carlos hubiera tenido la genial idea de traer a Andy, seguro que era la única forma de que ella volviera a verlo.

Supo que no estaba todo perdido cuando divisó unas fornidas espaldas con una coleta de negros cabellos colgando sobre ellas. El rostro de Carlos apareció por uno de los costados, haciéndole señas para que se acercara.

Marian se situó entre los dos hombres.

—Vaya sorpresa —exclamó sonriente.

Carlos la besó en la mejilla como hacía siempre y Andy imitó el gesto.

—No os esperaba.

—No teníamos pensado nada —explicó Carlos—, me encontré con Andy y cuando nos dimos cuenta estábamos muy cerca de aquí, así que pensamos en darte una sorpresa.

—Pues me la habéis dado.

Marian se había girado hacia Carlos. Había deseado volver a ver a Andy, pero ahora que lo tenía allí mismo, se estaba poniendo muy nerviosa.

—No te importa que nos hayamos presentado sin avisar, ¿verdad? Tuve una mala experiencia con el teléfono.

Marian sonrió sonrojándose de nuevo.

—No me importa, al contrario, he trabajado mucho, me merecía una recompensa.

—Bien, vamos a divertirnos entonces —propuso Carlos, frotándose las manos—. Vosotros mandáis, este no es mi barrio. ¿Dónde se pueden tomar unas *copas* por aquí?

Andy, imitando el vocabulario de Carlos hizo una propuesta.

—Aquí cerca hay un bar *chachi*, donde sirven unos *refrescos* guays.

Marian rio divertida. No sabía por qué, pero aquella forma de hablar sonaba fuera de lugar en labios de Andy.

Este se puso en camino hacia la puerta y Marian le siguió sin poder contener la risa al ver la cara de Carlos.

—Oye, no me fastidies.

Andy se detuvo y se giró para enfrentarse a él.

—Sabes las normas —afirmó drásticamente.

—Estoy acostumbrado, no pasa nada. Sabes que cuando salgo con la pandilla bebo.

—Lo sé y no me gusta, así que cuando sales conmigo nada de alcohol.

Andy seguía allí parado en medio del bar. Parecía dispuesto a no moverse hasta que aquello se aclarase.

Carlos miró suplicante a Marian, pero esta se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—A mí no me mires, sabes que soy de la misma opinión.

Andy pareció satisfecho al recibir su apoyo.

Carlos gesticuló exageradamente y al fin cedió.

—Está bien, vaya par de muermos. No sé cómo os aguanto.

Andy desplegó una hermosa sonrisa. No pronunció palabra, pero supo transmitir a su joven amigo lo orgulloso que estaba de él.

Se instalaron en la mesa más alejada de los altavoces que encontraron. Aun así, la música les impedía hablar en un tono normal. Carlos servicial se ofreció para ir a buscar las consumiciones.

—Yo quiero una Coca Cola.

—Para mí algo de limón, lo que sea.

Carlos estiró los brazos en cruz.

—Oye podéis pedir un cubata, lo resistiré.

—No quiero un cubata —negó Marian—, quiero una Coca Cola.

Carlos se alejó hacia la barra.

—¿Crees que somos muy duros con él? —le preguntó Andy.

—No, no lo creo. Carlos me dijo que su padre bebía mucho.

Andy pareció sorprendido de que ella lo supiera.

—Sí, es cierto. Debe de confiar mucho en ti, no es algo que comente con la gente.

Marian se sintió halagada y quiso corresponder.

—Bueno, también parece confiar en ti. También lo sabes.

Andy sonrió.

—No por él. Lo viví de primera mano. Conocí a su padre.

—¡Ah! No lo sabía.

—Aquí están las bebidas —anunció Carlos—, Coca Cola para la señorita, limonada para el caballero y tónica para el benjamín. ¡Vamos a coger una cogorza de no te menees!

Carlos se proclamó el interlocutor principal. Informó alternativamente a sus dos amigos sobre la vida y milagros del otro. Andy tuvo mucho cuidado de que no desvelara nada importante de él. Supo variar el rumbo de la conversación en todas las ocasiones en que los detalles sobre su persona pudieran ser peligrosamente reveladores. Por el contrario, recabó muchos detalles sobre Marian y su familia. Supo lo importante que su abuela era para ella y el empeño de su madre por conseguir que sus dos hermanas mayores se convirtieran en su ejemplo a seguir.

—¿Y lo ha conseguido? —preguntó Andy.

—Me temo que fracasó. Quiero mucho a mis hermanas, pero no me atrae la vida que llevan.

—¿Y eso? —insistió Andy interesado.

—La idea de casarme y que a partir de entonces mi único objetivo en la vida sea convertirme en la sombra de mi marido, cuidar de su casa y de sus hijos, la verdad no me atrae mucho.

Andy sonrió irónico.

—¿No quieres casarte y sentirte protegida?

—Quiero casarme y sentirme amada. Protegida también, pero no agobiada. Quiero tener una familia y que mi marido sea una parte importante en mi vida y yo en la suya.

Andy volvió a sonreír y Marian tuvo la impresión de que no se había explicado bien.

—Mis hermanas eligieron a sus maridos teniendo en cuenta su posición social, su buen estatus económico, los gustos de mis padres y por último y como algo extraordinario, llegó el amor. Creo que empezaron a amarles cuando ya estaban casadas con ellos. Yo no quiero que sea así. Mi orden de preferencias es totalmente contrario.

—¿Deduzco que no te gustan los millonarios? —se aventuró a afirmar Andy.

—No especialmente.

Carlos soltó una sonora carcajada que Marian no comprendió.

—Entonces ¿prefieres los de clases menos privilegiadas? —preguntó Andy, fulminando a

Carlos con la mirada.

Marian se quedó paralizada. Estaba ante una encerrona. Sin querer ella misma había caído en la trampa. No quería que pensara que era una frívola a la que solo le gustaba el olor del dinero, pero tampoco quería que pensara que le gustaba vivir con estrecheces y mucho menos que él personalmente, pudiera hacerse ilusiones.

Marian no sabía que contestar. Las carcajadas de Carlos aún la confundieron más.

—No le hagas caso —afirmó Carlos sin dejar de reír—, ¿no ves que te está tomando el pelo?

El joven, que conocía el más que desahogado estado económico de Andy, vio claro que solo intentaba sonsacarle información. Sabía que a Andy no le gustaba ir fanfarroneando de su cuenta bancaria, esa era una de las razones por las que le caía tan bien, pero no imaginaba que Marian no conociera ya su privilegiada situación.

Andy, que no estaba dispuesto a desvelar su secreto, prefirió pasar por un pérfido burlón.

Carlos había quedado con unos amigos así que al salir del bar se despidió. Marian creyó que Andy se quedaría con ella, pero no fue así.

—Quedaros vosotros un poco más. Que yo tenga que irme no es razón para que vosotros os retiréis. A vuestra edad ya no necesitáis carabina.

—¿Has oído al mocoso este? —exclamó Marian haciéndose la ofendida—. ¡A vuestra edad!, nos está llamando carrozas.

Carlos rio divertido.

—Bueno, yo me marchó.

—Espera, voy contigo —insistió Andy—, ya es tarde y mañana tengo que madrugar. Tengo trabajo a primera hora.

Andy tomó a Marian por los hombros y la besó en la mejilla.

—Te llamaré otro día, pero dile a Elena que, por favor, te pase mi recado ¿vale?

Marian bajó la cabeza avergonzada.

—¿Así que me oíste reñirla?

Andy afirmó mordiéndose el labio.

—No lo hizo con mala intención —excusó Marian.

—¿Quién? ¿Elena? —preguntó Carlos—. ¿Elena te cogió el teléfono?

Los dos le miraron extrañados por sus aspavientos.

—¿No le dirías que eras amigo mío?

—Pues no me lo preguntó.

—¡Te has caído con todo el equipo, macho! Si te ha cogido manía sin saber que me conoces, espera a que lo descubra.

Marian le propinó un golpe en el brazo.

—¡Carlos! sabes que no es cierto. No te tiene manía.

—No mientas, se te arruga el entrecejo.

—¿En serio? —inquirió Andy agachándose para comprobarlo.

—Sí. Mira aquí, ¿no lo ves?

—Sí, es cierto, esas arruguitas dices ¿no?

Marian se tapó la cara con las manos.

—¡Basta ya! ¡Dejarme en paz!

Los dos hombres rieron divertidos al ver el mal rato que estaba pasando Marian.

Andy volvió a ponerse serio y apoyando su mano sobre el antebrazo de Marian se ofreció para acompañarla hasta el coche.

—No hace falta, muchas gracias.

—¿Seguro? No nos cuesta nada.

—No, de verdad, lo tengo aquí mismo.

Andy le dedicó una nueva sonrisa.

—Bueno, hasta otro día entonces —afirmó besándole de nuevo la mejilla.

—Adiós.

Marian no dejó de pensar en el encuentro durante su regreso a casa. Le había gustado que fueran a buscarla. Andy por más que ella se resistiera estaba consiguiendo calar hondo. Era la segunda vez que le veía y ya estaba deseando que hubiera una tercera. ¿Por qué?, se preguntó a sí misma. ¿Qué había en aquel hombre para que hubiera llamado tanto su atención? Ni siquiera le gustaba su forma de vestir o su extravagante coleta. Bueno, tampoco era eso, pese a ello, lo encontraba atractivo, pero estaba segura que con otro estilo de vestir o con el pelo más corto, estaría mucho más interesante.

## CAPÍTULO 6

Andy llegó algo más temprano que de costumbre. Quería estar allí cuando llegaran los de D&D. Suponía que, en una primera entrevista, no vendría Marian en persona, pero no quería arriesgarse. Si ella se presentaba, él mismo la recibiría.

—¡Buenos días, Majler! ¿Han llegado ya los de la agencia de publicidad?

—No señor, pero, si son puntuales, tienen que estar a punto de hacerlo.

—¿García está listo?

—Sí señor.

—Bien. Manténgame informado, ¿quiere?

—Por supuesto.

Majler salió del despacho sin hacer ningún comentario. Era extraño el comportamiento del señor Sorbesa y se moría de ganas por saber el motivo de esa conducta, pero sus principios le impedían preguntar. El tiempo se encargaría de explicarlo todo a su debido tiempo.

Andy estuvo pendiente de la llegada de los de la agencia. En su despacho del segundo piso, disponía de un ventanal desde el que se divisaba casi la totalidad de las mesas de la primera planta y por supuesto la del contable García, quedaba en el ángulo perfecto. Casi había sido la única razón para que recayera en él la elección. Vio llegar a dos hombres que rápidamente empezaron a dar sus explicaciones al inexperto y recién ascendido al cargo de “publicista temporal”, señor García.

Consiguieron maravillarle. Para un contable era impensable que unas simples frases, intercaladas entre algunas fotografías e imágenes, pudieran llevar implícitas tantos mensajes ocultos. Siguiendo las instrucciones que el señor Majler le había dado, pidió un informe escrito de las bases más importantes de su proyecto. En cuanto se lo entregaran, él lo haría llegar a sus superiores y, si les agradaba a estos, se podría pasar a una segunda fase. Los dos publicistas, quedaron en entregar el informe a la mañana siguiente sin falta.

Cuando al día siguiente, Marcos llevó el informe, el señor García tenía nuevas instrucciones y Marcos corrió a la agencia para informar a Marian.

—Han cambiado de idea. Dicen que les costará demasiado estudiar el informe. Quieren que alguien vaya explicando y resaltando lo primordial. Me dejaron entrever que sería muy interesante para nosotros que la exposición la pudiera hacer personalmente la persona que haya diseñado la campaña, para poder ir subsanando los problemas que puedan ir surgiendo sobre la marcha.

—Ni hablar —negó Elena—, es demasiado pronto para que tú entres en escena.

—Pero Elena —protestó Marian—, ya los has oído. Quieren al responsable. Y el responsable soy yo. Perderemos la oportunidad.

—Soy de la misma opinión —apoyó Marcos—. Esa gente sabe muy bien lo que quiere y son de los que siempre lo consiguen. Si no lo hacemos a su manera, no lo haremos.

—Si vas ahora —insistió Elena—, te verán ansiosa, sabrán lo importante que es para nosotros y nos apretarán las tuercas.

—No me importa que me aprieten las tuercas, lo que quiero es que me contraten.

—Ya, pero...

Elena intentó, como siempre, salirse con la suya, pero Marian también era testaruda y había tomado una decisión.

—No hablemos más del asunto. Acudiré a la entrevista. ¿Para cuándo has quedado?

—No quedé en nada concreto. Quieren que llames tú personalmente.

—¿A Sorbesa?

—Sí, claro, él es el que quiere acudir personalmente a la reunión.

Marian sonrió satisfecha e interrogó a la contrariada Elena.

—¿No te parece eso una prueba de su buena voluntad? Si el gran jefe en persona va a acudir a la segunda reunión, no veo por qué no puedo hacerlo yo.

Elena no replicó, pero seguía pensando que la táctica elegida no era la mejor.

—Decirle a Sara que intente contactar con el señor Sorbesa y me lo pase cuando lo consiga.

Elena y Marcos abandonaron el despacho y un par de minutos después sonó el pitido del intercomunicador.

—¡Vaya! —pensó Marian—, ha habido suerte a la primera.

—Marian, tienes una llamada. Andy.

—¿Andy?

—Sí. ¿Te la pasó?

—¿Has llamado al señor Sorbesa?

—Sí, pero me han dicho que estaba al teléfono. Vuelvo a intentarlo ahora.

—Bien. Pásame a Andy y avísame cuando consigas comunicar.

—Muy bien.

—¿Andy?

—Hola. ¿Ocupada?

—No. Bueno, espero una llamada, pero mientras llega, tenemos tiempo.

Se hizo un silencio que a Marian le pareció eterno. Sentía a Andy al otro lado, casi podía oír su respiración y tenía miedo de que él pudiera escuchar galopar su corazón.

—Me gustaría volver a verte —afirmó al fin Andy.

—A mí también —confesó Marian en un ataque de sinceridad que le sorprendió hasta a ella misma.

—Bien. —musitó Andy—. ¿Cenamos juntos?

—¿Hoy?

El pitido del interfono les interrumpió.

—Andy, perdona un momento.

—Marian. Me han pasado con el despacho del señor Sorbesa. Estoy en espera.

—Dame dos segundos —pidió Marian.

—Andy, no puedo seguir hablando.

—¿Tu importante llamada?

—Sí, llegó antes de lo previsto. Respecto a la cena ¿te importa si lo dejamos para mañana? Creo que hoy me será imposible.

Andy pareció pensarlo y Marian volvió a temer que le hubiera ofendido, pero debía de comprender que su vida era bastante más ajetreada que la de un parado.

—Está bien —contestó al fin—, mañana entonces. ¿A las ocho?

—Bien.

—Pasaré a recogerte a la oficina. Hasta mañana.

Marian escuchó el clic casi al instante. Respiró hondo y pulsó la tecla para recoger la

siguiente llamada.

—Soy Marian Corbet. ¿El señor Sorbesa?

—Buenos días señorita Corbet, soy Majler, tuve el gusto de hablar con usted hace unos días.

—Sí, lo recuerdo.

—El señor Sorbesa está atendiendo otra llamada de teléfono en este instante, pero me ha dicho que sería perfecto si usted pudiera pasar por aquí mañana a primera hora. ¿Digamos a las diez?

—¿Las diez? Sí, creo que no habrá problema. De acuerdo.

—Muy bien, hasta mañana entonces, señorita Corbet. Un saludo.

Marian volvió a escuchar el clic, casi al instante. Se sintió insignificante al tener que tratar con subordinados y se arrepintió de haber interrumpido su conversación con Andy por atender la llamada de aquel presuntuoso y atareado Sorbesa.

A media tarde recogió toda la documentación y la guardó en su cartera.

—Me marcho —anunció al salir—, no volveré. Voy a la peluquería y luego a cenar a casa de mis padres. Si surge algo ya sabéis donde encontrarme.

—¿Te llevas deberes? —tintineó Elena al ver lo abultada que llevaba la cartera.

—Sí, tal vez le dé un repasito a todo esta noche.

—¿Tal vez? —repitió Elena.

Conociendo como conocía a su jefa sabía que sería un largo y exhaustivo repaso el que daría.

—Hasta mañana —se despidió Marian—, deseadme suerte.

—Tendremos los dedos cruzados.

## CAPÍTULO 7

Andy, enfundado en su impecable traje oscuro, ocupaba su despacho desde antes de las siete. Leía afanosamente el informe que Marcos había llevado el día anterior cuando Majler, precedido de unos golpecitos, irrumpió en el despacho.

—Pensé que le gustaría saber que su cita de las diez ya ha llegado —anunció imperturbable como siempre.

—¿Ah sí? —inquirió Andy sin levantar la vista del informe—. Majler, ¿se ha molestado alguien en echar un vistazo al informe que nos entregaron ayer?

—Me permití fotocopiarlo antes de entregárselo. Yo mismo lo revisé ayer.

—Y ¿cuál es su opinión?

Majler intentó elegir bien las palabras. Le había sorprendido y eso ya era algo importante. No era fácil impresionar a Majler.

—Me pareció audaz. Tal vez demasiado atrevido para nuestra línea habitual. Falto de conocimientos sobre la compañía en algunos aspectos, pero en general con una buena base.

—¿Cree entonces que podría ser interesante estudiarlo más a fondo y subsanar esa escasez de conocimientos de nuestro holding?

—Es posible.

Andy corrió el sillón hacia atrás y se levantó rumbo a la gran cristalera.

—Eso mismo pienso yo. ¿Querría encargarse personalmente de que lo examinen más detenidamente?

—Por supuesto, señor. Y con respecto a su cita ¿Qué quiere que hagamos?

Andy observó oculto tras las cortinas, los sillones de recepción. Marian ocupaba el más cercano a la puerta. Se había vestido con un regio traje de chaqueta y juraría que había recortado su cabello. Aquella imagen chocaba fuertemente con la que lucía con sus vaqueros y su camiseta informal el día que la conoció. Si fuera la primera vez que la veía, habría conseguido hacerle creer que tenía más años y experiencia de la real.

—Dentro de unos minutos la hace pasar a una de las salas de reuniones y la tiene esperando media hora. Después se excusa y queda con ella para esta tarde.

Majler no pudo contenerse y preguntó saltándose una de sus normas fundamentales:

—¿Es una nueva técnica de intimidación?

Andy sonrió sin dejar de mirarla.

—Cuando algo cuesta conseguirlo un poco, se valora más ¿no cree? Quiero que esa mujer desee con toda su alma firmar con nosotros. Si es así, cuando consiga su objetivo se sentirá orgullosa de sí misma.

Majler no sabía el porqué, pero a estas alturas tenía claro que había intereses personales entremezclados.

El señor Sorbesa volvió a sorprenderle con una pregunta totalmente fuera de lugar en una conversación de negocios, confirmando así sus sospechas.

—Majler ¿no cree que es una mujer muy atractiva?

Los dos hombres la observaban a través del ventanal, cuando un tercer hombre, sin anuncio

alguno, irrumpió sin más consideraciones.

—¿Quién es atractiva?

Andy, ni siquiera se giró. Podía reconocer la voz de su hermano entre cientos.

Al instante, la cabeza de Héctor asomó por el lateral de la de su hermano.

—Demasiado sería para ti —opinó sin prestarle más atención—. Tú necesitas alguien más jovial, que te alegre la vida. Bastante muermo eres ya.

Andy sonrió sin dejar de mirar por la ventana.

—Gracias.

—No hay de qué. Es la verdad —contestó Héctor antes de girarse para ir a sentarse junto a la mesa.

—Majler, ocúpese de la señorita por mí, por favor.

Majler hizo una leve inclinación de cabeza y se dirigió a la puerta. En cuanto cerró, Héctor comentó socarronamente.

—¡Dios mío! Es que el viejo Majler no se ha enterado que la esclavitud fue abolida hace siglos.

—Es su manera de ser, ni tú ni yo vamos a cambiarle.

—Lo sé, pero tiene el aspecto del típico mayordomo inglés. A veces me siento tentado de derramar sobre su impoluto traje un frasco de tinta.

—No lo hagas, tal vez te lleves una sorpresa. Y cambiando de tema. ¿A qué debo el honor de tu visita? ¿Por que, sin duda, hay una razón!

—Por supuesto, sabes que me pongo malo cuando entro aquí. A otros les pasa en los hospitales. A mí me ocurre en las oficinas.

Andy volvió a sonreír. Su dicharachero hermano había conseguido durante toda su vida eludir cualquier tipo de obligación, con el agravante de ser siempre el preferido de todos.

—Quería haber hablado contigo en el desayuno, pero ya te habías marchado.

—Tenía cosas que hacer aquí —contestó Andy sin perder de vista a Marian que comenzaba a alisarse nerviosamente su falda.

—Se trata de mi comedido hermano gemelo.

—Pablo ¿Qué le ocurre?

Andy se giró preocupado. Pablo era el punto opuesto de su gemelo. Tímido, trabajador, constante en sus estudios. Nunca daba motivos de preocupación.

—Ya sabes que este año termina en la universidad.

—¿Y?

—Me ha comentado que este verano le gustaría trabajar en alguna de las empresas.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Andy más tranquilo.

—Tú. Te tiene miedo.

Andy volvió a sorprenderse.

—¿Y eso?

—No quiere ser tu rival. Sabe que tú eres el mejor.

—¿Qué tontería!

—Eso mismo le he dicho yo. ¿Por qué es el mejor? ¿Por haber recuperado en menos de tres años lo que a nuestro padre le costó veinticinco años conseguir?

Andy, girado de nuevo hacia la ventana, volvió a sonreír. Sabía que en casa todos le admiraban y respetaban por ello, pero no quería admiración ni respecto de los suyos. Se conformaba solo con su cariño.

—Si él se encargara de dirigir la cadena de restaurantes de la costa ¿crees que yo constituiría una seria amenaza para él? —preguntó Andy.

—¿Con mil kilómetros por medio? Creo que no.

—Bien, se lo propondré el fin de semana.

—¡Estupendo! —exclamó Héctor poniéndose en pie—. ¡Asunto resuelto!

Héctor volvió a acercarse a la ventana y echó su brazo por encima de los hombros de su hermano mayor. Era casi de la misma estatura. En realidad, Héctor era casi una réplica exacta de Andy, aunque con ocho años menos. Al ver que su hermano mayor seguía observando a aquella mujer, sintió curiosidad.

—Hermanito ¿no hay nada que debas contarme?

Andy giró la cabeza hacia él y, aunque sus labios no se curvaron, sus negros ojos centellearon como nunca.

—No —contestó burlón—, aunque si surge algo, tú serás el primero en saberlo.

Marian comenzaba a ponerse nerviosa. Poco imaginaba el exhaustivo examen al que estaba siendo sometida desde aquel ventanal del segundo piso.

Volvió a atusar sus cabellos y sintió por enésima vez que su mente se había quedado en blanco.

Había estado repasándolo todo, hasta las dos de la mañana, pero ahora se arrepentía de no haber vuelto a revisarlo una última vez.

Marian vio acercarse a un hombre. Vestía un traje claro, poco entallado, de corte juvenil. Con su pelo exageradamente corto y su perfecto rasurado, no aparentaba más de veinticinco años como mucho, sin embargo, su porte altanero era ya el de todo un triunfador. ¿Sería este, tal vez, el esperado señor Sorbesa?

El joven se detuvo ante Marian y ofreció su mano muy atentamente.

—Buenos días señorita...

—Corbet. Soy M<sup>a</sup> de los Ángeles Corbet.

—Yo soy Héctor Sorbesa.

Majler llegó en ese instante, interrumpiendo la conversación.

—Señorito Héctor, no se preocupe, yo atenderé a la señorita Corbet personalmente.

—¡Ah, siendo así! me voy tranquilo —argumentó Héctor muy seriamente—. Sé queda usted en las mejores manos.

Marian creyó que, de alguna manera, aquel joven, podía ayudarla y no quiso dejarle marchar.

—En realidad yo vengo para ver a un señor Sorbesa. Don Antonio Sorbesa.

—Antonio es mi hermano —afirmó pausadamente Héctor—. Tal vez yo pueda ayudarla —añadió a sabiendas de que ni Majler, ni por supuesto su hermano, querían que se entrometiera en esto.

—¿Trabaja usted en la empresa? —quiso saber Marian.

—Todavía no, pero...

—Entonces me temo que no —interrumpió Marian—. Se lo agradezco de todas formas.

Marian le cortó las alas con tanta dulzura que Héctor no se sintió herido, al contrario, se enamoró de aquella sonrisa y supo por qué su hermano mayor había puesto sus ojos en aquella mujer. En realidad, y salvando sus diferencias de edad, los gustos de los dos hermanos en cuanto al sexo femenino eran muy parecidos. Si aquella mujer tuviera ocho o diez años menos, su hermano Antonio tendría que pelear duro para conservarla.

—Por favor, señorita Corbet —afirmó Majler con intención de alejar a la señorita del joven

Sorbesa cuanto antes—, acompáñeme si es tan amable.

Marian se alejó por el pasillo siguiendo al respetuoso Majler y Héctor la siguió con la mirada hasta que la perdió de vista. Luego se giró hacia el ventanal y sabiendo que su hermano continuaría allí, le guiñó un ojo y levantó su pulgar en señal de aprobación.

Todo el tiempo que estuvo Marian en la sala esperando, que fue mucho, se entretuvo en intentar averiguar a quién se parecía el joven Sorbesa. Las facciones de su cara, su complexión física, incluso sus ojos eran idénticos a los de alguien que ella conocía, pero había algo que la despistaba por completo y no fue capaz de encontrar el parecido.

Eran más de las doce cuando Marian entró en sus oficinas, deprimida y asqueada. Todos la esperaban ansiosos por saber las buenas nuevas. Marian pasó de largo, sin pronunciar palabra y continuó hacia su despacho que era el último del pasillo. Todos la siguieron y, excepto Elena, que se sentó al otro lado de la mesa, los demás esperaron respetuosos en el umbral.

—¿Y bien? —inquirió Elena.

—No apareció.

—¿Cómo...?

—No se dio a ver. Me tuvieron esperando más de una hora y luego el Majler ese, me hizo saber que estaba realizando unas llamadas muy importantes al extranjero y no iba a poder atenderme en toda la mañana.

Elena se dejó caer sobre el respaldo.

—Quieren que vuelva esta tarde. A las cinco.

—Y ¿Qué vas a hacer?

A Marian le extrañó la pregunta.

—Ir, por supuesto. ¿Qué si no? Me parte la tarde por medio, pero valdrá la pena si consigo verle.

Todos se fueron a comer tan decepcionados como ella.

El regreso después de la cita de la tarde, no fue mucho mejor. Pasó por dos salas de espera y dos despachos, pero no consiguió conocer al misterioso caballero.

—Empiezo a creer que no existe —comentó desilusionada a su regreso—. ¿Es posible que haya gente tan sumamente ocupada?

—Son los gajes de trabajar con la cúpula —exclamó sarcástica Elena.

Marian sabía que aquello era un juego. El todopoderoso Sorbesa la estaba probando y ella por mucho que le costara, iba a superar la prueba.

—¿Sabes lo que creo? Que nos está poniendo a prueba. Supongo que está acostumbrado a trabajar con gente que no se rinde a la primera de cambio —comentó con Elena—. Nosotros le demostraremos que somos de esa clase de gente.

El pitido del interfono sonó.

—Marian, ha llamado Andy. Ha dicho que estará aquí en media hora.

Marian se echó las manos a la cabeza.

—Andy, lo había olvidado por completo. Había quedado para cenar con él.

—¿Desde cuándo cenas con desconocidos?

—No es un desconocido, me lo presentaron el sábado pasado.

—¡Dios mío! ¿El sábado? El sábado fuiste al barrio ese. ¿Quién te lo presentó? ¿No sería ese Carlos?

—Pues sí.

—¡Oh Dios! —exclamó Elena horrorizada—. ¿No me digas que ese Andy es el amiguito con

el que venía el otro día el niño?

—Pues sí.

Marian consultó su reloj.

—Maldita sea. Ya no me da tiempo a ir a cambiarme. Con este traje parezco la señorita Rottenmeier.

Marian se desplomó sobre el sillón.

—¡Oh Dios! No tengo humor para cenas.

—¡Pues no vayas!

—No puedo hacerlo. Él no tiene la culpa de que ese estirado me esté amargando la existencia. Además, no sé dónde localizarlo y ya debe de estar de camino.

Andy fue puntual. Marian pensó que la llevaría a cenar a alguna hamburguesería y tembló al imaginarse allí, ella con su traje de chaqueta y él con su chupa de cuero. Cuál fue su sorpresa cuando vio la indumentaria de Andy. Parecía que hubiera elegido su atuendo, sabiendo de antemano como iba ella vestida. Andy llevaba unos pantalones negros, una camisa oscura y una chaqueta de punto, con hombreras de ante, de un color casi exacto al del traje de Marian. Por si esto fuera poco, lo primero que hizo fue informarle que había reservado mesa en un restaurante.

—Nos da tiempo a tomar una copa antes si te apetece —propuso Andy al salir del portal.

—Sí, me vendrá bien.

—¿Un mal día? —se interesó Andy.

—Un pésimo día —puntualizó Marian—. Pero hasta aquí hemos llegado. No quiero que se me amargue también la noche.

Andy la notó deprimida y sabía cuál era la causa. Pero él la quería así, herida. Quería que necesitara un hombro en el que llorar, alguien en quien confiar, que le devolviera su autoestima y allí estaba él para todo eso.

Marian supo agradecer los detalles de Andy. Se mostró encantador durante toda la velada. Marian intentó animarse. Pensó que Andy había hecho un gran esfuerzo para llevarla a aquel restaurante y se merecía al menos, una compañía agradable.

Aceptó encantada las cariñosas muestras de afecto que Andy le profesó durante la cena. Después, permitió que tomara su mano mientras paseaban y cuando se detuvo en medio del parque y tiernamente la abrazó y besó sus labios, se sintió la mujer más dichosa del mundo.

Ahora no quería pensar en si era pobre o rico. Solo deseaba que siguiera besándola. Entre aquellos brazos se sentía segura. Nadie podía herirla, ni siquiera el escurridizo señor Sorbesa.

Era más de la una cuando Andy la acompañó a casa.

—He de subir. Mañana tengo que trabajar.

—No, espera, solo un poco más.

Andy había empleado una voz dulce, pero más que un ruego, sus palabras habían sido una orden.

Ella, aceptó de buen grado un nuevo beso y volvió a suplicar, sin hacer el más mínimo movimiento para escapar.

—Venga, déjame subir, tengo que madrugar. ¿Tú no?

Andy volvió a acariciarla.

—No, mañana pienso tomarme el día libre.

Marian echó la cabeza hacia atrás y rio ante el acto de rebeldía de Andy.

—¿Cómo es eso? ¿Es que puedes tomarte el día libre cuando te plazca?

—Sí —afirmó sin dudar.

—¿Se puede saber que trabajo es ese?

—Digamos que no tengo un horario fijo.

Andy intentó besarla de nuevo, pero ella se apartó.

—¿Por qué nunca quieres hablar de tu trabajo? ¿Es algo malo?

—No vendo drogas ni nada por el estilo. Puedes estar tranquila —bromeó Andy.

—Entonces ¿Por qué nunca cuentas nada?

—No hago nada interesante. Sería arruinar la velada. No quiero perder el tiempo con eso.

Andy volvió a aproximarse y esta vez consiguió asaltar los labios de Marian.

## CAPÍTULO 8

El viernes Marian despertó con un ánimo inmejorable. No quedaba ni sombra del estado depresivo en el que abandonó la oficina. Todos lo notaron nada más entrar.

Estaba segura de que, ese día, tampoco conseguiría contactar con Sorbesa, pero no parecía importarle. Incluso se sorprendió cuando el señor Majler tuvo la deferencia de llamarla para avisarle que organizara su agenda a su mejor conveniencia ya que el señor Sorbesa no regresaría al despacho hasta el lunes.

Lo único sobresaliente de su agenda para ese día, era su nueva cita para cenar con Andy.

Sabía que se estaba ilusionando, tal vez en demasía, pero lo cierto era que cuanto más le trataba, menos impresión de “macarra de barrio” tenía de él. Era culto, lo demostraba constantemente. A veces, la sorprendía intercalando en la conversación citas de clásicos o frases de obras de teatro, como la cosa más natural. Se le veía versado en todos los temas que trataban y eran muchos y variados. Le parecía imposible que todo aquello lo hubiera podido aprender por su cuenta en la calle. Muchos no lo lograban ni con años de universidad.

Quedaron de nuevo para el sábado. Dieron un paseo por la zona más desierta del parque y para la cena, Andy buscó un restaurante mucho más íntimo y oscuro que el de las noches anteriores.

Marian empezaba a tener cargo de conciencia por lo caras que podían estar resultándole las noches a Andy. Seguía sin saber exactamente su estado financiero, pero qué duda cabía que no podía ser muy boyante.

La conversación fue menguando a lo largo de la noche y al final de la velada, los besos y caricias ocupaban todo el tiempo.

El domingo era el cumpleaños de la abuela de Marian y esta comería en casa de sus padres y, como todos los años, pasaría la tarde con ella.

Andy aprovechó para pasar el día con su abandonada familia. Durante la comida, sutilmente, sacó el tema del trabajo de Pablo y este pareció encantado con la propuesta de ir a la costa.

La joven Claudia tuvo que soportar avergonzada las burlas de su hermano Héctor, que la noche anterior la había sorprendido en el porche con su acompañante.

—Confiesa, ¿te besó?

—No —negó cabizbaja Claudia.

—No mientas. Yo lo vi. Te besó.

—Bueno si —confesó Claudia—, pero solo una vez —añadió mirando a su madre.

Héctor continuó con su interrogatorio.

—Bien, siguiente punto. ¿Qué tipo de beso fue?

Claudia le miró con los ojos fuera de sus órbitas y las mejillas tremendamente sonrojadas.

—Héctor, ya está bien —intervino Pablo, tan avergonzado como su hermana.

—Oye, hay que saberlo. Vamos, responde —exigió seriamente—. ¿Qué tipo de beso fue?

—¿A qué te refieres? —inquirió Claudia irritada.

—Ya sabes a lo que me refiero. ¿Tú separaste los labios? ¿Dejaste que te metiera la lengua?

Esther, de un carácter muy parecido al de su hijo Héctor, reía sus gracias, consciente del mal

rato que su pequeña estaba pasando, pero incapaz de detener aquello. Vio la súplica en los ojos de su hija, pero lo único que pudo hacer fue bajar la cabeza para ocultar su risa.

Andy dejó que Héctor se divirtiera un rato y luego, como siempre, salió en defensa de su hermana pequeña. La joven Claudia agradeció el caballeresco gesto con una inmensa sonrisa.

—Ya está bien Héctor, Claudia es una mujer lo suficientemente lista para saber qué debe o no hacer.

—Por muy inteligente que sea —continuó Héctor—, alguien debería hacerle saber que no es aconsejable que una chica de su edad se deje meter nada en la boca.

—¡Héctor! —volvió a recriminar Pablo—, ya está bien.

Andy ocultó su sonrisa tras la servilleta y miró con complicidad a su madrastra que tuvo que hacer lo propio.

Si Andy no hubiera tenido tantas obligaciones a sus espaldas cuando tenía los años de Héctor, seguramente se habría comportado de una forma muy parecida a la de él. Por suerte o por desgracia, la vida le segó algunos años de desenfreno y de la noche a la mañana se convirtió en un cabeza de familia con cuatro bocas a las que alimentar.

Claudia acababa de cumplir los dieciocho e idealizaba a su hermano mayor. Se había convertido en esa figura paterna en la que todas las jovencitas fijan su admiración. Claudia casi no recordaba a su padre y Andy había desempeñado siempre esas funciones. Para Andy, Claudia era la dulzura personificada. Frágil e inocente, se proclamó su eterno protector en el mismo instante en que nació. Estaba orgulloso de ella. Era inteligente, atractiva y educada. El sueño de cualquier hombre. Pero Claudia no era para cualquiera, él se encargaría de ayudarle a elegir el mejor cuando llegara la hora. Por el momento, no le importaba que se divirtiera un poco y de paso consolidara su carácter y su confianza en sí misma.

Andy se encerró en su despacho después del café. Escuchó a Héctor salir y a Pablo encerrarse en su habitación para estudiar. La dulce Claudia entró a despedirse de él.

—Me marcho a dar una vuelta con unas amigas. ¿Tú no vas a salir?

—No, estaré en casa toda la tarde.

—Bueno, hasta la cena entonces.

Claudia le abrazó y besó su mejilla.

—Hasta luego. Que lo pases bien —deseó Andy.

Desde la puerta, Claudia se giró de nuevo y añadió:

—Gracias por no someterme al tercer grado.

Andy le sonrió.

—Sabes que confió en ti. Espero que, si algún día tienes algo serio que contar, yo sea el primero en saberlo.

—Lo serás —prometió Claudia con una réplica exacta de su sonrisa.

Aún se giró una vez más y volvió a añadir:

—No los separé.

—¿Cómo? —exclamó Andy que, aunque había oído perfectamente, se sorprendió de la nueva confesión de su hermana.

—Que no abrí la boca.

Claudia desapareció al instante para que su hermano no viera sonrojarse sus mejillas. Andy rio de buena gana. Para los tiempos que corren no está nada mal, pensó para sí.

Después de comer, las hermanas de Marian y sus maridos e hijos se despidieron.

—Marian, vamos un rato al parque con los niños ¿quieres venir? —le preguntó su hermana

mayor.

—No, gracias. Me quedo con la abuela.

—¿Y vosotros? —preguntó dirigiéndose a sus padres—, hace una tarde estupenda.

El matrimonio se interrogó con la mirada.

—Vamos, marcharos si queréis —animó la abuela.

—Bueno, si Marian se queda a hacerte compañía, podríamos salir un rato, ¿qué te parece? —  
inquirió la madre de Marian.

—Por mi perfecto —contestó el padre.

Todos abandonaron la casa y, por fin, abuela y nieta se quedaron sumidas en el silencio.

—Oh. Está mal el decirlo —confesó la anciana—, pero qué ganas tenía de que se marcharan.  
No tengo edad para soportar tanto griterío.

—No es cuestión de edad, mi cabeza zumba como la tuya. Creo que mis sobrinos están un  
poco mal criados.

—Sabes que yo siempre lo he dicho. Tus hermanas no saben educar a sus hijos.

La anciana palmeó la mano de su nieta.

—Es una pena que tú no tengas hijos. Siempre he pensado que serías una madre estupenda.

—No lo sé, abuela, desde fuera siempre parece más fácil.

—Estoy segura y el tiempo lo demostrará. Lo importante es que encuentres el hombre  
adecuado.

—¿Cómo estás tan segura, abuela? Ni yo misma lo estoy.

—Porque tú no confías en ti misma tanto como yo. Sé que hay un príncipe azul reservado para  
ti.

A Marian le encantaban aquellas inyecciones de autoestima que su abuela le administraba  
siempre.

Se acurrucó sobre el pecho de su abuela y pidió como siempre lo hacía.

—Abuela, cuéntame, ¿Cómo será mi príncipe?

La abuela sonrió mientras acariciaba los cabellos de su nieta.

—Será muy apuesto, alto y fuerte y te concederá de buen grado todos los caprichos que  
quieras.

Marian preguntó alarmada.

—Abuela ¿Ha de ser rico?

—Por supuesto que sí cariño, si no, no sería un príncipe azul —argumentó la anciana, como  
si esa parte fuera una ley no escrita—. Será alto, guapo, inteligente y rico —repitió con convicción.

Marian no quiso contradecir a su abuela, pero para ella no era tan importante esa última  
condición.

—Sigue abuela ¿qué más?

La anciana sonrió de buen grado. Su nieta Marian era la única que le permitía explayarse en  
sus pensamientos.

—Vamos abuela, dime, ¿de qué color tendrá los ojos?

La abuela sin titubear, afirmó.

—Oscuros, muy oscuros, de un negro que casi dará miedo asomarse a ellos.

—¿Y el pelo?

—También negro como el carbón.

—Pero ¿corto o largo?

—Particularmente lo preferiría corto, pero eso no es importante hija. El pelo se corta, crece y

vuelve a cortarse de nuevo.

—Sigue abuela, sigue —suplicó Marian intentando hacer coincidir el perfil de su príncipe azul con el de Andy.

La anciana guiada por su sexto sentido, adivinó que algo tramaba su nieta.

—Marian, no se te habrá olvidado contarme algo, ¿verdad?

—Tal vez, abuela —contestó maliciosamente Marian.

Su abuela la obligó a incorporarse y mirarla a los ojos.

—¿Estás pensando en alguien en particular?

—Podría ser, aunque falla en algunas cosas. ¿Seguro que es indispensable que sea rico?

—Tú podrías amar a un hombre que no fuera rico, pero no lo harás. Sabes que soy medio bruja y hace muchos años supe que te casarías con un inteligente, atractivo y millonario caballero.

Marian se encogió de hombros resignada.

—Bueno, ¿quién sabe?, tal vez le toque la lotería.

—Cariño ¿no quieres contármelo?

—De momento no, abuela. Todavía no estoy segura de que no lo esté soñando.

La abuela se tapó la boca con las manos, fingiendo asombro.

—¡Uy, uy, uy!

—¡Sshh! Esto es un secreto. No debes contárselo a nadie.

—Nadie me creería. Sabes que tus secretos siempre han estado a salvo conmigo.

Marian abrazó a su abuela cariñosamente. Era cierto. Había sido su confidente durante años. Primero con sus travesuras en el colegio, luego de sus escapadas nocturnas para acudir a algún concierto y después de sus devaneos amorosos. Su abuela siempre fue la primera en saberlo todo y en muchos casos la única.

Sus padres regresaron dos horas más tarde y Marian se despidió casi al instante. No estaba dispuesta a escuchar una vez más lo brillantes y atentos que eran sus cuñados.

Después de cenar, Andy volvió a encerrarse en su despacho. Quería estar a solas para poder deleitarse pensando en Marian. Nunca una mujer le había hecho sentirse tan vulnerable. Era una sensación nueva para él.

La vida le había obligado a tomar decisiones, difíciles en muchas ocasiones, arriesgadas en otras, pero siempre lo había hecho sin dudar y aceptando las consecuencias. Ahora, temía seguir ocultando su verdadera identidad por miedo a no tener la suficiente fuerza para retener a Marian a su lado. Y, por otra parte, no se atrevía a revelar la verdad por miedo a que se sintiera herida y se alejara. Temía perderla a cada momento.

Descolgó el auricular y marcó su número.

—¿Sí?

—Hola.

—¿Andy...? ¿Eres tú?

—¿Te llaman muchos hombres a estas horas a casa? —bromeó Andy.

—Últimamente no. ¿No sabía que tuvieras mi número?

—Bueno, el pertenecer a la mafia tiene sus ventajas. Las fuentes de información son muy buenas.

Marian guardó silencio y Andy añadió.

—Era una broma.

—Tendré que creerte.

Andy rio. El que siguiera creyéndole miembro de alguna organización ilícita, tenía su gracia.

—Cuéntame. ¿Qué tal has pasado el día?

—Bien, con mi abuela. ¿Y tú?

—Solo —contestó al instante con una voz profunda y melancólica—, muy solo sin ti —añadió con la misma entonación.

—Eso me gusta —susurró insinuante ella.

Andy respiró hondo. Aquella llamada en lugar de tranquilizarle iba a alterarle aún más.

—Solo quería escuchar tu voz antes de acostarme y desearte felices sueños.

—Muchas gracias, lo mismo te deseo. ¿Nos veremos mañana? —quiso saber Marian.

—No sé si podré. Te llamaré a lo largo del día ¿vale?

—Muy bien. Buenas noches. Que sueñes con los angelitos.

—Prefiero soñar contigo, será mucho más placentero.

Andy escuchó a Marian reír antes de que colgara. Y, como había supuesto, la llamada empeoró su estado y tuvo que recurrir a una larga y relajante ducha antes de acostarse.

## CAPÍTULO 9

El primer pensamiento de Marian al despertarse el lunes fue para Andy. No podía creer que, tras aquel aspecto de hombre rudo y frío, pudiera esconderse un hombre tan sensible, capaz de demostrar tanta ternura como había demostrado él la noche anterior.

Siguió dándole vueltas a la cabeza toda la mañana a la premonición de su abuela. Confiaba en ella, creía en sus poderes, nunca antes se había equivocado, pero ¿No podía ser que ahora fallara? ¿Por qué debía de ser rico su príncipe azul? Ella no quería un millonario, quería a Andy. Se asustó ante ese pensamiento fugaz y lo repitió para confirmarlo. ¿Quería a Andy? Sí, le quería. En tan solo una semana había revolucionado su corazón. Había conseguido saltar todas las barreras y le había arrebatado el sentido.

Por la tarde y en vista de que no habían vuelto a dar señales de vida de la oficina del señor Sorbesa, Marian decidió presentarse personalmente allí de nuevo. Tal vez, si le cogía por sorpresa, su suerte cambiara.

—Señor, tiene una visita —anunció el señor Majler.

Andy no levantó la vista de los papeles.

—¿Una visita? No había nada en la agenda para esta tarde ¿no?

—No señor, esta se ha presentado sin avisar.

—Dígale que pida hora y vuelva otro día. Tengo algo de prisa, en cuanto termine con estos papeles quiero marcharme.

El señor Majler continuó sin moverse. Andy levantó la vista por primera vez y le interrogó con la mirada.

—Es la señorita Corbet.

—¿Marian? ¿Aquí? ¿Qué quiere?

—Saber cuándo podrá recibirla.

Andy apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó las manos a la altura de la nariz.

—¿Qué le ha dicho?

—Que no estaba en las oficinas y que no era probable que volviera.

—Bien y ¿qué ha dicho ella?

—Que, de todas formas, esperará hasta la hora de cierre por si hubiera cambio de planes.

Andy se mordió el labio inferior, mientras friccionaba su mejilla con la mano.

—Bueno, entonces solo nos queda esperar —sentenció resignado—. Aviseme en cuanto se marche. Aún tengo que pasar por casa para cambiarme, aunque algo me dice que no debo impacientarme. Mi acompañante de esta noche, estará ocupada hasta tarde.

A las siete y media, Marian, resignada, abandonó las oficinas del señor Sorbesa sin haber conseguido concertar una cita. El señor Majler, muy amablemente, se prestó a llamarla personalmente en cuanto tuviera alguna cosa concreta que comunicarle, para que no volviera a perder su valioso tiempo esperando a su jefe. Después de mil disculpas y lamentaciones, por este continuo retraso, la dejó marchar.

Eran más de las ocho cuando Marian llegó a su agencia. Le extrañó ver tanta actividad a esas horas y se alegró al saber que otra de las carpetas que tenían pendiente, había aceptado sus ideas y

quería que comenzara a trabajar cuanto antes.

Marian se encerró con Marcos y Elena en el despacho y trabajaron durante una hora para fijar las directrices principales de la campaña.

Andy no había dado señales de vida y Marian no tenía ganas de encerrarse en casa, así que cuando terminaron, propuso a sus colaboradores ir juntos a tomar una copa.

Marcos se disculpó.

—Lo siento, hace diez minutos que tenía que estar en la esquina de la Gran Vía. ¡Buena estará mi mujercita cuando llegue!

—Haberlo dicho, hombre.

—No te preocupes. Es bueno que sufra un poco de vez en cuando.

Pese a su comentario, Marcos salió disparado intentando, sin duda, que el sufrimiento fuera mínimo.

—Y tú ¿Qué dices? ¿Tienes planes? —le preguntó a Elena.

—Según como se mire. Estoy de canguro. Mi hermana y mi cuñado se han marchado y mi sobrina Merche se queda en casa. Ha salido con sus amigos. Quedamos en que igual me pasaba por donde iba a estar para recogerla y que si no, ella acudiría a casa a las doce. Si me acompañas nos pasamos y tomamos algo las tres juntas. Si no, creo que me voy a casa y la espero ahí.

—Por mí, perfecto.

Según bajaban Elena confesó.

—Pues me vas a venir al pelo porque no tengo ni idea de donde está el tugurio donde hemos quedado.

—¿Cómo se llama?

—Está en la calle Royo. El Gurú, y el Burú, o algo así.

—Pues no lo conozco, hace años que no piso esa zona.

—Pues imagínate yo. En mis tiempos se iba de romería, nada de pub.

Salieron a la calle y mientras Marian rebuscaba en el bolso las llaves del coche, exclamó:

—No te hagas más vieja de lo que eres. ¿Dónde estarán las llaves? ¡Ah! ¡Aquí!

Marian levantó la vista y vio a un hombre apoyado sobre el capó de su coche.

—¡Andy!

—Hola.

Andy la sujetó por el brazo y besó su mejilla. Marian casi se derrite. Reaccionó cuando oyó a Andy saludar a Elena.

—No conoces a Elena, ¿verdad?

—No —contestó pausadamente, mientras alargaba su mano—, creo que hablamos por teléfono un día, pero no tenía el gusto de conocerla en persona.

Marian casi no pudo contener la risa. Andy atacaba fuerte, intentando desde un principio borrar la aversión que Elena parecía sentir por él.

—Vine por si te apetecía tomar algo antes de ir a casa —ofreció Andy, ignorando a Elena por completo—. Pensaba haberte llamado primero, pero tuve un contratempo a última hora y me fue imposible.

—No importa, de todas formas, no habría estado. Pasé la mayor parte de la tarde, sentada en una sala de espera.

—Bueno, entonces, ¿tomamos esa copa?

—Me he ofrecido a acompañar a Elena a buscar a su sobrina. Si no te importa la acercamos y luego tomamos esa copa.

—Por mi bien —aceptó Andy de buena gana.

Marian metió la llave en la puerta y pensó en voz alta.

—Será mejor que dejemos el coche en mi garaje y luego vayamos andando. En esa zona si no, no habrá quien aparque y tampoco está tan lejos de casa.

Así lo hicieron. Media hora más tarde caminaban ya por una de las calles más concurridas. Andy tomó a Marian de la mano para no perderla. Elena les seguía esquivando los grupos de jóvenes que se interponían a su paso.

Andy, casi inconscientemente, apresuró el paso. Quería perder a Elena de vista, quería tener a Marian para él solo. Bastante penitencia había sido tenerla media tarde sentada al otro lado de la pared, sin poder ni tan siquiera mirarla. Ahora quería no solo entrelazar sus dedos con los suyos. Quería abrazarla, sujetarla por la cintura y sentirla pegada a él.

A media calle, ya habían conseguido perder de vista a Elena. Rodeó la cintura de Marian y sin aflojar la marcha la besó.

—Espera, no corras tanto. No veo a Elena —afirmó Marian mirando hacia atrás.

—Ya nos alcanzará, solo puede seguir adelante. Al final de la calle nos veremos, aquí no hay quien se pare.

El bar en cuestión era justo el que hacía esquina al final de la calle.

Marian y Andy esperaron en la puerta sin entrar a que Elena apareciera.

Andy se puso detrás de Marian y pasó sus brazos hacia delante, entrelazando sus manos sobre el vientre de Marian. Esta, posó sus manos sobre las de Andy y recostó su cabeza sobre su hombro, dispuesta a esperar así toda la eternidad si hacía falta.

Al cabo de diez minutos de ver pasar gente por delante, para uno y otro lado, empezó a marearse.

—Vamos a aquel banco —propuso Andy, tomando la mano de Marian de nuevo entre las suyas.

Al pasar por la puerta del bar, Marian creyó ver a Merche, la sobrina de Elena. Golpeó la espalda de Andy y le hizo señas. Andy se agachó y acercó su oído a la cara de Marian para oírla pese al bullicio.

—Espera un momento creo que he visto a Merche.

En efecto. Se acercó a la barra y Merche saludó enseguida con la mano. Explicaron la pérdida de Elena y le advirtieron que estarían afuera por si de casualidad Elena pasaba sin que ellos la vieran.

Volvieron a través de la marabunta humana y se situaron en el banco. Marian se sentó sobre el respaldo para estar algo más alta y divisar mejor. Andy, poco interesado en localizar a la extraviada, se sentó entre las piernas abiertas de Marian. Colocó sus brazos sobre los muslos de Marian, como si fueran los braceros de un sofá y reclinó la cabeza hacia atrás, reposándola sobre el estómago de esta. Marian echó los brazos por su cuello y abrazó su tórax, acunándole cariñosamente.

Cinco minutos más tarde, ambos se habían olvidado por completo de la infeliz de Elena, que vagabundeaba entre la gente, buscando una cara amiga y sin dejar de romancear.

—No soporto los tumultos —se quejó Marian, que empezaba a arrepentirse de haber acompañado a Elena—. Ver tanta gente me mareo.

—A mí, sin embargo, me encanta. Puedes pasar rozando a cientos de personas que no se fijan en ti. Esa misma gente, si la encontraras a solas, te encasillaría y colgaría enseguida cualquier tipo de etiqueta identificativa. Con un simple vistazo rellenan los datos. Clase social A. Posición

económica C, etiqueta roja, altamente radiactivo y peligroso.

Marian masajeó sobre el jersey de Andy.

—Eres muy duro con la gente.

—La gente me ha enseñado a ser así. Estoy harto de que no esperen a conocerme para hacer sus juicios de valor.

Marian se quedó pensativa un momento. Analizando las profundas y amargas lamentaciones de Andy.

—A veces me da la impresión de que eres mucho más ilustrado que la mayoría.

Marian había intentado que fuera un cumplido, pero Andy apreció un tono comparativo en la afirmación.

—¿Más ilustrado comparado con quién? ¿Suficientemente ilustrado para pertenecer a la escoria?

Siguiendo con la farsa Andy afirmó:

—La educación y la cultura, no tiene nada que ver con el estatus social que uno ostenta, créeme. Hay verdaderos asnos forrados de dinero y viceversa.

Ella se dio cuenta de su error y se sintió culpable por haberle ofendido. Como recompensa se abrazó a su cuello y le besó dulcemente el pelo. Él pareció perdonarla porque acarició sus rodillas afectuosamente.

Marian echó un nuevo vistazo a la calle. Seguía sin haber ni rastro de Elena. ¿Dónde se había metido? Inconscientemente, empezó a acariciar el cabello de Andy y paseó su mano repetidas veces por su coleta, cuya largura rebasaba ligeramente los hombros.

—¿Por qué tienes el pelo tan largo? —preguntó de pronto.

—Y ¿Por qué no? —repreguntó al instante Andy.

—No lo sé. Creo que estarías más atractivo con un elegante corte de pelo.

—Bueno, tal vez te sorprenda algún día.

—Deberás hacerlo si quieres conocer a mi abuela.

Andy sabía por Marian, lo importante que su abuela era para ella, pero no le había comentado que él hubiera sido tema de conversación entre ambas.

Se giró y la miró de forma penetrante a los ojos.

—¿Le has hablado de mí a tu abuela?

Marian se sintió algo violenta. Solo hacía unos días que se conocían, no quería descubrir lo importante que empezaba a ser en su vida.

—Surgiste fugazmente en una conversación.

A Andy le centellearon los ojos. Se giró y volvió a mirar hacia delante.

—¿Y qué dijiste exactamente?

—No lo recuerdo, fue algo sin importancia.

Andy no insistió. Le habría gustado escucharla decir que era tan importante para ella, como ella lo era ya para él, pero podía esperar.

Marian le sorprendió con una nueva pregunta directa y personal.

—Andy ¿Por qué no quieres decirme en que trabajas? ¿Te avergüenzas?

—En absoluto.

—¿Entonces?

Andy le propuso un trato que estaba dispuesto a cumplir si ella aceptaba.

—Te propongo un intercambio. Yo te digo en que trabajo si tú haces memoria y me dices exactamente en qué contexto de la conversación con tu abuela surgió mi nombre.

Marian se vio pillada. Sin saber que la confesión de Andy podía ser mucho más reveladora para ella, que lo que ella pudiera confesarle a él, que ya empezaba a imaginarlo, no aceptó el trato.

—De momento me conformaré con saber que no es nada ilegal.

—Muy bien, como quieras —accedió Andy sin inmutarse.

Por su negativa, Andy intuyó que tipo de conversación había mantenido con su abuela y encima no había tenido que desvelar su secreto.

Merche se sentó junto a Andy.

—¿Qué? ¿No ha aparecido mi tía?

—Ni rastro.

—Pues es una pena —exclamó alegremente la joven—. Mis amigos ya se marchan a otra zona, me voy a quedar colgada.

Andy la miró sonriente. Algo le decía que aquella jovencita sufría en propias carnes, el mal carácter de Elena. Eso bastó para que pasara a engrosar las filas de sus aliados.

A Merche, una joven rebelde como casi todos los universitarios, que soñaba con erradicar la pobreza, acabar con el hambre, abolir la xenofobia y una docena de utopías más, aquel hombre también le agradó. Siendo tan intuitiva como era, vio asomar a sus ojos una gran fuerza interior capaz de volver el mundo patas arriba. Congeniaron al instante y Marian se alegró.

—Esperamos diez minutos más y si no aparece mi tía nos vamos nosotros de marcha, ¿qué os parece?

Merche sabía que Marian nunca aceptaría ese trato, pero pensó que sería divertido ponerla en ese aprieto. Para su asombro, el simpático acompañante de Marian no dio tiempo a nada. Se levantó y tiró de Marian para que hiciera lo propio.

—Ya hemos esperado bastante. Seguro que ha dado media vuelta y se ha ido a casa. Vámonos.

Andy no estaba proponiendo nada. De muy buenas maneras y sin ningún tipo de brusquedad, estaba ordenando. Miró a la joven y con una sonrisa irresistible le propuso que les acompañara.

—¿Quieres venir o te quedas con tus amigos?

La oferta fue tentadora. De la compañía de sus amigos podía disfrutar a diario, pero aquel era todo un hombre y su compañía era mucho más atrayente.

La respuesta de Merche habría sido que sí, pero Marian no le dio tiempo a contestar.

—Por supuesto que viene. Elena querrá matarme cuando me vea. Mi único salvoconducto será entregarle a su sobrina sana y salva.

Andy la miró divertido. Marian parecía realmente asustada ante la idea de una regañina de su subordinada. La abrazó con intención de calmarla, de transmitirle la sensación de que, con él a su lado, Elena no se atreviera a matarla.

Marian captó esa seguridad y siguió sintiéndola todo el tiempo. En realidad, se sentía segura siempre que estaba junto a él. Ahora, sin ir más lejos, atravesaban unas calles estrechas y semi iluminadas, por las que Marian no se habría atrevido a pasar ni a las doce del mediodía. La mano de Andy entrelazada con la suya era suficiente para no temer nada.

Andy parecía llevar un rumbo prefijado.

—¿Dónde nos llevas? —preguntó Marian por curiosidad.

—A tomar una copa. Es eso lo que íbamos a hacer, ¿no?

Andy la abrazó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—¿No te fías de mí?

—Sí, mientras no me des motivos para desconfiar.

A Marian le pareció que Andy sonreía, mientras cabeceaba de arriba a abajo. Su siguiente afirmación le hizo explotar en una sonora carcajada.

Marian se detuvo y sujetando a Andy por la cintura, preguntó, fingiendo preocupación.

—Puedo fiarme de ti, ¿verdad?

La risa de Andy retumbó por todo el callejón. Sabía que Marian era desconfiada por naturaleza y reconocía el esfuerzo que estaba haciendo por confiar en un hombre que prácticamente acaba de conocer. Por otra parte, le hizo gracia lo absurdo de la pregunta, ya que, si realmente no fuera de fiar, tampoco lo sería su respuesta. Andy la abrazó más fuerte e intentando no reírse, contestó.

—Yo creo que soy de fiar.

Marian sonrió de nuevo abiertamente y contestó convencida.

—Bien, con eso me basta.

Ahora Andy sí que dejó de reír, gratamente sorprendido por la respuesta.

Empezaba a pensar que no era un capricho para ella. Parecía quererle de verdad. Le había puesto todas las trabas posibles para probarla y las estaba superando todas. Primero le había tomado poco menos que por un delincuente. Ahora no creía que pensara eso, pero desde luego su posición económica y social real, distaba mucho de la que Marian seguía pensando que ostentaba y, sin embargo, pese a todo, se sentía atraída hacia él. Tal vez había dado al fin con la mujer que el destino le había reservado. Tal vez había llegado el momento de desvelar su verdadera identidad a Marian.

Salieron del callejón y desembocaron en una ancha avenida. Aquello parecía la línea divisoria entre dos barrios. Cruzaron la calle y Andy volvió a entrar en otro pequeño y corto callejón, similar al anterior.

Marian pensaba que aquella ruta era un atajo para llegar a alguno de los pubs habituales de Andy. Se extrañó cuando este se detuvo ante un portón. Aquello parecía una casa particular.

—Esperad un momento, la llave tiene que estar por aquí.

Andy soltó su mano y palpó por encima de la tejavana.

—¡Aja! ¡Aquí esta!

A Andy le costó atinar con la cerradura. Aquella zona estaba realmente oscura.

—¿Vives aquí? —preguntó Marian temiendo que la respuesta fuera afirmativa.

—No, muy cerca. Aquí viven unos amigos.

Marian respiró aliviada. Habría sido horrible averiguar que esa era su casa. Tenía mucho peor aspecto de lo que ella habría podido imaginar.

Cruzaron el umbral y la oscuridad siguió siendo total. Andy las ayudó a entrar.

—No os mováis voy a buscar el interruptor de la luz. Se supone que el foco debía encenderse solo. Tiene sensor de movimientos. Se habrá estropeado.

Andy se alejó. Merche rebuscó en el bolso y sacó una pequeña linterna.

—Mujer precavida vale por dos —afirmó sonriente cuando la encendió.

Marian inspeccionó el lugar mientras regresaba Andy. Seguían al raso, en una especie de semi patio. Con paredes laterales, pero sin techo.

—Nada. No funciona —informó Andy ya de regreso—. Ha debido de saltar algún fusible. Venid. La puerta está aquí mismo.

Ambas le siguieron. Él, abrió la puerta del final del corredor y entraron directamente a un cuarto de estar. El ánimo de Marian decayó al momento.

Seguía estando pésimamente mal alumbrado y cuando la vista se acostumbró a esa oscuridad, Marian se dio cuenta que estaban situados en medio de un semicírculo. Distinguió varias personas repartidas por unos sillones de frente a ellos que, en teoría, veían la televisión, situada justo delante. Andy saludó en voz alta sacándoles de su abstracción. Olía a cerrado y hacía tiempo que la escoba no se paseaba por ahí. La decoración era escasa. A parte de los sillones y la mesa de la televisión, completaban el mobiliario otra mesita baja delante de los sillones y un mueble de metro y medio de alto, lleno de estantes. Ni cuadros, ni figuras, ni lámparas.

Detrás de los sillones se veía una puerta que parecía comunicar con lo que debía de ser la cocina y las habitaciones. Un hombre apareció en el umbral y pareció alegrarse de ver a Andy.

—Hombre Andy, ¿Cuánto tiempo hacía?

Los dos se estrecharon la mano.

—Siento presentarme sin avisar, estábamos tan cerca que se me ocurrió entrar.

—Por favor Andy, estás en tu casa, no tienes que pedir permiso para venir.

El hombre pareció acordarse de algo.

—Por cierto, me vas a venir al pelo. Tengo que preguntarte una cosa. Seguro que tú lo sabes.

—Yo también quería hablar contigo, por eso me he pasado. ¿Tienes un momento?

—Pues claro. Ven, pasa.

Andy señaló hacia el sillón.

—Sentaros un momento, por favor, vuelvo enseguida.

—¡Eh, Santi! —llamó el amigo de Andy—, ponles algo de beber a las señoritas.

Marian y Merche tuvieron que esquivar como pudieron las piernas de una pareja que, no estaba precisamente viendo la televisión. Al otro lado del sofá, dormitaba otro joven acurrucado y con el pelo enmarañado. Ellas, se instalaron en medio del sofá. Marian muy incómoda, Merche más bien divertida por aquel panorama.

—Tú que estás más puesta en esto —preguntó Marian—, ¿sabes que sitio es este?

—Pues es muy parecido a los picaderos que tienen mis amigos.

—¿Picaderos?

—Ya sabes, donde llevan a las tías para...

Marian hizo un gesto con la mano para que se callara.

—No me lo digas, no quiero saberlo y tampoco quiero saber en calidad de que has visitado tú esos... picaderos.

Merche rio divertida.

—Relájate, puedo equivocarme.

El servicial Santi, regresó con dos vasos de papel con un líquido amarillento en su interior. Cruzó por delante de ellas y se sentó en el único sillón que quedaba libre, enfrascándose al instante en el programa de la televisión.

Fue entonces cuando Marian se fijó en las imágenes del aparato. Era una película sin duda bastante subida de tono. En ese momento estaban en medio de una orgía erótica. Varios hombres y varias mujeres rodaban desnudos intercambiándose besos y caricias, sin que importara demasiado el sexo del receptor. Marian sintió un fuego abrasador en su interior y se alegró enormemente de que no estuviera Andy a su lado. Todavía no estaba preparada para ver escenas de ese tipo con él sentado a su lado y mucho menos con Merche de testigo.

—Con esta programación televisiva no me extraña que estos dos estén tan a tono —susurró Merche mucho menos afectada por todo aquello.

Marian empezaba a enfurecerse. Estaba frustrada, incómoda y malhumorada con Andy.

¿Cómo podía haberle traído a un sitio como aquel?

Escucharon voces, parecía que Andy regresaba y la escena amorosa de la pantalla continuaba.

Andy traía algo en la mano, parecía ropa.

—De momento, lo dejo aquí mismo, ¿vale? —afirmó Andy, posando el montón sobre la mesita delante del sofá.

—Sí, perfecto, donde quieras.

Marian se puso rígida al identificar el montón de ropa como un juego de sábanas. Miró a Andy y este le sonrió cariñosamente.

—Andy, yo si no os importa sigo con lo mío. ¿Necesitáis algo más?

—Nada, no te preocupes, con que nos preste el sofá un rato, nos conformamos, no nos quedaremos mucho.

—El tiempo que queráis.

Andy tuvo que sortear el entresijo de piernas de la pareja para conseguir llegar hasta el sofá. Les miró durante unos segundos y el anfitrión explicó comprensivo.

—Al parecer hace cuatro meses que no se veían. Se presentó a las seis de la tarde y desde entonces están... saludándose.

A Andy siguió sin gustarle esa actitud. Hizo un gesto que denotó su disgusto, pero no dijo nada. Señalando al otro lado de Marian, añadió:

—¿Y el bello durmiente?

—Es su primera noche aquí y la última, te lo aseguro. No ha resultado muy comunicativo.

El anfitrión levantó la mano a modo de despedida.

—Me alegro de haberos conocido, volved cuando queráis.

—¡Ni muerta! —pensó Marian.

Andy se sentó junto a Marian, pasó la mano por encima de sus hombros y la atrajo hacia sí, cariñosamente.

Era un gesto que había repetido muchas veces en los últimos días, sin embargo, a Marian en ese momento, le resultó casi ofensivo. Siguió tiesa como un palo, sin amoldarse a las curvas de Andy. Por un momento y seguramente influenciada por las imágenes de la película, temió que Andy pretendiera organizar una pequeña orgía con Merche y con ella como acompañantes. Este pensamiento le hizo ponerse más rígida todavía. ¿En serio pretendía meterla en algún cuartucho para darse el lote, mientras Merche les esperaba en la sala contigua? Aquello era surrealista, se dijo así misma sin poder evitar un resoplido. Le parecía imposible que se hubiera podido confundir tanto juzgando a Andy, pero tenía las pruebas delante. ¿Para qué si no, había traído el juego de sábanas?

Andy fijó la vista en la televisión por primera vez y, sin cambiar su expresión, tomó el mando a distancia y se dispuso a cambiar el canal.

—No te importa si quito esto ¿verdad? —inquirió sin que pareciera importarles mucho la respuesta de Santi.

Este, se quedó sorprendido, pareció disgustado por la propuesta, pero por algún motivo que Marian no llegó a comprender, accedió sin rechistar como, si en aquel lugar, los deseos de Andy fueran órdenes.

Andy posó el mando cuando localizó una cadena en la que emitían un reportaje sobre la segunda guerra mundial. No era lo más apropiado para el momento, pero le pareció una alternativa bastante aceptable teniendo en cuenta las opciones.

Marian volvió a sentir como Andy la atraía hacia sí, intentando sin duda, sentir su cuerpo más relajado reposando sobre el suyo. Estaba contrariada, se sentía traicionada y la ira le quemó por dentro. Imaginó los motivos de Andy para llevarla allí y sus pretensiones de cómo terminar la noche.

No pudo aguantar más. Si no salía de allí de inmediato, le iba a explotar la cabeza.

—Vámonos —masculló entre dientes.

—¿Cómo dices?

—Sácame de aquí. Quiero irme ahora mismo.

Marian no esperó respuesta. Tomó la iniciativa y se levantó rumbo a la puerta. Merche y Andy la siguieron.

Una vez en la calle, oxigenó sus pulmones y se detuvo para encararse con Andy.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Me pareció una buena idea en su momento, aunque está claro que me equivoqué.

—De pies a cabeza, de principio a fin. No sé cuáles eran tus planes para esta noche, pero debiste contar conmigo.

—No tenía ningún plan especial para esta noche —se defendió Andy.

Marian paseó adelante y atrás, demostrando su nerviosismo. Volvió a detenerse enfrente de Andy y le apuntó con el dedo.

—¿Cómo has podido...?

Marian no encontró palabras. Andy intentó excusarse de nuevo.

—Lo siento, no sabía el plan que iba a haber ahí dentro. Pensaba que íbamos a tener algo más de intimidad. Reconozco que no fue una buena elección.

Marian le interrumpió.

—¿Una buena elección? Para tus propósitos tal vez fuera extraordinaria, para los míos no, desde luego.

—Oye, no es para tanto —intervino Merche—. No ha sido culpa suya, él no sabía...

—Eso me gustaría saber a mí, si sabía o no. Muy presto estuvo a sacar el juego de sábanas.

Marian volvió a enrojecer de cólera al recordar el incidente.

Andy masajeó su frente intentando escoger las palabras más acertadas para aclarar todo aquello.

—Estás equivocada, no es lo que tú piensas, solo...

—¡Basta! Me has tenido engañada, pero creo que ahora veo claro lo que has intentando desde un principio. Sería un hermoso trofeo para tu vitrina ¿verdad? No habrá muchos especímenes como yo entre los tuyos.

—¡Marian! —recriminó Merche de nuevo.

—Merche, déjanos solos por favor. Ve a parar un taxi ¿quieres?

Merche obedeció.

Andy intentaba contener la risa. Aquello le parecía increíble y tenía que tomarlo a risa si no quería enfurecerse. El tono jocoso que empleó aún perturbó más el ánimo de Marian.

—Tienes razón. No hay muchos especímenes como tú entre los míos.

—¡Basta! —gritó herida en su orgullo—, deja de reírte de mí.

—Nunca me he reído de ti —aseguró Andy sujetándola por los brazos—, lo que yo quiero...

—Está muy claro lo que tú quieres —sentenció tristemente Marian, liberándose de las manos de Andy—. Pero es evidente que no es lo mismo que quiero yo. Al menos no en este momento. No tan pronto.

Marian suspiró con la cabeza gacha y suspiró:

—Tal vez más adelante hubiera... —volvió a suspirar y continuó—, ahora ya no tiene importancia.

Marian echó a andar hacia la calle. Merche ya esperaba con la puerta del taxi abierta.

—Espera, ¿Dónde vas?

—Me voy a casa. No he tenido un buen día y en ocasiones así es mejor terminarlo cuanto antes.

—Te acompaño a casa —afirmó Andy echando a andar tras ella.

—No es necesario.

—¿Te llamó mañana? —preguntó Andy cuando ella ya subía al coche.

—Creo que no es una buena idea.

—Te llamaré mañana —afirmó antes de que Marian cerrara la puerta.

Marian de camino, dejó a Merche en casa de Elena donde, efectivamente, había regresado esta y esperaba pacientemente a que apareciera su sobrina.

Elena notó que algo sucedía y preguntó, pero Marian, en esos momentos, no tenía ganas de explicar nada a nadie.

—Tengo el taxi esperando. Ya hablaremos mañana, ahora ni yo misma sé lo que ha pasado. Tal vez tu tenías razón y yo soy demasiado confiada y demasiado estúpida o ambas cosas, ¿yo qué sé? Nos vemos mañana.

Las primeras horas estuvo invadida por la rabia y la furia. Le parecía imposible que Andy le hubiera preparado esa encerrona. Algo en su interior se resistía a creerle un simple seductor, apilador de trofeos. Pero ¿qué más pruebas quería? ¿Para qué si no la había llevado a aquel cuchitril si no era para intentar revolcarse con ella en el sofá, eso sí, con sábanas limpias? Marian sacudió la cabeza como si con eso pudiera disipar sus horribles pensamientos.

## CAPÍTULO 10

A la mañana siguiente, esa rabia había dejado paso a un estado de apatía total. Estaba herida y se sentía vulnerable. Había confiado en aquel hombre y él había intentado traicionarla. No, era más exacto decir que la había traicionado. Ella se sentía ultrajada.

Explicó lo sucedido a Elena lo más escuetamente posible y esta, aunque se mostró comprensiva, la reprendió por su exceso de confianza.

—Te advertí que mezclarte con ese tipo de gente, no te traería nada bueno.

—Vamos Elena, cada uno es como es, independiente del dinero que se lleve en el bolsillo.

—Todo influye.

Elena parecía dispuesta a entablar una discusión y Marian no iba a permitirselo. Hizo un gesto con la mano para que Elena se callara.

—Lo último que deseo en estos momentos es mantener una conversación filosófica sobre la influencia del medio en las personas.

Elena pareció comprenderlo, pero estaba malhumorada y pensaba cantar las cuarenta a ese sinvergüenza en cuanto tuviera ocasión.

Sara cruzó el umbral y se detuvo tras la silla que ocupaba Elena.

—Tienes una llamada Marian.

—¿Quién es?

—Andy.

Elena se giró hacia Sara y afirmó enérgicamente.

—Dile que no está.

Sara la miró dubitativa y buscó la aprobación de su jefa. Marian afirmó con la cabeza, pero añadió:

—Dile que estoy reunida y que estaré reunida todo el día.

Diez minutos más tarde consiguió que Elena la dejara sola y pasó el resto del día encerrada en su despacho. Se concentró en su trabajo y consiguió olvidar el tema durante unas horas.

Cuando la jornada laboral terminó, fue peor. Tuvo que volver a casa y enfrentarse de nuevo a sus interminables interrogantes. Temió que el teléfono sonara, por si Andy insistía, pero el aparato guardó silencio toda la noche.

Andy, después de su intento de por la mañana pensó que Marian necesitaba más tiempo para serenarse. Evidentemente no había sido una buena idea pasar por el caserón. Si él hubiera sabido el mal ambiente que iba a encontrar, no las habría llevado, desde luego.

A primera hora de la mañana se había encargado personalmente de que solo Esteban continuara en él. El resto de sus huéspedes tenían que abandonarla inmediatamente, le advirtió cuando pasó por allí antes de acudir al despacho.

Tal vez era una medida demasiado drástica y aquellos muchachos no tenían la culpa del mal entendido que se había producido, pero necesitaba algún chivo expiatorio y ellos iban a serlo. En contra de lo que pensaba eso no le hizo sentirse mejor.

Por la noche, al llegar a casa, tomó un baño en la piscina cubierta y cenó solo en el comedor.

Esther antes de acostarse, dio su habitual vuelta por la casa y comprobó que Andy ya había

llegado.

El comedor estaba en penumbra, pero Esther distinguió el albornoz blanco presidiendo la mesa. No había avisado que llegaría tarde y eso no era normal en él. Algo debía de ocurrirle. Esther entró para hacerle compañía.

—¡Que aproveche!

—Gracias. ¿Si gusta?

—No, hace horas que cené. Te estuvimos esperando.

—Lo siento, se me pasó llamar —se excusó Andy.

Esther lo observó. Cuando ella le conoció tenía tan solo cinco años, pero qué duda cabe que se había convertido en un hombre muy atractivo. Su padre estaría muy orgulloso de él. Y ella, sin ser su madre, lo estaba también. Su pelo suelto y mojado le cubría parte del rostro. No era una estampa habitual, casi siempre llevaba su cabello recogido en una coleta. Ahora ofrecía un aspecto mucho más rebelde y contestatario. A Esther le gustaba así también.

—¿Todo va bien? —preguntó sin rodeos.

Andy levantó su copa de vino y aseguró antes de beber.

—Sí, no hay ningún problema.

A ella no podía engañarla, le conocía bien. Bastó un instante, en que sus miradas se encontraron, para entrever su preocupación en ellos.

—Si no quieres, no me lo cuentes, pero no tienes por qué engañarme —afirmó dulcemente Esther.

Andy, con la copa todavía en la mano, sonrió asombrado.

—No sé por qué sigo intentándolo después de tantos años —afirmó—, creo que me conoces mejor de lo que me gustaría.

Esther sonrió complacida.

—¿Me lo cuentas? —insistió cariñosa.

—No es importante. Un pequeño tropezón en mi vida.

—Si ha conseguido perturbarte así, debe de ser importante para ti. No es fácil que tu tropieces.

—En cuestiones de trabajo es posible —admitió Andy—, pero en el pantanoso mundo de las relaciones sentimentales, creo que soy un simple aprendiz.

—Así que se trata de una mujer.

No era una conversación cómoda y, sin embargo, Andy se sentía bien hablando de ello con Esther. Siempre, aún en vida de su padre, la había preferido a ella para afrontar temas personales. Era una mujer sensible que sabía escuchar.

—Cometí un error garrafal, pretendí pasar por lo que no era y lo peor es que ahora no sé cómo demostrar que no soy eso.

—¿Por qué? Estoy segura de que eres el sueño de muchas mujeres.

Andy sonrió turbado.

—Es posible, pero a mí solo me interesan los sueños de una y yo solito los he roto en mil pedazos.

—No puede ser tan grave, seguro que hay algo que puedas hacer para remediarlo.

Andy jugueteó empujando con el tenedor un trozo de carne y lo persiguió por el plato.

—Seguro que sí, pero de momento, no se me ocurre.

—Persevera. Si es tan lista como creo, la tendrás rendida a tus pies en pocos días. Estoy segura que todo ha sido un malentendido.

Andy pareció recapacitar un instante.

—Supongo que podría definirse como un cúmulo de malos entendidos.

—Juega bien tus cartas. Sé paciente, dale tiempo para que suelte todo su enfado y después sé humilde y pide perdón. Una mujer enamorada siempre perdona.

Andy hizo una mueca.

—No hace dos semanas que nos conocemos. No sé si habrá tenido tiempo de enamorarse.

Esther rio ante la desolación de su hijastro. Parecía tan vulnerable y era tan extraño verle así.

—Tú te has enamorado en ese tiempo —intentó justificar Esther, mientras posaba su mano sobre la de Andy.

Andy la tomó y se la llevó a los labios, besándola cariñosamente.

—Sabes que yo siempre tengo claro lo que quiero.

Esther se levantó y depositó un maternal beso en su cabeza. Antes de alejarse susurró:

—Sabes que siempre consigues lo que quieres.

Era lo que necesitaba escuchar Andy. Una lucecita se encendió en su interior. Al día siguiente intentaría acercarse a Marian de nuevo. Esta vez, prescindiría del teléfono.

## CAPÍTULO 11

La melancolía embargaba ya a la deprimida Marian. Seguía sin comprender muy bien cómo había podido pasar aquello, pero se arrepentía de haber sido tan drástica. No entendía por qué Andy había actuado de esa manera, pero tal vez, de alguna forma, ella le había inducido a ello, dándole a entender que quería algo más que un beso. Tal vez debían de haber hablado tranquilamente y aclararlo. Tal vez con un simple no quiero hacerlo ahora, hubiera bastado. Tal vez... tal vez...

Marian seguía ocupada con la campaña recién aceptada por su cliente fabricante de zapatillas deportivas. Del señor Sorbesa no había vuelto a tener noticias y francamente, aquella semana no se sentía con fuerzas para suplicar nada ante nadie. Dejaría pasar unos días a ver si su suerte cambiaba.

Elena había salido cuando Andy se personó en las oficinas. Esto fue decisivo para el éxito de sus planes. Le fue fácil engatusar a la tímida recepcionista. Bastó con un par de miradas lánguidas y una de sus irresistibles sonrisas. Sara se levantó y fue hacia el despacho de Marian para anunciar la visita, pero Andy no esperó. Sabía cuál sería la reacción de Marian si le daba tiempo a que le advirtieran de su presencia.

Sara abrió la puerta del despacho y casi al mismo tiempo Andy traspasó el umbral.

—Muchas gracias, yo mismo me anunciaré.

Sara no dudó un instante en obedecer la orden. Con los vaqueros y en mangas de camisa, Andy no tenía aspecto de ser ningún magnate, sin embargo, su forma y entonación al hablar, eran las empleadas por gente muy acostumbrada a dar órdenes. Sara salió y cerró la puerta sin esperar la habitual confirmación de su jefa.

Marian entrelazó sus manos sobre la mesa y las sujetó con fuerza para que Andy no pudiera apreciar sus nerviosas convulsiones.

—¿Qué quieres Andy? Tengo trabajo.

Marian intentó parecer serena, pero no iba a aguantar mucho aquella situación. Una parte de ella se empeñaba en correr hacia él y abrazarlo y otra, no menos testaruda, quería abofetearle. No era capaz de averiguar qué parte iba a ganar.

—Tenemos que hablar. Debemos aclarar este malentendido.

—Malentendido. ¿Por parte de quién?

—Por parte tuya, por supuesto.

Marian abrió los ojos desorbitadamente. Respiró hondo e intentó ser racional.

—Yo creo que todo está muy claro. Mira, no te echo la culpa de nada. Hubo un malentendido, no sé por parte de quien, no me importa. El caso es que este incidente me ha ayudado a darme cuenta de que todo ha sido un error. No debemos mezclar nuestras vidas. Está claro que son muy distintas.

Andy hizo un gesto con la mano para que Marian le permitiera intervenir.

—Estas equivocada, no estoy de acuerdo contigo y si me dejas explicarte...

Marian se levantó y se dirigió hacia la puerta para abrirla.

—No tienes por qué darme explicaciones de nada.

—Pero quiero dártelas.

—Pero yo no quiero oírlas. Andy márchate, por favor. Déjame sola, no tengo ganas de discutir.

Andy fue hacia ella e intentó cogerle la mano, pero Marian cruzó los brazos.

—Por favor Andy, déjame.

—Como quieras —se resignó—, pero seguiré insistiendo hasta que me escuches.

Andy salió sin más y Marian cerró la puerta y respiró aliviada. No habría aguantado mucho más, sin que los nervios hicieran acto de presencia. Aquel hombre podría ser un sinvergüenza, pero la seguía haciendo hervir la sangre tan solo con mirarla.

Cuando regresó de comer, Andy la esperaba en el aparcamiento. No había nadie más en el parking. Seguro que Elena pensaría que era una insensata al bajarse del coche, pero no tuvo el menor temor.

Andy llevaba una camisa blanca y corbata. Si atractivo estaba con su chupa y sus vaqueros, con ese aspecto de ejecutivo informal, aún era más irresistible. A Marian le parecía imposible que aquel hombre hubiera intentado aprovecharse de su buena fe.

Andy le salió al paso.

—¿Sigues enfadada?

—No estoy enfadada —afirmó Marian muy seria y sin detenerse.

—Por favor —suplicó Andy en un tono que nada tenía que ver con sus palabras—, cometí un error, lo siento. ¿Es que no vas a darme una segunda oportunidad?

Marian se detuvo. Andy lo había hecho un poco antes y esperaba una respuesta parado tras ella.

Andy creyó que había una posibilidad. Por un instante se emocionó viendo la batalla ganada, pero solo fueron ilusiones. Marian sin ni siquiera girarse para hablarle a la cara, sentenció:

—No creo que merezcas una segunda oportunidad.

La vio alejarse hacia la entrada del edificio y perderse en su interior. Tuvo ganas de correr tras ella, tomarla con fuerza de los brazos y no soltarla hasta que hubiera escuchado todo lo que tenía que decirle. Se merecía una azotaina por su testarudez. Pero él también era testarudo. Caminó hacia su vehículo y se alejó sin darse por vencido.

Elena la siguió hasta el despacho y cerró la puerta tras ella.

—Me ha dicho Sara que ha estado aquí ese impresentable —afirmó colérica.

Marian sonrió divertida por el mal humor de su amiga.

—Puedes llamarle muchas cosas, pero no impresentable. Hoy menos que nunca. Tenías que haberle visto ahora en el aparcamiento, estaba elegantísimo.

—¿Ahora? ¿En el aparcamiento? ¿Es que ha tenido la cara de volver?

—Me temo que seguirá haciéndolo hasta que ceda y hable con él.

Elena hizo un gesto imperativo.

—Esta tarde saldremos juntas y ojalá tenga la desfachatez de aparecer.

Elena no esperó respuesta. Salió y no volvió a verla hasta la hora de marchar.

Casi se sintió decepcionada cuando no vio a Andy en la calle.

—¿Quieres venir a cenar a casa con Merche y conmigo?

—No. ¿Todavía no ha vuelto tu hermana?

—No vendrán hasta el domingo. ¿Te acompaño a casa?

—No Elena, no hace falta. No vas a pasar el resto de tu vida a mi lado.

Elena no pareció convencida.

—Iré a cenar a casa de mis padres ¿contenta?

—Un poquito.

Marian sonrió conmovida por su preocupación.

—Dale un beso a Merche, hasta mañana.

Marian arrancó antes de que Elena volviera a insistir.

Estaba deprimida. Sus padres lo notaron durante la cena, pero no supieron el motivo. Su abuela lo adivinó enseguida. Las dos buscaron quedarse solas. La abuela quería saber y la nieta quería contar.

Marian lloró desconsolada, demostrando que todo aquello la estaba afectando mucho más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

—Después de todo tenías razón abuela. Creí que había encontrado a mi príncipe azul, pero me equivoqué. La próxima vez, en cuanto conozca a un hombre, lo traeré para que tú me digas si debo o no hacerme ilusiones.

La abuela de Marian acarició tiernamente los cabellos de su nieta y dejó que llorara en su regazo.

—No debes hacer demasiado caso a esta vieja. Tú eres perfectamente capaz de encontrar a tu príncipe. No necesitas mi ayuda, solo deja hablar a tu corazón. Él te guiará.

Marian no quiso confesarle a su abuela que tenía amordazado a su corazón, para no escuchar lo que quería proclamar a gritos.

Cuando entró en casa y vio parpadear la lucecita del contestador, su corazón se saltó un compás. ¡Si al menos pudiera escuchar su voz sin tenerle delante, para que no pudiera ver sonrojarse sus mejillas!

Se derrumbó sobre la cama al escuchar la voz de Eugenio anunciándole su visita para el día siguiente. Detrás de este se había producido otra llamada, pero no habían dejado mensaje.

Consiguió dormirse embriagada por el recuerdo de los brazos de Andy rodeándole la cintura y, sumida en la modorra, casi pudo sentir sus labios poderosos sobre su boca.

## CAPÍTULO 12

—No llamarías tú anoche a casa, ¿verdad? —le preguntó a Elena nada más entrar a la oficina a la mañana siguiente.

—¿Para qué?, ya sabía que no ibas a estar.

—Claro. ¡Bah! Es igual.

Marian se sumergió en el trabajo creativo. Nadie notó su pésimo estado de ánimo. Tuvo un par de buenas ideas para la campaña de las deportivas y eso le levantó el ánimo.

El sonriente rostro de Eugenio apareció a media mañana, reclamando su recompensa.

—He de reconocer que hiciste un buen trabajo —admitió Marian—, pero todavía no ha dado ningún fruto. No he conseguido contactar con Sorbesa.

—Ese no es mi problema. Solo reafirma mi buen hacer.

Eugenio se encogió de hombros mientras se sentaba sobre la mesa, muy cerca de Marian.

—Yo lo he conseguido todo y tú nada. Mala suerte. Si eres justa pagarás el precio que estipulamos.

Marian bajó la cabeza y palmoteó la mesa con ambas manos alternativamente.

—Está bien. Tú ganas. Tienes razón. Tu informe es muy satisfactorio y revelador.

Eugenio levantó los brazos victorioso.

—¡Gracias, Dios mío! ¡Por fin!

Eugenio pareció dubitativo de nuevo.

—En realidad, no sé por qué he de pagar yo. Deberías ser tú la que invitaras.

—Ni hablar. Ese no fue el trato. Lamento que seas un mal negociante —afirmó Marian imitando el gesto lastimero que antes había hecho él.

Eugenio se marchó entusiasmado. Reservaría mesa en el Getaria, uno de los restaurantes más selectos de la ciudad y pasaría a recogerla por casa a las nueve.

Marian se alegró de tener una excusa para no quedarse encerrada en casa esa noche. Cuando Eugenio pasó a por ella, Marian lucía un aspecto radiante, nada que ver con su estado anímico. Seguía sin comprender los avatares de la vida. Un momento te sientes la persona más feliz del mundo y, un instante después, toda la magia ha desaparecido.

Marian seguía repitiéndose la misma pregunta. ¿Por qué Andy se había apresurado tanto? ¿Por qué había forzado la situación hasta hacerla inaceptable para ella? ¿En qué momento ella había podido darle a entender que quería protagonizar un revolcón rápido con él?

—Marian, te estoy hablando.

—Perdona Eugenio, ¿qué decías?

—Te preguntaba por Sorbesa. ¿Sigues sin contactar con él?

—Como si se le hubiera tragado la tierra. No he conseguido traspasar la muralla de su ayudante, un tal Majler.

—Si quieres, haré alguna gestión más a ver si averiguo algo que te pueda ayudar a contactar.

—Te lo agradecería mucho.

—¿Cuánto? ¿Tanto como para invitar tú a cenar en la próxima ocasión?

—No sé si valdrá tanto la información y, en cualquier caso, tampoco tengo claro que haya una

próxima vez —contestó Marian divertida por la insistencia de Eugenio en comenzar una relación.

—Tiene que haberla —exclamó Eugenio enfáticamente—. Hemos hecho lo más difícil, ahora solo hay que seguir el camino.

—Mira que eres tozudo.

—Eso suena a defecto. A mí me gusta más llamarlo tesón. Simplemente cambiando el adjetivo lo conviertes en virtud.

Claudia había acudido al despacho de Andy a última hora. Lo notaba decaído estos últimos días y quería animarle de alguna forma. Él siempre lo hacía cuando era ella la deprimida. Durante la comida le había convencido para que salieran a cenar juntos.

A Andy no le atraía mucho la idea de cenar fuera, pero no sabía negarle nada a Claudia. Era muy sensible y si rechazaba su proposición podía sentirse despreciada y no deseaba eso por nada del mundo. Cuando la vio llegar tan contenta, se alegró de haber aceptado. Se había puesto un traje de chaqueta demasiado formal para su estilo habitual, pero pretendía que pasara desapercibida la diferencia de edad. Le fascinaba la idea de que la gente pudiera confundirla con una de las amigas de su hermano.

Andy apreció el esfuerzo de su hermana por ponerse a su altura y, aunque en un principio pensó en una cena informal, al verla optó por un restaurante con renombre donde pudiera sentirse como una princesa. El Getaria le pareció el lugar perfecto.

La cena fue excelente y la compañía de Eugenio no fue tan nefasta. Se mostró amigable y atento, incluso le vio menos presuntuoso y fantasma que de costumbre.

Marian no se molestó en revisar quién ocupaba el resto de las mesas, por eso se dio un susto de muerte cuando, ya al final de la cena, se giró levemente y divisó en una mesa lateral un caballero, elegantemente vestido, con un rostro increíblemente parecido al de Andy. Cuando la mirada de aquel hombre se cruzó con la suya y vio que este posaba su servilleta y se levantaba, caminando directa hacia ella, Marian se quedó perpleja. Se giró rápidamente hacia delante, como si no mirando, pudiera evitar que aquel hombre continuara avanzando.

La voz de Andy fue como un cuchillo afilado para Marian. Notó como traspasaba su piel y llegaba hasta lo más íntimo de su ser. Cerró los ojos y respiró profundamente.

—Buenas noches —había saludado Andy al llegar—. Perdón por la interrupción.

Andy apoyó su mano sobre la mesa, manteniendo el brazo recto. Se agachó para colocar su rostro a la misma altura que el de Marian.

—Marian, ¿podemos hablar un minuto?

—No es un buen momento —sentenció ella sin abrir los ojos.

—Nunca es un buen momento para ti —replicó Andy pacientemente—. Te llamé anoche a tu casa, pero no cogiste. Supongo que no estabas.

—En efecto. Llegué tarde.

Andy se inclinó todavía más para prácticamente, susurrarle al oído.

—Por favor Marian, salgamos un momento.

—Estoy disfrutando de una agradable velada, por favor, no la estropees.

Andy continuó allí, en silencio, a escasos centímetros del rostro de Marian. Podía ver como chisporroteaban sus pupilas e incluso apreció lo abultada que estaba la vena de su sien.

Marian sentía el ligero soplo de la respiración de Andy sobre la piel de su cuello y sin poder controlarlo su corazón se aceleró. Supo que tenía que salir de allí inmediatamente.

—Eugenio ¿te importa si nos vamos?

Eugenio, que asistía expectante al encuentro, accedió sin objeciones.

—Como tú quieras.

Marian recogió su chaqueta del respaldo y ya de pie se colgó el bolso al hombro.

Andy hizo un último intento por retenerla y la sujetó del brazo.

Marian montó en cólera cuando Andy insistió de nuevo. Soltó su brazo con un brusco movimiento que puso en alerta a los ocupantes de las mesas adyacentes y exclamó crispada.

—Por favor Andy, déjame en paz, no quiero volver a saber de ti.

Marian echó un vistazo a la mesa en la que esperaba Claudia y añadió:

—Ya veo que tienes una nueva presa, bien, disfruta de su compañía mientras ella te lo permita, conmigo se acabó el juego.

Marian se giró y avanzó con paso rápido hacia la salida.

Andy intentó seguirla, pero Eugenio se interpuso en su camino.

Andy le miró, reparando en él por primera vez. Eugenio casi se sintió violento ante aquel examen óptico.

—Discúlpeme, pero ¿nos conocemos? —inquirió tras unos segundos.

Andy tenía la vista fija de nuevo en Marian que ya traspasaba la puerta de salida y, sin mirarle siquiera, contestó:

—No, no lo creo.

Eugenio insistió. Estaba seguro que había visto ese rostro antes.

—Perdone, pero yo creo que sí.

Echó mano a su cartera y extrajo una tarjeta que entregó a Andy.

—Soy Eugenio Russel, tengo una agencia de investigaciones. Tal vez ha solicitado mis servicios en alguna ocasión.

Marian ya había huido y él no la había alcanzado por ese pesado que tenía delante. Secamente terminó la conversación.

—Lo siento, estoy seguro de que no le conozco. Nunca he solicitado sus servicios.

Eugenio sonrió fingidamente. Aquella mirada tan firme le intimidaba, pero era un buen fisonomista y no olvidaba una cara. Descubriría él solo dónde le había visto antes.

Andy extendió la mano para devolverle la tarjeta, pero este no la aceptó.

—No, guárdela. Puede necesitarme en alguna ocasión, somos muy eficaces.

Andy no insistió. Guardó la tarjeta en el bolsillo y malhumorado, regresó a la mesa donde le esperaba una intrigada Claudia.

Marian esperaba junto al coche con los ojos humedecidos. Se puso triste y melancólica de nuevo y pidió a Eugenio que diera por terminada la velada y la llevara a casa.

—¿Se puede saber quién es ese hombre? —preguntó Eugenio camino ya de casa de Marian.

—Es un amigo fallido.

—¿Cómo se llama?

—Andy.

—Andy. ¿Andy qué más?

—No lo sé. La verdad es que no se lo pregunté nunca. Hace poco que le conozco.

Eugenio contrariado, se juró a sí mismo que averiguaría la identidad de aquel hombre que le había fastidiado su cita con Marian.

## CAPÍTULO 13

Al día siguiente, Marian recibió un precioso centro con dos docenas de rosas rojas. Las flores apaciguaron su ánimo, pero al leer la tarjeta montó en cólera de nuevo.

—¡Será chulo engreído!

—¿Qué ocurre? —preguntó Elena.

Marian leyó tintineante la tarjeta:

—"Te vas a sentir muy mal cuando se aclare el malentendido". ¡Lo que hay que aguantar! ¡Aún seré yo la culpable de todo!

Elena, que desde la ruptura estaba mucho más tranquila, pareció no prestar atención a Marian y olía intensamente el ramillete.

—Ha debido de romper la hucha de los ahorros para comprar esto —comentó calculando mentalmente cuánto podría haberle costado eso.

Fue entonces cuando Marian se dio cuenta de lo bien que vestía Andy la noche anterior.

—Ahora que dices eso, anoche iba muy elegante, enfundado en un traje.

—No, si aún va a resultar que es el millonario enmascarado —replicó Elena ácidamente.

A Marian no le gustó que se metiera con Andy. Ella se sentía autorizada a despotricar contra él. Podía encontrar una docena de razones que lo justificaran, pero no iba a permitir que otros lo hicieran. Así que dio por terminada la cháchara e hizo salir a Elena sin muchos miramientos.

Parecía increíble que, con todo ese devaneo de cabeza, Marian pudiera concentrarse en su trabajo, pero lo hacía y era una excelente terapia.

Esta vez creyó que al fin los dioses se habían puesto de su parte y le concedían una tregua.

Cuando Sara le anunció que llamaban del despacho del señor Sorbesa, una amplia sonrisa apareció en su rostro. Al menos laboralmente, las cosas empezaban a funcionar.

Marian descolgó el auricular, convencida de que, al fin, iba a escuchar la voz del escurridizo señor Sorbesa. Por eso se enfureció tanto cuando lo que escuchó fue la atrayente y sensual voz de Andy. No le dejó hablar mucho. En cuanto lo reconoció, soltó un cúmulo de insultos y antes de colgar lanzó un nuevo dardo envenenado.

—Pero ¿cómo te atreves a utilizar el nombre de uno de mis clientes para colarte por la puerta falsa en mi vida?

—Sorbesa no es cliente tuyo —rectificó Andy.

—¿Qué sabrás tú? Esto es el colmo. No quiero que vuelvas a llamar y mucho menos escudándote en nombres falsos ¿entendido?

Andy, pacientemente, intentó que se calmara.

—Por favor Marian, déjame explicarte, si me dejas hablar te darás cuenta de tu error.

—Ya basta Andy. Mi único error fue entablar relación contigo y ya lo estoy subsanando. Sal de mi vida para siempre.

Marian colgó el teléfono malhumorada, pero tan solo unos minutos después, lo que estaba era triste. Andy parecía arrepentido y ya había pedido perdón. Tal vez estaba siendo muy dura con él. Algo en su interior le seguía diciendo que aquel hombre estaba destinado para ella. Lo iba a perder y ella sería la única culpable por ser tan inflexible.

## CAPÍTULO 14

Dos días más tarde, Eugenio, cumpliendo el ofrecimiento que había hecho a Marian de revisar la documentación de Sorbesa, localizaba el rostro de Andy.

Rápidamente corrió a informar a Marian de su descubrimiento. Esta no estaba en la oficina cuando llegó, así que puso al corriente de todo a Elena, que se quedó boquiabierta por la sorpresa.

Eugenio necesitaba resarcirse y, en cuanto regresó a su despacho, le faltó tiempo para telefonar a Andy y restregarle en la cara lo eficaz que podía ser.

Andy no iba a ir a las oficinas. Habían llegado de América algunos de sus socios y pensaba dedicarles todo el día. Estaba en casa, a punto de comenzar el almuerzo, cuando le avisaron que tenía una llamada.

—¿Es de la oficina?

—No señor, es un caballero, dice que es urgente. Algo relacionado con una tal señorita Marian.

Andy arrebató el auricular a la sorprendida sirvienta y lo colocó rápidamente sobre su oreja.

—¿Dígame?

—Buenos días, señor Sorbesa, soy Eugenio Russel, no sé si se acordará de mí, nos conocimos la otra noche en el restaurante Getaria, ¿recuerda?

—Perfectamente señor Russel, ¿en qué puedo ayudarle?

Andy se soltó los botones de la americana y retirándola hacia atrás, apoyó su mano sobre la cadera. Supuso que el tal Eugenio quería aprovechar su encuentro para proponerle algún business. Le sucedía con frecuencia.

—Más bien es al revés. No sé si sabe que Marian, además de amiga, es una de mis clientes.

—No, no lo sabía —respondió Andy pacientemente—. Verá, señor Russel, tengo invitados en casa así que le agradecería fuera lo más breve posible.

—Enseguida termino. Solo quería que supiera que yo tenía razón, había visto su cara en alguna parte y ya lo he recordado. Hice para Marian un estudio del grupo de empresas Bela y sus propietarios. Usted aparecía en ese informe.

Andy empezó a comprender.

—¿Y bien? —preguntó sin dar más pistas.

—Bueno, me sorprendió que el otro día cuando nos encontramos Marian no conociera su identidad.

Andy se llevó la mano a los ojos y los frotó con fuerza mientras asentía:

—Ya entiendo. Supongo que usted habrá corrido a ponerla al corriente ¿o no? —Andy deseó que aún hubiera una esperanza. Tal vez lo que quería era una compensación por no revelar su secreto.

—Por supuesto que sí. Como le he dicho, Marian es mi amiga. Lamentablemente no se encontraba en la oficina, pero seguramente ya le habrán puesto al corriente.

—Veo que es cierto que es muy eficiente. Lo tendré en cuenta si alguna vez necesito algún servicio de ese tipo. Ahora si me disculpa, tengo que atender a mis invitados. Ha sido un placer

saludarle.

Andy colgó sin que Eugenio apreciara ningún cambio en su tono de voz que denotara contrariedad.

Eugenio quedó frustrado. Quería amargarle el día a cambio de la noche que él había estropeado, pero le pareció que no había conseguido nada.

Andy mantuvo la mano apoyada sobre el teléfono, como si así pudiera detener el tiempo y ganar unos minutos para pensar.

Quería que Marian conociera por fin la verdad, pero hubiera preferido que le dejaran a él contársela. No soportaba la idea de que un tercero entrara en el juego.

—¿Algún problema? —preguntó Pablo al verle tan meditabundo.

—Un pequeño contratiempo.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Andy se giró y se acercó a su hermano.

—Sí, tengo que salir un rato...

—¿Ahora? —preguntó sorprendido Pablo señalando hacia el salón donde esperaban los americanos.

—Sí, procuraré volver cuanto antes. Ocúpate tú de esa gente.

Vio el terror en los ojos de su hermano. Pablo era perfectamente capaz de cumplir su encargo y Andy lo sabía. Solo le faltaba un poco más de confianza en sí mismo.

—Esto te servirá de ensayo para cuando este verano seas tú el anfitrión en la costa.

Pablo afirmó con la cabeza, intentando digerir todavía el encargo de su hermano.

Andy se volvió desde la puerta contrariado de nuevo. Recordó que había dejado su coche en las oficinas.

—¿Hay algún coche fuera?

—Creo que está el pequeño de Claudia.

—Dile que me lo llevo, no tardaré.

Andy, metido en aquel pequeño utilitario fabricado a otra escala distinta al de su Mercedes, parecía el gigante Goliat. Tuvo que regular el asiento y los espejos y al fin pudo ponerse en marcha, mínimamente cómodo. Condujo como un loco. Quería ser él, el que se lo dijera y, si no al menos, explicarle su versión cuanto antes.

Marian llegó a las oficinas compungida y malhumorada. No quiso hablar con nadie, aunque Elena insistió en que debía contarle algo urgente sobre Sorbesa.

Marian había estado con Carlos y al contarle lo que había pasado con Andy, se había molestado y se había puesto en contra suya así que, necesitaba estar un rato sola para recobrar su equilibrio. No entendía como Carlos podía estar a favor de Andy.

—Elena concédeme unos minutos ¿vale? Solo unos minutos, enseguida estaré dispuesta para todo lo que quieras.

Elena pensó que unos minutos más o menos no eran tan importantes y accedió a esperar, aunque la noticia le quemara por dentro.

Esos minutos fueron decisivos.

Marian escuchó voces más altas de lo normal fuera. Elena y Sara discutían con alguien. Al momento, Andy irrumpió en el despacho como una exhalación.

Vestía de nuevo un traje impecable y su aspecto preocupado era nuevo para Marian.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Marian sin recuperarse todavía de la impresión.

—Vengo a buscarte, tenemos que hablar.

Andy avanzó hacia ella y Marian retrocedió, escudándose en la mesa.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Yo creo que sí.

Andy hizo un movimiento rápido y consiguió apresarle un brazo. No estaba dispuesto a posponer por más tiempo aquello.

—¿Sales por tu propio pie o tengo que cargar contigo? —preguntó Andy dispuesto a hacer lo que fuera necesario.

Marian abrió la boca asombrada. Elena apareció en la puerta y Marian le pidió ayuda, pero esta, cosa rara, no reaccionaba y seguía parada en el umbral, mirando fijamente a Andy y sin pronunciar palabra.

Andy tiró de Marian hacia la puerta y esta se resistió.

—Elena, llama a la policía —gritó Marian mientras forcejeaba.

Elena no se movió.

—Elena ¿no me oyes? Llama a la policía.

—Mi buena amiga Elena no va a llamar a nadie —aseguró Andy, ¿verdad Elena?

Marian se alarmó ante la pasividad de Elena y se dejó arrastrar por Andy fuera del despacho.

—Es lo que quería decirte —explicó Elena aún titubeante—. Tienes que saber...

Andy la interrumpió.

—Luego Elena, luego. Primero tengo que hablar yo con ella. Es importante. Lo entiendes, ¿verdad?

Abandonaron las oficinas sin dejar de forcejear. Marian no temía por su seguridad. Si se resistía era solo por cabezonería. En realidad, y aunque la ofuscación del momento no la dejara verlo claro, era la solución perfecta para romper con aquella estúpida situación provocada por ella misma. La única salida airosa. Así, podía hacerse la sacrificada, cuando en realidad era lo que su subconsciente quería que hiciera Andy desde hacía días. Pero en aquel momento todo eso, por supuesto, Marian no lo entendía así.

Andy la obligó a subir al coche y se puso al volante. Marian continuó con su papel de ofendida. Se enfureció y, cruzada de brazos, empezó a lanzar improperios que no parecieron afectar a Andy en lo más mínimo.

—¿Dónde vamos? —preguntó malhumorada.

—A mi casa.

—¿Desde cuándo necesitas compañía para eso? ¿No sabes volver solo?

Andy no se molestó en contestar y eso aún alteró más a la ya fuera de sí de Marian.

Iba tan furiosa que no se percató del camino que tomaban y solo cuando se detuvieron ante una gran verja se dio cuenta de donde estaba.

—Estupendo, vas a pagar esto caro. Ahora al secuestro tienes que añadir allanamiento de morada. ¡Te las estás jugando! —amenazó.

—Lo dudo. No he secuestrado a nadie y tampoco estoy en propiedad ajena —afirmó mientras detenía el vehículo y se apeaba.

Sacó a Marian del coche de un solo tirón y siguió sujetándola de la muñeca, mientras avanzaba a paso ligero por un sendero entre dos jardincillos.

Ahora Marian tuvo verdadero pánico de que el dueño de esa maravillosa finca pudiera sorprenderles y, con buena fe, alertó a Andy.

—Andy, vámonos de aquí, por favor.

—¿Por qué?

—No quiero que nos pillen aquí dentro. Está bien, tú ganas, hablaremos si quieres, pero fuera de aquí.

Andy tuvo que esforzarse para no sonreír. Si con lo enfadada que se supone que estaba con él, aún le preocupaba lo que pudiera pasarle, era una buena señal.

—No te preocupes, no corremos ningún peligro —aseguró tirando de ella de nuevo.

A Marian, con el sofocón empezaba a dolerle la cabeza y no encontraba sentido a nada. Echó un vistazo a su alrededor. Se encontraban en medio de un jardín. A su izquierda había una gran extensión cubierta de césped y trozos de arboleda y tras él, a más de cuatrocientos metros, cerraba el hermoso cuadro una espléndida mansión.

Marian tembló al ver correr hacia ellos al que, por su atuendo, parecía un camarero de la casa.

Andy se detuvo al verla forcejear de nuevo y se percató de la presencia del sirviente.

—Señor, los invitados le esperan.

—Enseguida estoy con ellos, solo unos minutos —contestó Andy.

Cuando Andy echó a andar de nuevo, Marian le siguió como un puma amaestrado. Cada vez entendía menos lo que estaba pasando.

Andy continuó por el estrecho caminito que cada vez se alejaba más de la mansión. El camino terminaba en un viejo caserón rodeado por una verja de un metro de altura. Cruzaron la pequeña verja y justo cuando Andy se disponía a abrir la puerta de la casa, alguien volvió a llamarlo.

—¡Eh, Andy!

—Un joven se acercó y Marian lo reconoció enseguida. Era el que había visto días antes en las oficinas de Sorbesa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mirando extrañado a Andy.

—¿Y tú? —preguntó este sin inmutarse.

—Está claro. Escabullirme de tu fiesta. Tiene que ser muy aburrida para que el anfitrión sea el primero en huir.

—No es una fiesta —rectificó Andy—, es una reunión de negocios.

—Lo que sea, aburrimiento, al fin y al cabo.

Héctor se fijó por primera vez en la mujer que acompañaba a su hermano y, como le había pasado a ella segundos antes, enseguida reconoció su rostro.

—En cuanto aclare un pequeño malentendido volveré con ellos —explicó Andy.

Pero su hermano pareció no oírle y girado ya hacia Marian, extendía su mano afectuosamente.

—Buenas tardes —saludó sonriente.

—Buenas tardes señor Sorbesa —respondió Marian al borde de la incompreensión absoluta —. ¿Qué hace usted aquí?

Héctor carcajeó divertido ante la pregunta.

—Vivo aquí.

Cada descubrimiento que Marian hacía, creía que sería el último y el más grandioso, pero se equivocaba una y otra vez.

Andy soltó el brazo de Marian, ya no creía que escapara y contempló divertido su cara de asombro.

Héctor parecía dispuesto a entablar una larga conversación y Andy intervino antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Quieres ir y atender a mis invitados mientras yo llego?

Héctor comprendió que su hermano no estaba dispuesto a compartir su compañía.

—Para eso estamos los hermanos —concedió resignado—. Encantado de volver a verte —se despidió de buen grado camino de la casa.

Marian, sumida en su confusión, se giró hacia Andy pidiendo con la mirada una explicación. Pero Andy, de brazos cruzados, la miraba burlonamente, sin intención de hacer ninguna concesión.

Marian tras un continuo tartamudeo consiguió decir:

—Tú... él...

Andy cedió a su torpe interrogatorio.

—Héctor es mi hermano pequeño.

—¿Hermanos?

—Sí, ya sabes, cuando alguien tiene los mismos padres que otra persona, se dice que son hermanos.

Andy estaba disfrutando de lo lindo.

—Pero tú no... Tu nombre...

—Mi nombre es Antonio Sorbesa —se aproximó hasta su odio y añadió—, Andy para mis amigos.

Sin darle tiempo a recuperarse, la tomó de la cintura y la hizo girar para entrar en la casa.

La condujo por un estrecho pasillo, con puertas a ambos lados, que desembocó en una sala de estar.

Marian reconoció al instante aquel lugar. En la visita anterior habían entrado por el lado opuesto, pero sin duda era la casa donde Andy la había llevado con Merche. Paseó la vista por toda la habitación y detuvo la mirada en el sofá que ocupaba la pared de su izquierda. El mismo en el que ella había estado sentada unas noches antes. Ahora, con la luz que entraba a raudales por el gran ventanal, el lugar no parecía tan siniestro como en aquella ocasión.

Andy, que seguía a su espalda, la rebasó, para mirarla de frente y tomó la palabra.

—Es la antigua casa de los guardeses, los padres de Carlos. Ahora dejo que la utilicen algunos amigos del padre Miguel, momentáneamente escasos de fondos, mientras consiguen un trabajo que les permita trasladarse.

Marian seguía absorta, sin entender qué cúmulo de malentendidos se habían producido desde el principio.

—Esa mañana —continuó Andy—, habían terminado de cambiar toda la instalación eléctrica de la casa. Sebastián, la persona que ejerce ahora como jefe de la casa, no estaba y las explicaciones de a qué correspondía cada uno de los interruptores del cuadro de los limitadores, me las hicieron a mí. Esa noche, como estábamos cerca, quise pasarme para explicárselo. Casualmente, esa tarde se había fundido la bombilla del foco del patio y Sebastián no se había atrevido a cambiarlo sin desconectar primero el interruptor del limitador de corriente correspondiente. Yo le enseñé cuál era.

Andy le concedió un respiro para que intentara ordenar los acontecimientos. Y, por último, añadió:

—El juego de sábanas era para la pareja del sofá. Sebastián las tenía preparadas sobre la mesa de la cocina y me ofrecí a llevarlas al salón.

Marian masajeó su frente con las yemas de los dedos. Ahora el dolor de cabeza era insoportable.

—Tú eras amigo de Carlos, yo pensé...

—Tú también eras amiga de Carlos y nadie dio nada por supuesto.

—Me engañaste —se quejó Marian.

—Llegaste y me colgaste la etiqueta identificativa, pobre poco fiable. Tú sola te engañaste, yo solo te seguí el juego. Lo único que pretendía era que me conocieras antes de juzgarme.

Marian negó nerviosamente con la cabeza.

—Vamos, reconócelo —insistió Andy—, si hubieras sabido que Andy era el Antonio Sorbesa al que tú perseguías ¿te habrías comportado igual?

Marian titubeó.

Andy se aproximó y Marian asustada por su atrayente mirada, retrocedió hasta topar con la pared.

—Vamos contesta. ¿Me habrías dejado besarte? ¿Te habrías mostrado tal como eres?

Marian al sentirle tan cerca, comenzó a respirar con dificultad. Empezaba a darse cuenta de la magnitud de su error. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta?

Por un momento pensó que Andy iba a besarla. Creyó que ahí acababan los malentendidos y que todo estaba arreglado, pero Andy no estaba dispuesto a zanjar tan pronto el asunto. Él había sufrido esos días como nunca lo había hecho y pensaba pagarle con la misma moneda.

Andy descorrió el pestillo de la puerta que estaba a la espalda de Marian y la abrió. Empujó a Marian suavemente hacia afuera y le aconsejó.

—Recapacita, junta las piezas y te darás cuenta de que nadie te engañó, al contrario, cuando intenté sacarte de tu error, me dijiste que no merecía una segunda oportunidad. Tal vez no fuiste muy justa aplicando esa ley.

Andy vio un ápice de arrepentimiento en los ojos de Marian. Esa era buena señal, en cuanto lo pensara un poco más, ese sentimiento la embargaría por completo.

Antes de cerrar la puerta, Andy añadió fríamente.

—Y ahora, si me disculpas, tengo que atender a mis invitados.

El portón se cerró y Marian se encontró plantada en mitad de la calle. En el mismo callejón en que días atrás, dejó plantado al importante señor Sorbesa.

Marian se golpeó repetidas veces la frente con la palma de la mano.

Aturdida todavía por la noticia, tomó un taxi y regresó a las oficinas.

Elena en cuanto la vio aparecer se levantó rápidamente y salió a su encuentro, acosándola a preguntas.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde habéis estado? ¿Estás bien? —preguntó por último al darse cuenta del abatimiento de Marian.

—Todo lo bien que se puede estar después de enterarte de que has estado haciendo el mayor ridículo del mundo.

Elena no supo qué decir. En cierta forma se sentía culpable por no haber sabido evitar aquello.

—Lo lamento. Me enteré poco antes que tú.

—¿Quién te lo dijo a ti?

—Eugenio trajo la noticia un poco antes de que tú llegaras. Quise decírtelo cuando viniste, pero...

Marian la hizo callar con un gesto.

—Lo sé, lo sé. No te preocupes, ha sido culpa mía.

Marian paseó nerviosa y clamó al cielo.

—¡Dios! ¿Por qué no me di cuenta? Estaba tan claro. Su porte, su pulida conversación, su excelente educación. ¿Cómo pude confundirme, tacharle casi casi de indigente o maleante? ¿Cómo pude estar tan ciega?

Elena sin saber qué decir, se limitó a masajear cariñosamente su espalda y abandonó el despacho para que Marian pudiera terminar de asimilar todo aquello.

Marian se dejó caer sobre el sillón y revivió su encuentro con Andy.

Repasó todo lo que este le había dicho y se sintió estúpida.

Al darse cuenta de lo injustificado de su enfado, de su apresurado juicio sobre Andy, de su excesivo orgullo y de su exagerada desconfianza, tuvo ganas de huir y alejarse de todo.

Abandonó el despacho y vagabundó con el coche sin rumbo fijo o al menos eso creía ella. Su coche la llevó derecha hacia el barrio de Carlos y lo localizó en uno de los recreativos. Parecía que su subconsciente buscara una confirmación y la tuvo.

Carlos se alegró de verla. Regresaron al centro y después de estacionar el coche, se adentraron en el parque y pasearon sin prisas.

El muchacho enseguida adivinó que algo le pasaba y Marian le puso al corriente de lo sucedido.

Aunque en un primer momento, sus ganas por reír le inundaron, al ver lo afligida que ella estaba, se contuvo e intentó consolarla y le contó cosas que le habría sido muy útil conocer con anterioridad.

Carlos conocía a Andy desde que tenía uso de razón. Lo recordaba como parte importante de su vida desde siempre. Era como esos hermanos mayores que vivían fuera de casa, pero con los que siempre puedes contar en los momentos importantes.

Marian supo que los padres de ambos habían muerto en el mismo accidente. Al parecer y como ya había comentado Andy en su fugaz noticiario, los padres de Carlos trabajaban para su familia. Su madre ayudaba en la casa y su padre era el chófer del señor Sorbesa. Carlos se puso melancólico cuando tuvo que confesar la adicción de su padre a la bebida. Nadie supo exactamente qué pasó. Regresaban por la noche de un largo viaje y el coche se salió de la carretera. Tal vez su padre se durmió al volante, tal vez se había pasado con la bebida, el caso es que ninguno de los dos sobrevivió al accidente.

Los Sorbesa nunca reprocharon nada a la madre de Carlos. Al contrario, intentaron hacerse cargo de ella y su pequeño.

—Pero mi madre no quiso aceptar su ayuda —continuó Carlos—. Decía que no podía seguir en aquella casa, viviendo diariamente la desgracia que mi padre había originado en esa familia. No pudieron convencerla de que siguiera trabajando allí. Abandonamos la casa y regresamos al barrio.

Carlos pareció pasar la hoja del pasado y regresó al presente con más optimismo.

—Mi madre limpia un par de porterías y cose en casa para un taller. Yo también hago algunas cosillas por ahí de vez en cuando y gano algunos dinerillos. ¡Nos va bien!

Carlos sonrió antes de continuar.

—En cuanto Andy consiguió estabilizar la economía de su casa, fue a ver a mi madre. Mi madre nunca me lo ha contado, pero sé por los vecinos que tuvieron una buena. Los dos son igual de testarudos.

Carlos volvió a reír.

—Bueno no, Andy fue más. Consiguió convencer a mi madre y desde entonces paga todos los gastos de mi educación.

Ahora fue Marian la que sonrió y comentó.

—No me imagino a Andy dando gritos.

—Yo no lo he visto nunca perder los estribos, pero créeme, aquel día, según los vecinos, los

perdió.

Marian leyó claramente en sus ojos lo que sentía por Andy.

—Lo aprecias mucho ¿verdad?

Carlos la miró y más sincero y abierto de lo que solía ser con sus propios sentimientos, confesó:

—Lo admiro. Es mi ídolo, mi punto en el horizonte, mi ejemplo a seguir. Es un tío genial, ¿A que sí?

Marian se encogió de hombros y tristemente afirmó:

—Supongo que sí. Tampoco le he dado muchas oportunidades.

Marian acompañó a Carlos de nuevo a su casa y condujo como un autómata hacia la suya.

Al día siguiente inventó un fortísimo y repentino gripazo y no acudió a la oficina.

## CAPÍTULO 15

Tras esas horas de reflexión, empezó a tomar conciencia de su exagerada torpeza. ¿Hasta qué punto la gente se obceca con una idea y no ve la verdad, aunque la tenga delante?, se preguntó a sí misma.

Ahora Marian recordaba lo extraño que le había parecido los amplios conocimientos que Andy demostraba sobre todas las materias, dignos de la educación más selecta. La llamada que hizo diciendo que era del despacho del señor Sorbesa y ella le colgó el teléfono acusándole de usurpación de personalidad. Y mil detalles más que ahora veía tan claros y en cambio pasaron desapercibidos en su momento. ¿Cómo se puede estar tan ciega?, se repetía una y otra vez. Estaba desolada. Acababa de recibir una lección magistral y se sentía vencida por su propia torpeza.

Necesitaba una inyección de optimismo y no se le ocurrió otra persona mejor para ello que su abuela.

Doña Margarita consiguió, si no animarla, ardua tarea, al menos hacerla reaccionar.

Le aconsejó que meditara muy bien lo que quería y una vez decidiera esto, hiciera todo lo posible por conseguirlo.

Doña Margarita tomó la mano de su nieta entre las suyas y afirmó convencida:

—No sé si es el hombre apropiado para ti, pero está muy claro que es el que tú amas. Si no eres capaz de ver eso, estás muy ofuscada.

—Lo veo abuela, lo veo. Sé que le quiero, sé que es el hombre de mi vida, pero creo que después de esto, él ya no va a querer saber nada de mí.

—Eso te corresponde a ti averiguarlo.

Marian seguía cabizbaja.

—Cometí con él todos los errores que él más detesta. Lo juzgué de antemano sin darle oportunidad de defenderse. Le coloqué la etiqueta, como dice él.

Marian miró angustiada a su abuela.

—No podría soportar una negativa.

Su abuela acarició su mano con ternura y la envolvió en una sonrisa tierna y maternal. Marian se sintió reconfortada al instante.

—Marian ¿de verdad crees que si no le importaras se habría molestado en sacarte de tu error, en deshacer el malentendido?

Marian vio un rayo de esperanza.

—¿Tú crees abuela?

—Podría juzgar mejor si le conociera, pero apuesto a que está tan coladito por ti, como tú lo estás por él.

Marian sonrió al instante. A su abuela le hizo gracia.

—¡Dios mío! Sigues siendo una niña, te ruborizas como una quinceañera.

Marian pellizcó cariñosamente la mejilla de su abuela.

—A veces me das miedo. ¡Me conoces tan bien!

—No debes tener miedo a nada y menos a mí. Lucha por lo que quieres. Si lo consigues estupendo, si no, jamás podrás reprocharte a ti misma no haber hecho todo lo posible por

conseguirlo.

Al día siguiente Marian retomó el trabajo con nuevos bríos. Iba a seguir el consejo de su abuela, nunca se había equivocado. Lucharía por lo que quería hasta el final y sabía con toda certeza que quería a Andy.

Elena se alegró de reencontrarse de nuevo con su jefe de siempre, exigente, tenaz y dinámica.

## CAPÍTULO 16

Majler entró en el despacho de Andy, imperturbable, como siempre.

—Señor, al parecer tenía usted razón. Me han comunicado que han llamado de la agencia de publicidad. La señorita insiste en fijar una cita.

Andy modificó su semblante. Después de no haber sabido nada de ella durante dos días, empezaba a preocuparse.

—He de confesarle que empezaba a tener mis dudas. Si no me equivoco su siguiente paso será más directo. Pienso que, ante los malos resultados, prescindirá del teléfono y se presentará aquí en cualquier momento.

Por supuesto Andy no iba mal encaminado. Marian se presentó en el edificio a primera hora de la tarde. Andy se deleitó observándola desde su gran ventanal, teniendo sumo cuidado en no ser descubierto por ella.

Majler se deshizo de ella, pero Marian no pareció desalentarse y a primera hora del día siguiente estaba de nuevo allí.

Estaba dispuesta a arrastrarse lo que hiciera falta. Conseguiría ablandar el corazón de Andy.

—Lo siento señorita, pero creo que hoy será imposible que la reciba.

—Por favor, le importaría decirle que estoy aquí —suplicó Marian.

—Me temo que no servirá de nada...

—Por favor.

Hasta el distante Majler se vio afectado por su desvalido aspecto y accedió a su petición.

Marian creyó que no podría negarse, sabiendo que estaba allí, pero se equivocó. Andy sabiéndose vencedor quería alargar un poco más la penitencia de Marian.

Majler pensó por un momento que aquella señorita iba a desmayarse allí mismo. Pero tan pronto como su rostro se había apagado, volvió a iluminarse.

—Ha sido usted muy amable. Si no le importa trasmita al señor Sorbesa mi intención de volver mañana.

Marian no esperó a que Majler intentara disuadirla. Dio media vuelta y echó a andar pasillo adelante hacia la salida.

Al girar al final del pasillo, se dio de bruces con Héctor.

—Buenos días, María de los Ángeles —saludó este de forma rimbombante.

—Llámame Marian, me temo que me verás muy a menudo por estas salas de espera.

—¿Y eso?

—Tu hermano —afirmó escuetamente Marian mientras apretaba el interruptor de llamada para el ascensor—, está muy ocupado para recibirme, pero ¿sabes un secreto?

Héctor miró a derecha e izquierda antes de agacharse para acercarse a Marian.

—Yo no tengo otra cosa más importante que hacer que darle la murga.

Héctor sonrió exactamente igual que lo hacía Andy cuando debía fingir contrariedad.

Las puertas del ascensor le franquearon la entrada.

—Es la primera vez que lamento no disponer de un despacho en este edificio —afirmó Héctor atentamente.

Marian sonrió agradecida.

—Y también empiezo a pensar que en contra de lo que todos creemos, mi hermano no es tan listo como parece. Yo nunca haría esperar a una mujer como tú.

Marian esta vez sonrió abiertamente.

—No te dejes engañar por las apariencias. Siguiendo con las confesiones puede que tu hermano tenga buenas razones para no querer saber nada de mí, pero, al menos, merezco que me lo diga a la cara.

Marian entró en el ascensor y las puertas se cerraron justo cuando terminaba la frase.

Héctor continuó junto al ascensor unos segundos y utilizando la intuición que Dios había repartido por igual a toda su familia, sentenció en voz alta.

—Es perfecta para él.

Encontró a Andy meditabundo y supo enseguida el motivo.

—¿Ocupado?

—No, pasa.

—¡Vaya! ¡qué extraño! Acabo de cruzarme con una persona a la que no has podido recibir. Pensaba que estabas desbordado de trabajo.

Andy le miró amenazador. Nunca había permitido que nadie se metiera en su vida privada y ese mocoso no iba a empezar a hacerlo ahora.

Héctor transcribió perfectamente el mensaje. Aun así, continuó con el tema.

—Si quieres saber mi opinión, creo que es estupenda, pero no te conviene. Sois igual de testarudos, estaríais todo el día tirándoos los trastos a la cabeza.

Héctor era el único que se atrevía a bromear así con su hermano mayor.

Con Esther era con la que más dialogaba. Con Claudia, por la diferencia de edad, nunca mantenía conversaciones a ese nivel. Pablo jamás se habría atrevido, pero Héctor era el que mejor le conocía y no le tenía miedo. Al contrario, sabía que Andy tenía mucho mejor talante del que todos imaginaban.

Andy se había enfrascado en la lectura de unos informes que segundos antes se morían de asco sobre su mesa.

—Solo una cosa antes de irme.

Andy hizo un sonido gutural sin levantar la vista.

—Estaba pensando que, si tú no estás interesado en esa mujer, tal vez yo podría...

Andy levantó la cabeza levemente y mirando por encima de las gafas afirmó:

—No se te ocurra acercarte a ella. Es mía.

Héctor sonrió mientras se levantaba.

—Es lo que me temía —afirmó victorioso antes de salir.

Andy pensó que se sentiría mal por confesar lo colado que estaba por aquella mujer, pero no fue así. Al contrario, se sintió liberado, deseaba gritarlo a los cuatro vientos, pero no sería necesario. Héctor se encargaría de hacerlo por él.

## CAPÍTULO 17

Marian estaba allí a primera hora. Majler volvió a decirle que el señor Sorbesa estaba ocupado con unas visitas, pero por supuesto ella no lo creyó, aunque en esta ocasión era cierto.

No pareció que la respuesta le sorprendiera y en lugar de encaminarse hacia la salida, como era su costumbre, fue hacia un sofá que había a escasos metros y se instaló dispuesta a esperar el tiempo que hiciera falta.

La puerta del despacho de Andy se abrió media hora más tarde y se escucharon risas y voces en una lengua extranjera.

Al no haber creído la excusa de Majler, Marian se sorprendió al ver salir a varios caballeros del despacho. Reconoció la voz de Andy que desde el interior y en inglés, indicaba a los caballeros que tomaran el pasillo de la izquierda.

Fue el último en salir y Marian sopesó la posibilidad de no delatar su presencia.

Al estar reunido Majler no entró a prevenir a su jefe de su presencia y, al escuchar su voz, este casi no pudo controlar su impulso de sonreírle.

Marian le vio girarse hacia ella y con su porte distante y diplomático pareció interrogarla con la mirada.

—Tengo que hablar contigo.

—Como ves, estoy ocupado —afirmó señalando al grupo que le esperaba al final del pasillo.

—Dime tú cuando.

Andy, imperturbable, sentenció.

—Creo que no será posible, al menos en breve.

Andy hizo mención de echar a andar y Marian tuvo que sujetarle por el brazo.

—Por favor Andy, no seas tan duro conmigo. Dame otra oportunidad.

Andy la miró a los ojos y vio arrepentimiento y amor en ellos. Tuvo que luchar duramente consigo mismo para no rendirse. Una parte de él quería hacerlo, pero otra, sin embargo, quería una última prueba. Necesitaba saber hasta qué punto lo amaba.

Marian, hubo un momento en el que creyó ganado su corazón, como en otra ocasión le había pasado a Andy con ella, pero el destino seguía castigándola y cerró los ojos abatida cuando él respondió:

—Tendré que pensarlo. No sé si mereces una segunda oportunidad.

La había vencido con sus propias armas, utilizando sus propias palabras. Las mismas que ella le había escupido pocos días antes a él a la cara.

El grupo de americanos se retiró a su hotel a media tarde y Andy regresó a su despacho para repasar la documentación que le habían aportado. Habían viajado para proponerle un nuevo negocio conjunto en las costas californianas. Tenía muy buenas referencias de ese consorcio y la idea era innovadora y parecía bastante bien elaborada. Aun así, y antes de firmar ningún preacuerdo, Andy quería estudiarlo de nuevo.

Majler se quedó con él hasta más de las once y cuál fue su sorpresa cuando al salir, descubrió a Marian tumbada en el sofá del pasillo.

Alertó a Andy y ambos la contemplaron desde el umbral.

Andy había temido que hubiera sido demasiado duro con ella, pero al parecer era más fuerte de lo que pensaba y más testaruda, como decía Héctor.

Se la habría comido a besos, pero tuvo que conformarse con cubrirla con una manta.

—¿Va a dejarla ahí?

—Sí, será lo mejor. Me enfrentaré con ella mañana a primera hora, en este momento no me encuentro capacitado para acometer esa ardua tarea.

Para Majler, que jamás había osado enfrentarse a una mujer, le parecía una tarea hartamente difícil, fuera la hora que fuera.

## CAPÍTULO 18

Andy, aunque se había acostado pasadas las tres de la mañana después de revisar toda la información de los americanos, al día siguiente madrugó. Quería ser el primero en llegar a las oficinas y evitar a Marian el bochorno de despertarse rodeada de caras extrañas.

Ya estaba a punto de salir para la oficina cuando recibió la llamada de uno de sus encargados desde América. Se retrasó más de la cuenta, pero estaba seguro de llegar a tiempo.

Quería dar por terminado aquel martirio cuanto antes. Se moría de ganas por poder estrechar a Marian de nuevo entre sus brazos.

Quedó desolado cuando vio vacío el sofá. Escuchó ruido dos despachos más allá y abrió la puerta irrumpiendo como un vendaval. Una mujer de espalda a la puerta, paseaba adelante y atrás con el aspirador. Se sobresaltó al escuchar de pronto una voz en su nuca.

—¿Dónde está la mujer que dormía ahí afuera?

—Se ha marchado —respondió cuando consiguió recuperarse del susto.

—¿Hace mucho?

—Se despertó cuando yo llegué —explicó tímidamente la mujer de la limpieza temerosa de que fuera ella la responsable del incipiente malhumor del jefe.

Andy, contrariado, abandonó el despacho y dejó que la mujer continuara con su trabajo. Era inútil salir tras ella. El equipo de limpieza llegaba sobre las seis y media, eso quería decir que hacía más de una hora que Marian se había marchado.

Malhumorado consigo mismo por ser demasiado confiado y pensar que la suerte podía ser su aliada, se encerró en el despacho a esperar, a que fuera una hora prudencial para reunirse con sus invitados. Tuvo que pasar el resto del día con ellos, haciendo de guía turístico y perfecto anfitrión, sin poder desviar sus pensamientos de Marian.

Consiguió despistarse media docena de ocasiones para telefonar a Majler y saber si Marian había dado señales de vida. Le había dejado instrucciones de que se pusiera en contacto con él si Marian llamaba o aparecía por las oficinas, pero aún con todo y tras el silencio absoluto de Majler, quiso comprobarlo y llamó una vez más. Nada, Marian no había dado señales de vida.

Esta vez estaba perdido. Sin duda Marian al despertar en el sofá se había sentido humillada. No le culpaba por darse por vencida. Demasiado había soportado ya. Pensó que esta vez le tocaba a él dar el primer paso y llamó al despacho de Marian. No consiguió hablar con ella. Le dijeron que no estaba, pero no era capaz de asegurar que fuera verdad. Fuera como fuera, Marian se sentía dolida y él no sabía cómo volver a aproximarse a ella.

A última hora de la tarde dejó a sus invitados en el aeropuerto y regresó a casa sin pasar siquiera por el despacho. Estaba agotado físicamente y derrumbado psíquicamente.

Accionó el mecanismo de elevación de la puerta del garaje y estacionó el vehículo. Con desgana recogió la chaqueta que había tirado sobre el asiento del compañero y se la cargó a la espalda, sujetándola con un solo dedo. Mientras caminaba hacia el porche de entrada, introdujo su dedo pulgar y el índice por debajo de las gafas de sol y presionó sus lagrimales, intentando reducir la molestia que sentía sobre el puente de la nariz.

Vio que alguien estaba sentado sobre la barandilla del porche, pero no se molestó en

averiguar quién era. Fuera quien fuera, no pensaba entablar la más mínima conversación.

Solo cuando ya había subido dos de los escalones, la figura de aquella mujer se quedó grabada en su retina tras un breve vistazo y en cuanto fijó su vista de nuevo en ella, no pudo dejar de mirarla.

Aquella visión fue mágica. Recargó todos sus niveles bajo mínimos, segundos antes. Su orgullo quedó repuesto. Ya no era necesario que se humillara y se arrastrara pidiendo perdón. Marian se lo había puesto muy fácil.

Cualquiera hubiera podido apreciar que, aunque su postura permaneció prácticamente intacta durante esos segundos, su porte y su autoestima volvieron a ser los acostumbrados.

Mientras se acercaba se dio cuenta que Marian leía afanosamente una revista y no parecía haber reparado en su presencia. Tenía la espalda apoyada en la fachada y las piernas estiradas a todo lo largo del balaustre. Parecía una quinceañera recién salida de clase.

Andy se detuvo ante ella, produciendo un haz de sombra. Creía que cuando ella lo viera se echaría en sus brazos, pero Marian se limitó a levantar la vista y mirar por un instante qué o quién se interponía entre ella y el astro madre.

Él se quedó sorprendido cuando volvió a bajar la vista y siguió con la lectura sin mediar palabra.

Andy pensó que era suficiente con que estuviera allí. Tal vez debía de ser el quien rompiera el hielo.

—¡Buenas tardes! —saludó mirándola por encima de las gafas.

Marian devolvió el saludo sin levantar la vista.

Andy simuló una sonrisa.

—¿Se puede saber qué haces ahí?

Marian, sin abandonar la lectura, contestó:

—Espero a una persona, creo que vive aquí.

Andy miró a derecha e izquierda confundido, intentando averiguar qué ocurría. ¡Era imposible que no le hubiera reconocido con las gafas oscuras! Las dejó resbalar hasta la punta de la nariz e inquirió:

—¿No es a mí?

Marian volvió a mirarle y tras unos segundos de comprobación contestó:

—No, no eres tú. Yo espero a un amigo, se llama Andy.

Andy miró hacía el jardín para ocultar su sonrisa y se alegró de que Marian aún tuviera ganas de bromear.

—Creo que esperas en vano —afirmó mirándola de nuevo.

—Es igual. Esperaré de todos modos, es lo único que hago últimamente. Tarde o temprano tiene que aparecer.

Andy hizo un gesto de resignación.

—¡Está bien! Estamos en un país libre, espera si quieres.

Andy se dirigió hacia la puerta y antes de entrar quiso darle una segunda oportunidad.

—¿No preferirías esperar dentro?

—No gracias, estoy bien aquí.

Andy cabeceo.

—Bien, si cambias de opinión, solo tienes que llamar.

Andy retardó su entrada en la casa todo lo que pudo, esperando que Marian cediera. A la más mínima señal de rendición, por su parte la estrecharía en sus brazos.

Marian continuó con su afanada lectura y Andy entró al interior.

Marian friccionó sus brazos nerviosamente. Estaba segura de que estaba haciendo lo correcto. Sabía que ninguno aprobaría su actuación, por eso ocultó sus planes a todos, menos a su abuela, que le dio su bendición.

Marian quería recuperar a Andy, pero no quería que pensara que se doblegaba ante su posición o su dinero. Ella se había enamorado del hombre sencillo que había conocido en el barrio de Carlos. Era con ese Andy y no con el trajeado dueño de docenas de corporaciones con el que ella quería compartir su vida. Ella quería pedir perdón ante el Andy al que juzgó y sentenció sin oportunidad de defensa.

Nadie volvió a cruzar el porche, excepto una joven que entró con muchas prisas poco después de Andy y salió casi una hora más tarde.

Empezaba a anochecer y con la llegada de la luna se esfumaban los últimos rayos de esperanza de Marian. ¿Era posible que no pensara volver a dejarse ver?

Marian empezó a dudar. Estaba dispuesta a pasar la noche al raso si era necesario, pero ¿valdría para algo? Si no había más remedio, entraría y suplicaría. Había llegado demasiado lejos para abandonar ahora. Debía de haberle hecho mucho más daño del que pensaba, si todavía no estaba dispuesto a perdonarla.

Decididamente, pensó Marian, si en media hora no salía él, entraría ella.

Andy, cuando la peluquera terminó con su trabajo, se duchó para deshacerse de todos los cabellos que habían quedado adheridos a su piel. Sustituyó su camisa blanca por un polo y sus pantalones del traje por unos vaqueros.

De nuevo ante el espejo, revisó su aspecto. No se sintió extraño con su pelo corto. Al contrario.

Se tomó su tiempo para terminar de vestirse. Estaba tranquilo. Había colocado a Miguel, el jardinero, de guardia en una de las ventanas que daba al porche, con una sola instrucción: vigilar a la señorita del porche y evitar a toda costa que lo abandonara bajo ningún concepto.

Eso es lo que debía de haber hecho la noche anterior. Estaba tan seguro de llegar antes de que ella despertara, que no se le ocurrió que algo pudiera demorar su llegada o anticipar la partida de ella.

Miguel se retiró en cuanto Andy llegó a su altura.

Marian se sobresaltó al escuchar la puerta. Tanto tiempo esperándolo y ahora que llegaba estaba aterrada.

—¿Sigues ahí?

—Sí, mi amigo no ha llegado.

—No vendrá, te lo advertí —sentenció Andy, acercándose hasta casi rozarla.

—¿Por qué? —preguntó Marian temerosa de que la respuesta fuera: porque no quiere volver a verte.

—Porque ese Andy al que tus esperas, no existe. Es fruto de tu imaginación.

Marian volvió a mirar de frente y replicó cabezonamente como una chiquilla.

—No es cierto, yo lo he visto. He estado con él. Tiene que estar en algún lugar.

—Vamos, convéncete. No hay ningún chulo macarra, mafioso y pobretón escondido aquí.

—Pues claro que no —replicó malhumorada—. Ese no es mi amigo. Yo hablo de un hombre tierno, paciente y cariñoso que consiguió embelesarme con su sonrisa desde el primer día y por el que estaba dispuesta a saltarme todas las estúpidas leyes clasistas de esta sociedad.

Andy no pareció afectado por tan sincera confesión, pero lo estaba. En su interior su corazón

galopaba ya a ritmos insospechados.

—¡Es inútil! —sentenció al fin hundiendo a Marian en la desesperación—. No vendrá.

Andy deslizó su brazo por debajo de los muslos de Marian y pasó el otro brazo por detrás de su cintura, alzándola en el aire al instante, mientras afirmaba a renglón seguido.

—Tendrás que conformarte conmigo.

Marian se agarró fuerte a su cuello y sonrió feliz al fin.

—Si no hay más remedio —exclamó llena de júbilo.

Andy giró con ella en sus brazos tremendamente feliz. Fue hacia la puerta y sin soltarla, abrió y se colaron sigilosos hasta el despacho, cerrando rápidamente la puerta.

Solo entonces la posó en el suelo y deleitó su vista, paseándola sin prisa por el rostro risueño de Marian.

Esta, sin soltarse todavía de su cuello, acarició su nuca y solo entonces encontró a faltar sus cabellos cubriendo sus hombros.

—Tu pelo. Lo has cortado.

Andy sonrió cálidamente y mientras acariciaba su mejilla, argumentó de buen grado.

—Deseo conocer a tu abuela cuanto antes y pensé que esto me ayudaría a ganar puntos mucho más rápidamente ¿no crees?

Marian rio divertida.

—A mi abuela solo te la ganarás si consigues convencerla de que me quieres y me vas a tratar como a una reina.

Andy la atrajo hacia sí, pegándola a su cuerpo y, utilizando ese tono de voz penetrante que hacía que Marian se revolucionara de arriba a abajo, afirmó muy seguro:

—Si eso es todo, la tengo en el bote.

El silencio los envolvió con su manto sigiloso y ambos quedaron imantados por la mirada del otro y tras unos segundos, sus labios, obedeciendo a alguna ley física ineludible, empezaron a acercarse lentamente.

Marian sintió que las piernas se le plegaban y cuando creyó inevitable que sus rodillas se hincaran en el suelo, Andy volvió a elevarla por los aires y la tendió sobre el sofá. De nuevo sobre el sofá, pensó Marian, como la noche anterior, pero esta vez no estaba sola. Ahora Andy estaba tumbado sobre ella, cubriéndola con sus besos y sus caricias.

Después de aliviar la sed mutua de sus cuerpos, le tocó el turno a sus corazones. Abrieron el arcón de los sentimientos y se sinceraron, descubriendo sus miedos.

Marian reconoció su pánico a dejarse dominar por un comportamiento temperamental. Había intentado enfrentarse a su relación de una manera cerebral y solo había conseguido levantar un muro.

Andy, desconfiando como siempre de los desconocidos, había temido que volvieran a ver en él solo una fachada, una rica y presentable fachada. Cuando quiso confesarle la verdad, la bola era ya demasiado grande para dominarla.

Ambos se dieron cuenta de que habían estado a punto de echar abajo su relación por no ser sinceros desde un principio. Sus corazones les dictaban una forma de actuar y ellos se habían empeñado en hacer lo contrario.

—Menos mal que Dios nos ha hecho tan testarudos como desconfiados —comentó Andy sosegadamente.

Una vez que todo estuvo aclarado y tras más de dos horas de encierro, Andy se ofreció encantado a acompañarla a casa.

Salieron sigilosos del despacho, sin encender ninguna luz.

Lo último que Andy deseaba era tener que enfrentarse a los comentarios jocosos de algún miembro de su familia. Estaba demasiado feliz para las presentaciones. Ahora quería a Marian para él solo.

Andy hizo señas a Marian para que no hiciera el menor ruido y esta, cogida de su mano, le siguió dócilmente en la oscuridad.

Dos metros escasos les separaban ya de la puerta de salida cuando la potente voz de Héctor les sobresaltó.

Andy ni se giró. Conocía a su hermano y sabía que una vez descubiertos, Héctor no les dejaría escapar fácilmente.

Marian corrió a refugiarse bajo el brazo protector de Andy y este la cobijó dispuesto a pasar el mal trago.

—¿Qué ocurre? —gritó Héctor—. ¿Nos han cortado la luz?

—No, no nos han cortado la luz —respondió Andy pacientemente—, simplemente no queríamos molestar.

—¡Oh!, ¡Que considerado!

Tres nuevas cabezas asomaron sonrientes en el quicio de la puerta del salón.

Claudia, Esther y Pablo se incorporaron a la reunión.

—¡Hijo!, pensábamos que estabas trabajando en el despacho.

—No Esther, atendía a una visita —volvió a responder pacientemente Andy, sin girarse y, por supuesto, sin soltar a Marian.

—¿Visita? —repitió Héctor, acercándose hacia ellos—. ¿Qué visita? Yo no veo a nadie.

Andy levantó la vista al cielo intentando oxigenarse y ocultar la pequeña sonrisa que se estaba dibujando en su rostro.

Tenía plena conciencia de que lo que su hermano pequeño pretendía era hacerle sentirse incómodo y si no se concentraba iba a conseguirlo. Era la primera vez que su familia le pillaba in fraganti, intentando sacar a hurtadillas a una mujer de la casa.

Héctor llegó hasta ellos y bordeando el musculoso cuerpo de su hermano mayor, fue a parar junto a Marian y a la vez que la liberaba de los brazos de Andy, exclamó a pleno pulmón.

—¡Eh, sí! ¡Aquí hay alguien! Debe de ser la visita.

Héctor levantó el mentón de Marian.

—Pero no, no es una visita. Es Marian.

Héctor echó a andar hacia su madre con la mano de Marian entrelazada.

—Tú mamá, no la conoces ¿verdad?, bueno, y vosotros tampoco ¿no?

Sus dos hermanos negaron con la cabeza sin pronunciar palabra y sin dejar de sonreír.

—Caray Andy, que desconsiderado —recriminó sin que su voz denotara lo mucho que se estaba divirtiendo.

Héctor llegó junto a su familia y colocó a Marian delante de él, de frente a su madre y hermanos y sin más se dispuso a hacer las presentaciones.

Andy, que seguía en el mismo lugar, de espaldas a ellos, volvió a levantar la vista al techo y cedió rendido.

—Bueno, pues os voy a presentar, ya que yo sí que tengo el gusto de conocerla. Querida familia...

—Está bien, está bien —interrumpió Andy, girándose y caminando rápidamente hacia ellos—, yo lo haré.

Héctor se interpuso entre su hermano y Marian e insistió burlonamente:

—No, no, tranquilo, ya lo hago yo.

Andy se detuvo junto a él y ni se molestó en forcejear. Tan solo le miró y con las manos apoyadas sobre las caderas, volvió a afirmar:

—Muchas gracias hermanito, ya veo tu buena voluntad y te lo agradezco, pero quiero hacerlo yo.

Héctor levantó los brazos y se separó unos pasos.

—Muy bien, como tú quieras.

Una vez que Héctor se alejó, fue Andy el que se colocó pegado a la espalda de Marian y la sujetó por los hombros, friccionándolos cariñosamente.

Andy recuperó su serenidad habitual y como si fuera la cosa más natural del mundo y algo con lo que estuviera familiarizado, hizo las presentaciones formales.

Para Marian aquellas manos sobre su cuerpo actuaron como un bálsamo y Andy supo transmitirle la misma tranquilidad y aplomó que él sentía en ese momento. Solo cuando le escuchó hablar, volvió a sentir que las piernas le temblaban.

—Bueno familia —comenzó Andy con gran solemnidad—, os presentó a Marian. Marian ella es Esther.

Andy señaló a Pablo y añadió:

—A él por suerte o por desgracia le tocó compartir su espacio materno durante nueve meses con Barrabás.

Pablo extendió su mano.

—Soy Pablo, me alegro de conocerte.

—Y esta belleza —continuó Andy colocándose junto a su hermana mientras aprisionaba entre sus dedos, dos de los de Marian—, es Claudia, la joya de la casa.

La benjamina se ruborizó y Marian por un momento, se sintió aliviada, libre de las miradas. Pero solo fue un instante. Andy regresó a su lado y rodeándola por la cintura amorosamente, afirmó helándole la sangre:

—Supongo que es bastante acertado afirmar que Marian es el sueño de mi vida hecho realidad.

Andy pareció coger de improviso a todos con su afirmación. Todos guardaron silencio y le observaron sorprendidos, pero él solo tenía ojos para Marian. Le sonrió profundamente y ella supo con total certeza lo tremendamente sincera que había sido su confesión.

Esther tomó las manos de Marian entre las suyas y las apretó con fuerza mientras pícaramente aseguraba:

—Vaya, vaya, con la visita.

Marian se mordió el labio inferior y encogió los hombros sin saber qué decir.

—Te aseguro —continuó confidencial Esther—, que es la primera vez que recibe la visita de un sueño hecho realidad.

Andy terminó con aquel suplicio.

—Bueno, vale ya de cachondeo. Venga Marian, vámonos.

—¿Ya os vais? —se alarmó Esther.

—Sí —contestó Andy poniéndose en marcha de nuevo hacia la puerta, con Marian cogida de la mano.

—Pero si acabamos de conocerla —se quejó sutilmente Claudia, interponiéndose en su camino.

Andy se detuvo y posando un dedo en la punta de la nariz de su hermana, indicó:

—Lo siento, es tarde. Habrá muchas más ocasiones.

Cuando llegó junto a la puerta y antes de cruzarla, Andy se detuvo, concediendo unos segundos para la despedida. Esther, Claudia y Pablo, revoloteaban a su alrededor, insistiendo para que volviera pronto. Héctor los observaba divertido desde el fondo. Andy, por encima de las cabezas del grupo, apuntó con el dedo a su hermano y amenazó:

—Esta me la pagas. Nos veremos las caras.

Héctor levantó el vaso que llevaba en la mano y respondió, sabiéndose vencedor por esta vez:

—Dónde quieras y cuándo quieras.

Era una sensación gratificante y nueva para él. Su hermano mayor siempre era el que dominaba todas las situaciones. No recordaba ninguna ocasión en la que hubiera conseguido ponerle tan nerviosos como hoy. Se había vuelto vulnerable y era una sensación maravillosamente gratificante para Héctor.

Andy también tomó conciencia de que sus hermanos pequeños ya no lo eran tanto y estaban aprendido sus trucos muy rápidamente.

Una vez a salvo dentro del coche de Andy, los dos reclinaron sus cabezas sobre el respaldo y se tomaron un segundo para respirar profundamente.

—¡Dios mío!, no creo que resista muchos días como este —confesó Marian recapitulando sobre todo lo acontecido.

Andy volvió a cogerle la mano y la acercó hasta sus labios para besarla.

—¿Te ha molestado lo que he dicho ahí dentro?

Marian le miró sorprendida. ¿En verdad podía pensar que podía haberla ofendido con sus palabras?

—Por supuesto que no.

—No quiero presionarte. Me arrepentí nada más decirlo, no quiero que te sientas obligada a nada.

Marian se acercó hasta él y susurrante aseguró:

—Me ha encantado oír lo que he oído y es una descripción bastante exacta de lo que tú significas para mí.

La perfecta y blanca dentadura de Andy apareció al instante y sus labios fueron a reunirse con los de Marian. Ambos cerraron los ojos y se limitaron a sentir.

El repiqueteo de unas uñas en el cristal lateral del coche, les sacó de su abstracción.

El rostro de Héctor, prácticamente pegado al cristal y con una inmensa sonrisa, esperaba a que fijara en él su atención. Cuando ambos le miraron, señaló la esfera de su reloj y voceó:

—Será mejor que no os entretengáis, ya es muy tarde.

Héctor se retiró, ampliando el campo de visión de la pareja. Otras tres figuras, algo más alejadas, les observaban divertidas. La familia Sorbesa en pleno les despedía agitando la mano.

Marian miró a Andy, de nuevo avergonzada. Él, sujetó con las dos manos el volante y golpeó su frente contra el aro. Un segundo más tarde y sin poder evitarlo, soltó una tremenda carcajada que terminó contagiando a Marian.

Puso el coche en marcha y sin dejar de cabecear y reír, se alejaron hacia la verja.

Junto al portal de Marian, reanudaron la tarea que había quedado interrumpida y la alargaron al máximo.

## CAPÍTULO 19

En cuanto Marian entró en su oficina intuyó que algo ocurría. Sara se mordía el labio inferior, intentando disimular una tímida sonrisa. Gerardo merodeaba, atípicamente desocupado por el pasillo. Elena, en cuanto la vio, abandonó la aplicación informática en la que estaba y apagó el ordenador.

Marian volvió a estudiar los rostros y sin ninguna duda, preguntó, parándose en el centro.

—¿Se puede saber que os pasa?

Elena paseó un sobre por delante de los ojos de Marian.

—Un mensajero ha traído esto a primera hora.

En el siguiente vuelo rasante del sobre por delante de su rostro, Marian lo atrapó.

Miró el remite y vio el sello de las empresas Bela. Casi le fue imposible continuar con los músculos faciales en la misma posición. El sobre estaba rasgado por la parte superior.

—Bueno, está claro que todos conocéis ya el contenido. ¿Os importa ponerme al corriente?

—Envían una carta solicitando nuestros servicios e incluyen un contrato. He de reconocer que bastante aceptable —admitió Elena.

—¿Bastante aceptable? —repitió Gerardo—, sin poder resistir ni un segundo más callado—. Yo podría encontrar calificativos más apropiados, sustancioso, irrechazable, alucinante...

—Me hago una idea, es suficiente —interrumpió Marian—, menos afectada de lo que todos habrían creído.

—¿Qué ocurre?, ¿No te alegras? Es lo que queríamos ¿no?

—Sí, supongo que sí, solo me gustaría averiguar qué los ha hecho reconsiderar su postura.

—¿Qué importa eso? —inquirió Gerardo—. Lo han hecho, eso es lo importante.

Marian lo miró lánguidamente y antes de desaparecer camino de su despacho, replicó con desgana.

—Para mí no es eso lo importante.

Gerardo recibió un contundente codazo de Sara, por su falta de tacto. Todos comprendieron la reacción de Marian y respetaron sus sentimientos. Tampoco le reprocharon nada cuando abandonó el despacho un par de horas más tarde y recogió el sobre que hasta entonces estaba sobre la mesa de Elena.

Marian pasó primero por la fábrica de zapatillas de su recién estrenado cliente. Los últimos días lo había tenido un poco abandonado. Quería comprobar por si misma que de momento todo era de su agrado. Salió más animada después de charlar con él.

Su siguiente destino eran las oficinas de las empresas Bela. Necesitaba averiguar qué había motivado el envío de aquel contrato.

Dio su nombre a la recepcionista y tres minutos más tarde, su particular guía de salas de espera, el señor Majler, apareció por el final del pasillo.

—Buenos días, señorita Corbet, me alegro de verla. Si hace el favor de acompañarme el señor Sorbesa la recibirá enseguida.

Marian casi no pudo creer que pasaran de largo todas las salas de espera.

Se había habituado a ellas. Cuando vio a Majler dirigirse derecho al despacho de Andy, no

pudo resistirse más y afirmó mostrando su asombro:

—¿No tengo que esperar?

—No señorita, el señor Sorbesa la recibirá ahora mismo.

—¿Está seguro? ¿No está ocupado?

Majler apreció, por supuesto, su tono de reproche y aceptó estoicamente su pequeña venganza. Abrió la puerta del despacho y con una pequeña reverencia en la que se simplificaba toda su sumisión, le cedió el paso.

Marian cruzó el umbral y se giró para corresponder a la pequeña reverencia del señor Majler. Este repitió el gesto y Marian correspondió de nuevo, mientras caminaba hacia atrás.

Por fin la puerta se cerró y Marian miró a derecha e izquierda sin localizar a Andy. El sillón tras la mesa, estaba vacío y por un segundo temió que su suerte no hubiera cambiado y tuviera que seguir esperando.

Dio un paso más hacia atrás y se sobresaltó al tropezar con otro cuerpo. Al intentar huir de nuevo hacia delante, unos fuertes brazos atraparon su cintura. Se relajó cuando Andy replicó con su rostro pegado al suyo:

—¡Eh! ¿Ya te marchas? ¡Acabas de llegar!

—¡Ay! ¡Qué susto! No te había visto.

Andy la giró suavemente y volvió a abrazarla ahora ya de frente.

—¡Claro! —afirmó mientras acariciaba su rostro—, eso suele pasar cuando se anda hacia atrás.

Andy en cuanto había sabido de la llegada de Marian se había apresurado a correr las cortinas del gran ventanal para poder disfrutar de una mínima intimidad, por eso la besó sin temor alguno.

Marian correspondió a su beso encantada, pero enseguida separó sus labios, temerosa de no poder decir lo que venía a decir, si la visita tomaba derroteros peligrosos.

—Un momento —exigió—, no vas a conseguir embaucarme. He venido a hablar muy seriamente contigo.

Andy la soltó y levantó los brazos en prueba de total rendición. Se apoyó sobre el quicio de su mesa, dispuesto a escuchar lo que tuviera que decirle.

—He recibido esto esta mañana y quiero saber qué lo ha motivado.

Andy no intentó disimular, sabía a lo que Marian se refería. Cruzó sus brazos y la interrogó:

—¿Tú qué crees?

Marian gesticuló suplicante.

—Vamos, no juegues conmigo. ¿Qué importa lo que yo crea? Quiero saber lo que tú crees.

Andy la miró y serenamente respondió.

—Pues yo creo que mi equipo de colaboradores ha tomado la decisión acertada solicitando los servicios de tu empresa.

Marian se extrañó.

—¿Quieres decir que tú no has tenido nada que ver?

—El tema publicitario es un tema en el que suelo participar activamente, pero no ha sido así en este caso en particular. Leí el proyecto y me gustó. Me gusta ser objetivo en las decisiones de mis negocios y creo que esta vez no habría podido serlo así que, delegué totalmente en mis subordinados.

El rostro de Marian se iluminó y pidió una confirmación más.

—¿Lo dices de verdad?

Andy, apoyado en el quicio de la mesa, sonrió tiernamente y levantó su mano derecha.

—Palabra de honor. En realidad, mi plan era contratar tus servicios y luego revelar mi identidad, pero tu amigo Eugenio me hizo cambiar los planes. Nuestras trifulcas personales, lo único que han hecho ha sido retrasar el proyecto en lugar de acelerarlo.

Marian fue la mujer más dichosa del mundo. Como Andy había pronosticado, se sintió más orgullosa de sí misma de lo que lo había estado nunca. Sus ideas y un buen trabajo en equipo, habían conseguido abrir las puertas de una de las firmas más importantes de país.

Andy no resistió más tenerla allí delante sin abrazarla. Separó las piernas y se estiró hacia delante para enganchar con su dedo la trabilla del cinturón de Marian. Una vez bien sujeta, tiró hacia él y Marian llegó tras la trabilla.

La mujer se abrazó a su cuello y por primera vez, fue ella la que le besó en primera instancia.

Andy se separó fingiendo sorpresa y exclamó:

—Espero que esta no sea tu forma habitual de sellar tus acuerdos laborales.

Ella echó la cabeza hacia atrás y rio con ganas. Volvió a mirar a Andy y acarició sus cortos cabellos.

—¿Contenta?

—Soy la mujer más feliz del mundo y lo mejor es que tú no tienes nada que ver en ello.

Andy la apartó nuevamente de su lado.

—¡Hombre, muy bonito! Muchas gracias. Me gusta la gente sincera.

Marian corrió de nuevo a refugiarse en sus brazos.

Andy había entendido perfectamente que, a lo que Marian se refería, era a la firma del contrato, pero quiso que ella confesara en voz alta que, en su maravilloso estado emocional actual, él tenía mucho que ver.

—No te enfades, me he explicado mal —intentó aclarar Marian abrazada de nuevo a su cuello.

—No, está muy claro. Tú eres feliz y yo no tengo nada que ver —insistió Andy intentando separarla de nuevo, aunque esta vez no lo consiguió.

Marian rio divertida por su actitud y él, se quedó imantado por esa sonrisa y dejó de forcejear.

Ella, se aproximó lentamente haciéndole vibrar de pies a cabeza. Posó sus labios sobre los de Andy, friccionando levemente hasta que se separaron. Luego su lengua buscó a su homóloga en el interior de la cavidad.

Andy sucumbió en pocos segundos y se abrazó a su cintura cuando sintió que ella se separaba.

Marian consiguió separar sus labios el tiempo suficiente para preguntar:

—¿Esto quiere decir que me perdonas?

—Tengo que pensarlo un poco más —fue la respuesta de Andy que volvió a besarla al instante.

El interfono tuvo que chillar varias veces para que Andy desistiera al fin. De mala gana liberó a Marian y bordeó la mesa para apretar el botón de respuesta.

—¿Sí...?

—Disculpe señor, la conferencia de Toronto que esperaba.

—Está bien, pásemela.

Andy descolgó el auricular y comenzó una animada conversación en inglés con su interlocutor.

Marian aprovechó para inspeccionar el despacho con calma. Todo en madera de caoba, le pareció de un gusto excelente. Por supuesto no pasó desapercibido el gran ventanal. Marian corrió ligeramente la cortina y miró al otro lado. Divisó enseguida la hilera de sillas en las que ella había esperado en varias ocasiones.

—Bonita vista —comentó cuando Andy colgó y regresó a su lado—. Desde este ángulo parece menos impresionante, más diminuto creo que sería lo apropiado.

Andy sonrió maliciosamente al verse descubierto.

Marian no quiso profundizar más en el tema. Consultó su reloj y se colgó el bolso sobre su hombro.

—Bueno, me marchó.

—¿Dónde vas? ¿No comemos juntos? —preguntó Andy interponiéndose en su camino.

—No, tengo mucho que hacer y supongo que tú también.

—Bueno, pero tendremos que comer ¿no?

Marian se detuvo un instante y ya no tuvo fuerzas para marcharse.

Andy solo tuvo que observarla para saber que había ganado.

—Déjame hacer dos llamadas y nos marchamos.

Durante esos diez minutos escasos en que Marian lo vio trabajar, disfrutó de lo lindo. En cuanto descolgó el teléfono para realizar la primera de las llamadas, Andy adoptó un aire distante, totalmente concentrado en el tema que le ocupaba. Irradiaba tanta seguridad en sí mismo, tanta templanza. Se le veía tan cómodo, como pez en el agua. Aquel era su ambiente, su vida. Marian volvió a sentirse estúpida por haber podido creer a Andy un hombre sin profesión ni futuro cierto.

Él cumplió lo prometido y tras la segunda llamada, dio por terminada la jornada matutina.

—En marcha —anunció abotonándose la chaqueta—, por fin voy a poder llevarte a comer a un sitio decente. Se acabaron los burger's y las cervecerías por un tiempo.

Se detuvo de repente y Marian se lo llevó literalmente por delante, quedando entrelazados.

—Ahora voy a poder tratarte como te mereces —aseguró con ella entre sus brazos.

Andy tomó el pomo de la puerta para abrirla, pero Marian le detuvo.

—Espera, quiero pedirte un favor.

Andy permaneció expectante.

—Me gustaría, si fuera posible que, al menos por un tiempo, nadie aquí supiera de nuestra relación personal. Si he de trabajar con esta gente, prefiero que no estén influenciados por nada.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Andy sin saber si podría soportar mucho tiempo el verla por los pasillos y despachos contiguos sin querer estrecharla entre sus brazos.

—El suficiente para que me conozcan y valoren por mí misma. No te importa ¿verdad?

—¿Por qué iba a importarme? es lo mismo que pido siempre para mí. Concedido, solo Majler está al corriente. No hay problema.

Andy abrió la puerta y como hubiera hecho con cualquier visita de compromiso, le cedió el paso y se dirigieron hacia el ascensor, entretenidos en una coloquial charla, manteniendo en todo momento una distancia de seguridad más que suficiente entre ellos.

Una vez dentro del ascensor, a salvo de miradas, Andy volvió a acercarse y le acarició tiernamente el rostro.

—La primera vez que te acaricio en mi ascensor —musitó justo antes de besarla—. Nuestro primer beso en mi ascensor.

—Dime una cosa —inquirió Marian cuando las puertas ya se abrían. ¿Qué es exactamente lo que le has dicho a Majler de nosotros?

—No demasiado. Con Majler no son necesarias muchas palabras. Es un hombre muy intuitivo.

—¿No sabrás si en alguna vida anterior fue un mayordomo...? ¿inglés tal vez?

Andy soltó una sonora carcajada justo cuando cruzaban las puertas cristaleras que les depositaban en plena avenida.

—Nunca comentes esa idea con mi hermano Héctor, ¿me oyes? Es lo que le faltaba. Alguien tan pirado como él.

## CAPÍTULO 20

Como había prometido, Andy la llevó a comer, ese y muchos otros días, a suntuosos restaurantes donde degustaron platos exquisitos. Para Andy eran cotidianos estos lugares. Comía con frecuencia, casi todos los días en ellos, así que se sentía como en casa y era tratado como un verdadero marajá. Para Marian, al principio, por la novedad, también le gustó el cambio, pero tras un par de semanas, aquello de tener constantemente a alguien vigilando cuántos sorbos de agua bebía, empezó a ponerla nerviosa y cambiaron los suntuosos restaurantes por anónimos restaurantes caseros y en la mayoría de los casos encargaban comida y la devoraban en el apartamento de Marian. Allí sí que estaban a salvo de curiosos. Aun con todo, fue inevitable que un empleado los viera un día cogidos de la cintura y los rumores se extendieron rápidamente, pero para entonces, Marian ya había demostrado que había conseguido el contrato por su valía profesional y no por favores pagaderos en especie.

Pero no adelantemos acontecimientos. Aquel mediodía, terminaron de comer y regresaron a sus ocupaciones, fijando la siguiente cita para el sábado. Marian pasaría a recogerle por su casa a media mañana y comerían juntos de nuevo.

El sábado, una sonriente Claudia le franqueó el paso. Llamó a su madre y esta pronto se reunió con ellas.

—Andy está en las pistas de tenis con Héctor —explicó Esther mientras servía unos vasos de refrescante limonada.

—¿Jugando al tenis con este calor? —se extrañó Marian.

Claudia rio pícaramente y se apresuró a aclarar.

—Es la penitencia de Héctor por su osadía del otro día.

Marian no supo a qué se refería.

—Cuando os marchabais y Héctor os detuvo para presentarnos.

—¡Ah, ya! —exclamó Marian que seguía sin comprender.

—Andy le prometió que las pagaría y siempre cumple sus promesas —intervino Esther acercando los vasos—. Andy no juega al tenis, machaca al adversario y esta vez le ha tocado a Héctor.

—¡Caray!

—Mi hermano Andy es muy bueno jugando, Héctor también, pero Andy es mejor. Podría haber sido profesional si hubiera querido.

—¿En serio? No lo sabía.

—Sí, es cierto. Era un joven prometedor, pero luego cuando murió su padre, tuvo que dejarlo, no tenía tiempo para todo.

Marian consultó su reloj.

—El castigo ¿durará mucho todavía? Tengo que pasar por correos antes de que cierren.

—Pues entonces será mejor que los interrumpas. Con Andy nunca se sabe. Todo depende de la resistencia del oponente y en este caso, son los dos igual de testarudos así que, aunque estén destrozados, ninguno cederá.

Las tres rieron sabiendo que era cierto.

—Claudia, ¿Quieres acompañar a Marian a las pistas?, yo me niego a ser blanco perfecto del sol a estas horas.

Claudia se puso en pie rápidamente. Marian le había caído muy bien y estaba encantada de tener oportunidad de hablar a solas con ella.

En cuanto salieron al exterior una bofetada de calor les golpeó los rostros. Claudia no pareció afectada, continuó tan sonriente y parlanchina y gracias a ella Marian siguió descubriendo aspectos inéditos de Andy.

—La verdad es que casi no me acuerdo de mi padre. Para mí esa figura protectora siempre la ha ocupado Andy. Él ha sido mi padre, mejor aún, Andy tenía la experiencia y la responsabilidad de un padre y al mismo tiempo todavía no había olvidado lo que es ser joven. ¿Me entiendes?

Pasaron por un estrecho pasillo escoltadas por un tupido seto de casi dos metros de altura. A mitad del camino, Claudia indicó otro lateral igual de estrecho. A poco más de quince metros se divisaban las pistas y a los sudorosos jugadores.

Claudia les gritó y saludó con la mano. Al instante ambos detuvieron el juego y se acercaron a la red.

—¿Cómo va el partido? —se interesó Claudia.

—Le dejo ganar para que no se cabree más de lo que está —contestó Héctor jadeante.

Andy no se molestó en desmentir semejante afirmación. Se limitó a secarse el sudor con la toalla y comerse a Marian con la mirada.

—¿Bueno qué? Entonces habrá que dejarlo ¿no? —afirmó Héctor, haciéndose el sacrificado.

—Ni hablar —denegó Andy sin darle alternativa—. Hay que terminar el partido, es cuestión de pocos minutos.

—Como quieras. Yo lo decía para que no hicieras el ridículo delante de tu chica —inquirió Héctor.

De nuevo, Andy no se molestó en responder, pero sus ojos lo dijeron todo. Su hermana le dedicó una mirada admirativa. Su forma física era mucho mejor que la de su hermano, pese a que este tuviera ocho años menos que él. Sabía que estaba agotado, pero, aun así, no se rendía. Seguía presentando batalla. Moralmente era invencible.

Marian empezaba a conocer el carácter de ambos hermanos y pensó que Héctor se merecía una tregua. En realidad, se sentía responsable. Si el incidente de días atrás era la causa de esa represalia, no era para tanto, así que salió en su auxilio.

—Andy yo quería pasar por correos así que, si no te importa, sería mejor que nos fuéramos cuanto antes.

—Bueno siendo así, lo primero es lo primero —afirmó Héctor rápidamente, colocándose la chaqueta del chándal y colgando la toalla al cuello—. Hermanito la señorita manda. El deber es antes que el placer.

Andy observó a su hermano mientras recogía todas sus pertenencias antes de que volviera a denegarle el permiso.

—Está bien —accedió Andy al fin—, pero que conste que he ganado.

—De acuerdo. Entonces ¿Quedo eximido de toda culpa?

—Sí, y espero que hayas aprendido a tener un respeto a tus mayores.

Héctor de espaldas a Andy, guiñó un ojo a Marian y vocalizó muy bajito:

—Te debo una, preciosidad.

A continuación, dedicó a su hermano un gesto de sumisión y se alejó por el camino con su hermana sujeta por el hombro, camino de la casa.

Andy sujetaba con ambas manos la toalla que se había echado al cuello y observaba lo sonriente que Marian le miraba.

—¿Qué ocurre? —preguntó tras unos segundos, guardando la distancia de cuatro o cinco metros a la que estaban.

—Nada, vuelves a sorprenderme. Creía que los hombres como tú no sudaban.

Andy bajó la cabeza avergonzado. Terminó de secarse el sudor y se acercó hasta ella. A muy pocos centímetros, afirmó con voz profunda.

—Sudo y hago cosas mucho más inconfesables, pero casi siempre en privado.

Ahora fue Marian la que se ruborizó solo de pensar a qué cosas se refería Andy.

Este, divertido por su expresión, sonrió.

—Anda, dame un beso. Si te portas bien, tal vez algún día te las cuente —Andy echó la toalla sobre el cuello de Marian y la atrajo hacia sí, añadiendo—, tal vez incluso las hagamos juntos.

Marian hundió su rostro en el pecho de Andy y rio divertida con el plan. El abrazar aquel sudoroso cuerpo le proporcionó uno de los mayores placeres de su vida.

Toda la familia saboreaba un refresco en el porche trasero, cuando ellos se unieron. Andy subió a ducharse y ella se quedó arropada con el afecto de todos. Pablo resultó más hablador de lo que en un principio le pareció a Marian. Claudia y Esther siguieron mostrándose encantadoras y con Héctor había surgido desde el primer instante un fluido de afecto que ya nada podría romper.

Andy regresó veinte minutos más tarde, perfectamente aseado, enfundado ya en uno de sus excelentes trajes.

—¡Caray! —exclamó Claudia—, ¿no te asfixias ahí dentro? Con lo cómodo que se va con un vestidito fino.

Andy apoyó su frente sobre la de su hermana y replicó:

—Seguro que estaría más cómodo con un vestidito fino, pero me parece que pasaría menos desapercibido ¿no crees?

—¡Ja! ¡Muy gracioso! Tú podrías sustituir el vestido por unos vaqueros y un Lacoste.

Ahora fue Héctor el que atacó simulando defender a Andy, aunque no era así.

—Hermanita, cuándo aprenderás que para presumir hay que sufrir y nuestro hermano es muy presumido.

Andy, que bebía en ese momento, levantó su dedo índice amenazador, sin dejar de beber.

Fue Pablo el que salió en su defensa.

—Creo que no eres el más indicado para hablar de eso. Si hay alguien coqueto en la familia ese eres tú.

—Lo soy porque puedo —se defendió divertido, tirando al rostro de su hermano un almohadón de una de las sillas—. Yo no tengo la culpa de volver locas a las mujeres y que estén dispuestas a pagar por verme.

El rostro de Marian reflejó toda su incompreensión y Esther aclaró:

—Héctor es nuestra Schiffer particular.

—¿Eres modelo?

—El rey de las pasarelas preciosa —contestó Héctor lleno de falsa altanería.

Sus hermanos le abuchearon a coro, pero él saludó como si se tratara de la mejor de las ovaciones.

—Ahora entiendo ese porte de distinción y saber estar que aprecié en ti desde el primer momento que te conocí —indicó burlonamente Marian, aunque había un fondo de verdad.

Todos volvieron a reír y Héctor reaccionó como si fuera el mejor de los cumplidos que le

hubieran dedicado nunca.

—No, ahora en serio —afirmó Marian—, debes de ser muy bueno, tienes un algo especial.

—Ella sí que sabe apreciar lo bueno —afirmó Héctor, señalando con el dedo.

Andy posó su vaso y apuntó con la misma ironía y falsa modestia que había empleado su hermano un momento antes:

—En eso sí que estoy de acuerdo, salta a la vista —afirmó tomando a Marian de la mano para que se levantara—, me ha elegido a mí.

Los abucheos ahora fueron para Andy que los soportó estoicamente mientras abandonaban el porche.

Pasaron por correos a recoger el paquete de muestras que Marian esperaba y abandonaron la ciudad rumbo a un restaurante en las afueras.

Andy parecía más desinhibido desde que su familia estaba al tanto de su relación. Daba la impresión de que ya no tuviera que rendir cuentas ante nadie más, e intentó que Marian sintiera lo mismo. Por eso insistió para que le presentara a su familia cuanto antes. Pero Marian no estaba convencida de que fuera lo mejor. Su familia, excepto su abuela, ni siquiera sabía de su existencia. No podía presentarse de buenas a primeras con él en casa, al menos eso pensaba ella.

Andy consiguió que Marian accediera, al menos a presentarle a su abuela y esto fue todo un logro.

Esa misma tarde, antes de que se arrepintiera, regresaron a la ciudad y mientras Andy esperaba en una cafetería cercana a la casa de los padres de Marian, esta se acercó a buscar a su abuela.

Salieron a hurtadillas de la casa. Marian nerviosa, su abuela excitada.

—Abuela, no seas muy crítica en tu primera impresión ¿vale? —suplicó Marian cuando divisó ya el gran pórtico de madera que decoraba la fachada del café.

—Vale.

Aunque el paso de la anciana normalmente era bastante más lento del que una persona joven podía llevar, en esta ocasión, casi tenía que remolcar a su nieta.

Marian se detuvo de nuevo.

—Abuela, a lo mejor al principio te parece un poco serio y estirado, pero te aseguro que no lo es. Es muy atento y...

Marian guardó silencio cuando notó la mano de su abuela sobre sus labios.

—¿Qué tal si entramos y me dejas formarme mi propia opinión?

Marian agachó la cabeza avergonzada.

—Lo siento —se disculpó—, no quiero avasallarte, es que para mí es muy importante lo que tu pienses.

—Para mí lo único importante —contestó doña Margarita, acariciando la mejilla de su nieta—, es que tú seas feliz y está claro que ese hombre te hace feliz.

Marian sonrió.

—¿Cómo lo sabes?

Doña Margarita echó a andar hacia la puerta del café mientras contestaba.

—Está muy claro. Tu cuerpo lo grita a los cuatro vientos. Tus ojos chisporrotean, tus labios lo llaman, tu piel lo siente, tus manos lo buscan...

—No sigas abuela, déjalo, me harás entrar roja como un tomate.

Marian empujó la puerta y dejó que doña Margarita entrara en primer lugar. Se detuvo al otro lado y buscó con la mirada.

Andy las vio entrar y se puso en pie para recibirlas.

Doña Margarita lo divisó enseguida y supo al instante que era aquel el hombre con el que su nieta quería pasar el resto de su vida.

—Ni en mis mejores predicciones lo imaginé tan apuesto —comentó a su nieta, cuando esta se colocó a su derecha para tomarle del brazo.

Marian comprendió que su abuela, igual que le había pasado a ella, había caído bajo el embrujo de Andy.

—Buenas tardes señor Sorbesa.

—Por favor, llámeme Andy. Es un placer conocerla, su nieta me ha hablado mucho de usted.

—El placer es mutuo Andy. Gracias por haberme invitado.

—Gracias por haberse molestado en venir —respondió Andy mientras le ayudaba a tomar asiento.

Increíblemente y a pesar de lo lleno que estaba el café a esas horas, a una mínima señal de Andy, un camarero se personó en la mesa al instante. Tomó rápidamente la nota de lo que deseaban y regresó a los pocos minutos con los cafés. Marian supuso que la promesa o incluso el anticipo de una propina sustanciosa, habrían obrado el milagro y le gustó que Andy hubiera pensado hasta en el más pequeño detalle para que la cita fuera perfecta.

Muy pronto la conversación fue fluida y doña Margarita, como acostumbran todos los de su generación, fue muy directa y enseguida indagó sobre los temas que a ella le interesaban.

—Marian me ha comentado que su padre murió hace unos años y usted se hizo cargo de todo.

—No quedó mucho de lo que hacerse cargo. En esos momentos mi padre había hecho muchas inversiones y todos los acreedores reclamaron sus créditos al enterarse de su muerte.

—Entonces, todavía es más meritorio de lo que yo pensaba. Es difícil mantener un imperio en marcha, pero evidentemente lo es mucho más crearlo.

Andy no pecó de falsa modestia. Estaba orgulloso de lo que había hecho y no tenía por qué avergonzarse de ello.

—A veces todo se reduce a la combinación de un toque de locura y un golpe de suerte a la vez. Lo poco que quedó, lo invertí en bolsa. Hice apuestas muy arriesgadas, por empresas por las que nadie daba nada y, bueno, salió bien. Ahora siento vértigo solo de pensar lo que hice y la suerte que tuve.

Andy no quería seguir hablando de sí mismo, así que concluyó tomando la mano de Marian entre las suyas.

—Pero, en fin, está claro que soy un hombre con suerte, ¿no cree?

Doña Margarita miró orgullosa a su nieta, antes de contestar.

—Sí, creo que sí, al menos en algunos aspectos de su vida.

Siguieron conversando durante mucho rato. La abuela de Marian pronto dejó de un lado las averiguaciones y se concentró simplemente en disfrutar de la compañía. Su intuición le decía que no había nada que temer de aquel hombre. En realidad, fue ella la que dio por terminado el encuentro casi dos horas más tarde.

—Por nosotros no lo haga, no tenemos ninguna prisa —afirmó Andy sinceramente, tan a gusto como ellas con la compañía.

—Seguro que tenéis cosas más apetecibles que hacer que pasar la tarde con una vieja.

—Muy pocas tan agradables como pasar las horas con toda una dama —replicó Andy de nuevo de corazón.

Doña Margarita le pagó con una de esas sonrisas serenas y apacibles con las que solo las

personas de edad avanzada saben premiar a sus seres queridos.

—Sois muy amables, pero ya os he robado mucho tiempo, si me acompañáis a casa habréis cumplido holgadamente con vuestros deberes de cristianos por hoy.

Los tres abandonaron la cafetería y doña Margarita, del brazo de Andy, caminó altanera de regreso a casa.

Andy se despidió de ella junto a la valla blanca que bordeaba el pequeño jardín.

—Me alegro mucho de haberla conocido.

—El placer ha sido mutuo. Espero que ahora nos veamos con frecuencia.

—Siempre que quiera —respondió educadamente Andy.

—¿Qué tal el martes? Es el santo de mi hijo, comeremos todos en casa.

Marian la miró sorprendida. No pensaba que su abuela fuera a tomar la iniciativa de esa manera. Para su asombro, Andy aceptó encantado.

—Abuela, ¿por qué lo has invitado? —protestó Marian cuando se alejaron para acompañarla hasta la puerta.

—¿Por qué no? ¿Crees que viene por compromiso?

—No, él está deseando conocerles a todos. Soy yo la que no estoy muy segura de que sea buena idea.

—¿Por qué? —preguntó doña Margarita impasible conociendo de sobra los miedos de su nieta.

—Bueno, tal vez sea muy pronto. Creo que sería conveniente ir poco a poco.

—Es una lástima. Ya no hay marcha atrás —sentenció la abuela inflexible.

Marian subió los escalones de entrada de mala gana.

—¿Qué ocurre?

—Seguro que mamá le acribilla a preguntas.

—No lo hará, yo hablaré con ella.

—Isa pondrá mala cara. Creerá que solo lo traigo para fastidiarla demostrando que disfruta de mejor posición que su marido.

—Tú no lo haces por fastidiarla y si es verdad que disfruta de mejor posición económica, tampoco puedes hacer nada para evitarlo. Sabes que tu hermana ha sido envidiosa toda su vida. Tú no puedes dejar de vivir solo por eso.

Marian tiró su último cartucho.

—¿Y qué me dices de Lola?

Doña Margarita la miró divertida antes de entrar.

—A tu hermana Lola le va a encantar —afirmó riendo.

—Sí, ya —replicó afligida Marian con sus brazos cruzados—. Ese es el problema. Seguro que piensa que es demasiado bueno para mí.

Ahora su abuela se rio descaradamente de su actitud miedosa y la regañó cariñosa.

—Marian, deja de buscar excusas tontas. Si por ti fuera, Andy no conocería a la familia ni en cien años. Enfréntate a tus miedos y deja de acusar a los demás.

Tomó las mejillas de su nieta entre sus manos y la acercó a su rostro apoyando su frente contra la de su nieta.

—No debes temer nada. No hay ningún motivo.

Marian respiró profundamente. La suerte estaba echada. No había nada que ella pudiera hacer y seguramente, como siempre, su abuela tenía razón.

—Muy bien, tú ganas. Haré lo que tú digas.

Doña Margarita entró feliz en la casa y Marian regresó junto a Andy, que esperaba al otro lado de la calle.

Andy sonreía victorioso. Sabía que a Marian no le había hecho gracia la propuesta de su abuela, pero él quería conocer a su familia cuanto antes.

Marian adivinó enseguida el motivo de esa sonrisa. Se abrazó a su cintura y afirmó de buen humor.

—Te saliste con la tuya. Creo que ha sido un error presentarte a mi abuela y pagaré caro ese error.

—¿Piensas que tenía que haber rehusado la invitación?

—No —negó Marian acurrucada en su pecho—. Mi abuela se habría sentido herida.

Andy la cogió del mentón y la obligó a mirarle.

—¿Tienes miedo de que no dé la talla? ¿Te avergüenzas de mí?

—Por supuesto que no. Al contrario. Tengo miedo de que no te gusten y, al contrario, de que tú les gustes demasiado y piensen que estás fuera de mis posibilidades.

Andy echó la cabeza hacia atrás sonriente. Le parecía imposible tanta ingenuidad. Sin soltar su mentón, intentó razonar para convencerla.

—Si no me gustaran, cosa que veo bastante improbable a poco que se parezcan a ti, no importaría demasiado. Eres tú la que me tiene que gustar y te aseguro que me pirro por ti —afirmó Andy, utilizando el mismo vocablo que, seguramente, emplearía Carlos o cualquiera de sus amigos adolescente para confesar su amor eterno a su enamorada.

Marian sonrió divertida por la expresión. Él, continuó con su razonamiento.

—Por otro lado, me batiré con cualquiera que no te crea lo suficientemente buena para mí.

Andy cambió el tono de su voz, tornándolo serio y persuasivo.

—Eres maravillosa —afirmó sin ningún género de duda.

Marian le besó tremendamente agradecida. Con sus palabras, había conseguido disipar todos sus miedos.

Echaron a andar, sujetos de la cintura, calle abajo, camino del coche.

El señor Corbet, que esperaba asomado a la ventana a su madre, preocupado ya por su tardanza, se sorprendió al reconocer a su hija en la mujer que paseaba abrazada a aquel desconocido.

—Ven, acércate —ordenó a su esposa que leía sentada en el sillón—, juraría que esa mujer es nuestra hija.

—Es vuestra hija —afirmó Margarita que entraba en ese momento.

—Pero, va abrazada a un hombre —exclamó sorprendida su nuera.

—Es probable. Supongo que después de aguantarme media tarde estarían ansiosos por hacerlo —respondió sin molestarse en comprobarlo.

Ahora fue su hijo el que, algo aturdido, afirmó:

—Pero no le conocemos.

—Ese es un pequeño detalle que yo misma me he encargado de subsanar. Me he permitido invitarle a comer el día de tu santo, si no os parece mal.

## CAPÍTULO 21

Andy no volvió a mencionar la cita familiar del martes, aunque estaba ansioso porque llegara. Sin embargo, Marian se devanaba la cabeza, buscando una excusa razonable que evitara el encuentro. Seguía sin estar preparada. La familia de Andy la había acogido maravillosamente, pero tenía que reconocer que su familia estaba cargada de convencionalismos y falsos orgullos y protegidos por gruesas fachadas de hipocresía social.

Cenaron juntos todas las noches y, aunque en público guardaban perfectamente las maneras, sobre todo Andy, en cuanto quedaban a solas, se devoraban a besos.

El martes, Andy tenía previsto haber pasado a recoger a Marian por su oficina para acudir juntos al almuerzo en casa de los Corbet, pero tuvo que llamarla para que se adelantara ella.

—¿Sucedó algo? —se interesó Marian, sabiendo que algo grave tenía que ocurrir para que Andy hubiera cambiado sus planes.

La voz serena de Andy no denotó lo preocupado que estaba por los nuevos contratiempos.

—No, problemas con las obras de la costa. Creo que tendré que mandar a Pablo antes de lo previsto para allí, pero de momento, he de ocuparme yo.

—Vaya, así que tengo que enfrentarme a los leones yo sola.

—Solo por unos minutos, media hora, una hora a lo sumo —prometió Andy—, después acudiré en tu auxilio.

—Está bien, si cuando llegues solo encuentras mis despojos, tú serás el único culpable.

Una potente carcajada resonó en el auricular.

—No seas exagerada. Te recuerdo que es tu familia.

—Ya lo sé, por eso los conozco tan bien —replicó Marian exagerando aún más su tono trágico.

Marian escuchó como alguien cuchicheaba algo inaudible para ella. Andy guardó silencio unos segundos.

—Tengo que colgar, nos vemos dentro de un rato ¿vale?

—Vale.

Marian, en vista de que no debía de esperar a su acompañante, se marchó antes con la excusa de echar una mano en los preparativos, aunque en realidad lo que pretendía era aleccionar a todos, sobre todo a sus hermanas, para que no se pasaran de la raya.

Tuvo que soportar el interrogatorio de Isa y las ironías de Lola, pero al menos así no sería Andy el que tendría que hacerlo.

Cuando Andy telefoneó, camino del aeropuerto, para excusarse por no poder ir, Marian se entristeció. Durante toda la semana había buscado excusas aceptables para deshacer el encuentro y ahora que tenía la excusa perfecta, se sentía contrariada.

—Lo lamento de veras, pero no hay forma de contactar con el ministerio. Ahora deniega unos permisos que habían concedido verbalmente y tengo que solucionarlo o se pararán las obras. No puedo permitir más retrasos.

—No te preocupes, otra vez será.

Silencio.

—¿Enfadada?

—No —contestó de corazón—. La próxima vez tendré más cuidado con lo que deseo, no vaya a hacerse realidad.

Andy pareció divertido.

—Te quiero —susurró.

Marian escuchó otra voz al fondo.

—¿Quién está contigo?

—Es Héctor, dice que él también te quiere —trasmitió Andy divertido por la broma de su hermano—, nos lleva al aeropuerto. Pablo viene conmigo.

—Dales un beso de mi parte.

—Ni hablar, me niego —bromeó Andy—, me los quedo para mí.

Se sintió aliviado cuando escuchó reír a Marian.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé, pero te prometo que en cuanto lo decida tú serás la primera en saberlo.

## CAPÍTULO 22

Andy permaneció fuera el resto de la semana y Marian recibió con agrado y sin reproches sus llamadas diarias. Como recompensa, Andy le anunció el sábado que llegaría a última hora del domingo. Marian pensaba comer en casa de sus padres y quedó en que luego regresaría a casa para esperarle.

Aquel domingo, Marian se levantó antes de lo habitual y adelantó todos sus quehaceres, intentando que el tiempo corriera más deprisa.

En casa de sus padres continuó con la misma técnica. Insistió para comer cuanto antes, con la excusa de que tenía que revisar una campaña, pero la realidad era que deseaba estar ya de vuelta en casa para poder recibir amorosamente a Andy.

Por fin, consiguió reunir a todos los comensales alrededor de la mesa, pero escasamente cinco minutos más tarde, la comida se vio interrumpida por un inesperado visitante.

Su padre se levantó para abrir la puerta y se asomó un minuto más tarde, llamando la atención de todos. No regresaba solo.

—Marian te buscan a ti —inquirió mientras cedía el paso a alguien todavía oculto.

Marian se giró sin imaginar todavía quien podía ser. La voz profunda de Andy agradeciendo la atención del jefe de la casa, la puso en alerta y se levantó rápidamente.

Un Andy sonriente la recibió con agrado.

—Disculpen —exclamó mientras Marian llegaba a su lado—, siento interrumpir.

—No te esperaba tan pronto —afirmó feliz Marian sin poder reprimir sus deseos de al menos besarle en la mejilla.

Andy se inclinó levemente para facilitar el deseado beso de Marian.

—Tomé el vuelo de la mañana. Solo quería que supieras que ya estoy aquí. He venido directo desde el aeropuerto. Podía haber llamado, pero prefería decírtelo en persona —confesó Andy sin ningún pudor.

—Me alegro de que lo hicieras —afirmó emocionada Marian, entrelazando su mano con la de Andy.

Se hizo un silencio en el que todos observaron a la pareja, mientras esta unía sus miradas y se alejaba mentalmente a una paradisíaca isla desierta.

—Bueno, me marchó, les dejo continuar —anunció unos segundos después.

Marian notó que la mano de Andy se resbalaba y la aprisionó con fuerza.

—¿No quieres acompañarnos?

Andy pareció sorprendido.

—No querría molestar —titubeó—, además me esperan en casa, mandé a Pablo por delante.

—Puedes llamarles para que no te esperen ¿verdad abuela?

Doña Margarita no le falló.

—Por supuesto, recuerda que tenemos pendiente una invitación —advirtió la anciana.

—Por favor —intervino el señor Corbet—, será un placer que nos acompañe.

El padre de Marian tenía especial interés en conocer a aquel hombre que, sin duda, quería robarle a su pequeña, así que quiso cerciorarse bien de quien se trataba y cuanto antes, por si

debía de intervenir de alguna forma. Por eso aquella ocasión le pareció tan buena como cualquier otra.

—Son muy amables. Si me permiten hacer una llamada, aceptaré encantado su invitación.

—Marian, acompañaile al despacho de tu padre —indicó la señora Corbet sonriente—, allí hablará más tranquilo.

Marian tiró de la mano de Andy y los dos desaparecieron de la vista de todos.

Ella le condujo hasta el despacho de su padre y una vez dentro, se ocupó de cerrar la puerta para más seguridad. De momento no quería que ningún miembro de su familia pudiera cerciorarse de lo estrecha que era su relación con aquel desconocido para ellos.

Andy se entretuvo poco en la llamada telefónica. Prefería ocupar esos escasos minutos en abrazar aquel cuerpo del que llevaba separado más días de los que podía resistir.

Regresaron al comedor cinco minutos más tarde. Todos habían interrumpido la comida y ya habían colocado un cubierto más. Ahora, de pie, esperaban para las presentaciones y una vez realizadas, todos volvieron a acomodarse.

La conversación fue fluida. En un primer momento, fue doña Margarita la promotora, pero paulatinamente todos fueron interviniendo. Andy supo decir a cada uno lo que quería escuchar, sin por ello dejar de expresar su opinión personal. Al final de la comida, Marian se sentía bastante satisfecha de los resultados. Por supuesto, su madre le acribilló a preguntas demasiado personales para un primer encuentro, pero Andy contestó de buen grado. Lola, como siempre, hizo algunas observaciones con falta de tacto, pero Andy supo disculparlas. Y por supuesto, Isabel, pretendió convencer a todos de que el linaje de su marido continuaba siendo el más puro de los presentes, pero Andy, con gran delicadeza y para asombro de Marian, puso al corriente a los presentes de que, en su árbol genealógico había varios títulos nobiliarios. Isabel no insistió más al comprender que los antepasados de Andy y su posición económica eran mucho más elevados de lo que ella hubiera soñado nunca. A partir de ese momento intentó confraternizar con Andy todo lo posible.

La sobremesa fue breve. Marian la acertó al máximo y la verdad es que en cuanto propuso marcharse, Andy secundó la moción rápidamente.

Quedó muy claro para todos que deseaban estar solos cuanto antes.

Aunque en aquel momento no lo demostró, su padre quedó gratamente sorprendido. Días más tarde, Marian supo, a través de su abuela, que su padre había comentado que aquel hombre parecía tener la mezcla perfecta de ambición, orgullo y paciencia. Ambición para desear lo mejor, orgullo para conseguir lo que deseaba y paciencia para conceder tiempo al tiempo y no quererlo todo en un día.

Pasaron primero por la mansión de los Sorbesa para que Andy se cambiara de ropa y con la intención de escabullirse de allí sin pérdida de tiempo, pero tuvieron que posponer sus planes.

Andy había olvidado que su abuela paterna llegaba esa tarde de Londres, donde residía desde hacía más de treinta años. Acababa de llegar cuando ellos entraron y de nuevo tocó el turno de las presentaciones.

—Llevo escasamente media hora aquí, pero al preguntar por mi nieto mayor, ya me han mencionado a una mujer que ocupa todo su tiempo —comentó doña Elisa mientras besaba a Andy.

—Pues aquí tienes a la susodicha —afirmó Andy interponiendo a Marian entre él y su abuela—. Marian, te presento a mi abuela. Abuela, esta es la mujer que me roba el sueño, los pensamientos y el corazón.

Marian con el rabillo del ojo, apreció como Claudia se tapaba la boca para ocultar su sonrisa. Nunca había oído hablar así a su hermano y aunque Andy pronunciara aquellas palabras

con tanta naturalidad, ella no podía evitar que le hiciera gracia.

Doña Elisa, la abuela de Andy, abrió sus brazos para recibir en un afectuoso abrazo a Marian.

—Debes de estar orgullosa. Nunca hubo nada que quitara el sueño a mi nieto.

—Bueno, no creo que sea para tanto y, en cualquier caso, la reacción producida por él es la misma conmigo.

En los minutos siguientes y mientras Andy se cambiaba de ropa, Marian fue sometida a un sutil, pero exhaustivo examen por parte de doña Elisa, que se las ingenió para conseguir que se quedaran solas un buen rato.

La abuela de Andy, como antes había hecho doña Margarita, adivinó enseguida lo que su nieto sentía por aquella mujer y quiso averiguar de primera mano si los buenos sentimientos eran recíprocos.

Cuando regresó Andy, su abuela estaba muy satisfecha con los resultados de su investigación. Su nieto no podía haber elegido mejor. Intuía que aquella mujer haría muy feliz a su ojito derecho.

Héctor irrumpió como un huracán en el salón de la casa. Había permanecido en Roma tres días para un desfile y al enterarse del viaje de su abuela, había adelantado su regreso.

Para Andy siempre había sido muy fácil ganarse el cariño de su abuela. Sin duda influenciada por la temprana pérdida de su nuera, doña Elisa quiso siempre compensar esa falta con su cariño personal. Héctor, aunque sabía que era una causa perdida, siempre luchó por desbancar a su hermano de ese privilegiado puesto de honor en el escalafón de afectos de su abuela.

—¿Y Pablo? —preguntó Marian—, ¿Ya se ha marchado?

—No, comió un bocado y se acostó un rato. Estaba agotado —respondió Esther—. Claudia vete a despertarle.

—No, no hace falta —aseguró Héctor—, ya lo hice yo cuando llegué. No creo que tarde en bajar. Mira, ahí está.

Pablo apareció con el pelo alborotado, encogido, con las manos en los bolsillos y unos diminutos ojillos.

—Disculpádmí aspecto, Héctor me ha dicho que ya había llegado la abuela y he querido saludarla cuanto antes —se excusó Pablo con voz ronca.

Doña Elisa se levantó y besó cariñosamente a su nieto.

—Hijo, pareces cansado.

—No es nada, abuela. Se me pasará en cuanto recupere unas cuantas horas de sueño.

—Caray Andy —exclamó Héctor sarcástico—. ¿Qué le has hecho?

—Nada que no haya hecho yo —se defendió Andy.

Pablo se volvió malhumorado. No le gustaba que Héctor se divirtiera a su costa.

—Déjalo ya.

—Está bien, solo quería prestarte mi apoyo incondicional.

Pablo le contestó con una mueca muy expresiva y su madre se vio en la obligación de intervenir.

—Vamos Pablo, no te enfades, ya conoces a tu hermano Héctor.

—Sí, por eso quiero que deje de tratarme como si tuviera diez años más que yo.

Esther fue a añadir algo, pero a una muda indicación de Andy lo dejó así.

Para Andy fue una señal de madurez que Pablo, al fin, empezara a marcar su territorio.

Marian con intención de acabar con la tirantez, preguntó:

—¿Qué ocurre Pablo? ¿No descansaste bien en la costa?

Pablo miró incrédulo a su hermano mayor y comprendió que no le había dicho nada. Andy le guiñó un ojo y Pablo estuvo conforme en guardarle el secreto, pero Claudia lo desveló.

—Han trabajado toda la noche para poder adelantar el regreso.

Marian buscó confirmación en los ojos de Andy y cuando estos esquivaron su mirada, comprendió que era cierto. Miró a Pablo y este, reaccionó de una manera muy similar.

Doña Elisa miró a su nuera y ambas sonrieron divertidas por la actuación de Andy.

—Querida, empiezo a comprender hasta qué punto es verdad que le quitas el sueño a mi nieto.

Ahora fue Marian la que, al sentirse observada, bajó la cabeza vergonzosamente encantada.

—No tenías por qué hacerlo —susurró sigilosamente.

—Lo sé, pero quería regresar cuanto antes —contestó en el mismo tono Andy.

—Ves, abuela —exclamó Héctor dirigiéndose hacia ella—. Has creado una raza de apasionados. Él adelanta su viaje por su amor y yo por el mío.

Doña Elisa mientras luchaba por conseguir desembarazarse de los brazos de Héctor, exclamó entre risas.

—Anda suelta, embaucador. A mí no me vas a engañar con tus zalamerías. ¡Suelta!

La anciana, aunque intentaba ponerse seria, estaba encantada. En sus escasas visitas, disfrutaba al máximo de la compañía de sus nietos. La vida le había arrebatado a su único hijo, pero por suerte, a cambio, le había dado dos nueras extraordinarias. Tanto la madre de Andy, como Esther más tarde, siempre se portaron con ella maravillosamente y supieron inculcar a sus hijos ese mismo amor y respeto para con ella.

Andy observaba desde una esquina de la sala a Marian. La veía conversar totalmente integrada con los suyos y le parecía que había formado parte de aquello toda la vida. De vez en cuando ella le miraba y dedicaba una insinuante sonrisa que le volvía loco. Iba a cometer una estupidez si no conseguía sacarla pronto de ahí para poderla estrechar entre sus brazos.

Marian lo vio cruzar pausadamente la habitación. Dejó su vaso sobre el mueble bar y se dirigió muy lentamente hacia el grupo. Esperó una pausa en la conversación y consultando el reloj, le hizo una seña.

—Se está haciendo tarde. ¿Nos vamos?

Marian se levantó sin demora. Estaba tan ansiosa como él por estar solos.

—¿Tarde? —repitió irónico Héctor—. ¿Tarde para qué? ¿Es que os esperan en alguna parte?

Andy le miró como solo él sabía hacer y con aire amenazador contestó:

—No es de tu incumbencia quién nos espera.

Héctor fue a añadir algo, pero Andy levantó su dedo amenazador de nuevo e hizo callar a su hermano recordándole algún favor que al parecer tenía pendiente.

Marian preguntó sobre ello en cuanto abandonaron la casa.

—Héctor quiere que le concierte una cita con la hija de un constructor amigo mío.

—¿Y tú has accedido? —se extrañó Marian.

Andy sonrió socarronamente.

—Bueno, es un buen método para mantener a Héctor a raya, ya lo has visto. Yo en su lugar haría lo mismo, la verdad es que la señorita en cuestión, merece cualquier sacrificio. En otras circunstancias me la habría reservado para mí, pero ahora —añadió tomándola bruscamente por la cintura—, yo tengo a la mejor.

Marian aceptó con mil amores el beso con el que Andy la obsequió y a continuación y ya sin más demoras, se dirigieron al apartamento de Marian y, por fin, dieron rienda suelta a sus

instintos.

—Bienvenido a casa —musitó Marian después de un largo beso sobre el sofá.

Andy se giró y se tumbó todo lo largo en el sofá, apoyando su cabeza sobre las piernas de Marian.

—La próxima vez que tenga que viajar te llevaré conmigo. Claro que tendré que inventar una buena excusa, nadie puede enterarse que no puedo pasar ni un día sin ti.

Marian le acarició los cabellos encantada con la confesión.

—Bueno, probablemente yo podría ser mucho más eficiente en mi trabajo, si conociera personalmente los lugares de los que tengo que hacer la publicidad.

Andy la miró pícaramente satisfecho de que a ella le hiciera la misma ilusión que a él acompañarle.

—Sí —afirmó en tono comercial—, creo que es interesante que la persona que se encarga de mi publicidad conozca in situ mis hoteles. Excelente idea. Mi publicista me acompañará en la próxima escapada.

Marian sonrió y se inclinó para besarle la punta de la nariz.

—Bien y ¿cuándo será esa próxima escapada?

Andy enseñó su magnífica dentadura y afirmó, levantando ambas cejas

—No te preocupes, si no surge algo pronto, nos lo inventaremos.

Andy se incorporó ligeramente para besarla y de nuevo se recostó sobre el regazo de Marian, cerrando los ojos.

—¿En serio no habéis dormido en toda la noche? —preguntó Marian mientras masajeaba las sienes a Andy.

—Pablo durmió un par de horas.

—¿Pablo? ¿O sea que tú no?

—No podía si quería coger ese avión.

Andy abrió los ojos y miró fijamente a Marian mientras añadía:

—Y quería coger ese avión.

—Y yo me alegro de que lo cogieras. Me quedé sorprendida cuando te vi en casa de mis padres.

—No se habrán molestado porque me presentara sin avisar, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Deseaban conocerte hace días. Los has impresionado —añadió orgullosa.

—¿Seguro? —inquirió divertido por su entonación, sin molestarse siquiera en volver a abrir los ojos.

—No lo dudes. Vi cómo les chisporroteaban los ojos.

Andy soltó una carcajada.

—Ojalá todos mis adeptos fueran tan incondicionales como tú.

—Y a ti ¿qué te ha parecido mi troupe?

Andy entrelazó sus dedos con los de Marian y apoyó la mano sobre su propio pecho antes de contestar.

—No son tan horribles como los pintas. Tus padres te adoran, sobre todo tu padre y tus hermanas...

Hizo una pausa buscando las palabras adecuadas.

—... tal vez te tengan un poquito de envidia.

—Sí y a partir de hoy más, sobre todo Isabel.

Andy volvió a reír con ganas.

Guardaron silencio unos minutos y Marian recapituló sobre lo hablado en casa de sus padres, más concretamente sobre algo que había mencionado Andy y le había inquietado.

—¿Andy?

—¿Mmmmm?

—¿De verdad te parece tan estúpido que la gente se case?

A Andy le sorprendió la pregunta, pero contestó de buen grado.

—Yo no he dicho eso. Me parece una demostración de amor y buena voluntad tan válida como cualquier otra. Nada más. El firmar o dejar de firmar ante un señor unos papeles no va a cambiar, ni para bien ni para mal, lo que pueda sentir por una mujer. Intentar investirle de un poder social y jurídico es lo que me parece una estupidez.

No comentaron nada más. Andy adivinó que para Marian era importante y ella supo a ciencia cierta lo que podía esperar de él. Y tampoco le importó demasiado. Siempre había significado mucho el casarse por la iglesia, con toda su parafernalia, pero sin duda, ahora, era mucho más importante Andy que todos esos sueños de adolescente.

—¿Por qué no te duermes un rato?

—¿No te importa?

—Claro que no. Acuéstate en la cama si quieres.

—No —negó rotundamente abrazándose a su cintura y hundiendo su rostro en el vientre de Marian—, prefiero quedarme aquí.

—Como quieras.

—Solo serán unos minutos —murmuró ya totalmente relajado.

Marian lo contempló sin reparos. Deslizó su dedo índice, casi sin rozarle por todo su rostro y luego se adentró entre sus cabellos.

Creyéndole ya dormido, se sobresaltó cuando notó moverse sus labios sobre su vientre.

—¡Oh Dios! ¡Que fácilmente podría acostumbrarme a esto!

Marian sonrió y depositó un beso en su sien. Andy, como respuesta, acercó más todavía su cabeza a su vientre. Durmió casi una hora. Ella lo contempló todo el tiempo, pero cuando él se despertó, Marian ojeaba una revista.

Andy se desplazó hacia atrás, apoyando su cabeza sobre el brazo del sofá y su espalda sobre las piernas de Marian. Esta retiró la revista al notar que había despertado.

—¡Hola! ¿Mejor?

—Maravillosamente desde que he abierto los ojos y te he visto a mi lado.

Marian atusó los negros cabellos que caían sobre la frente de Andy.

—Vaya, eso se merece un premio.

—Yo creo que sí —afirmó levantando los brazos para atraerla hacia sí.

Se besaron una y otra vez. Primero suavemente, luego, progresivamente, fueron invistiendo sus besos de pasión. Unos minutos más tarde, los besos continuaban ininterrumpidamente.

Sin saber muy bien el momento, Marian había pasado a ocupar el sofá y Andy, tendido sobre ella, la colmaba con sus caricias.

—Realmente la siesta ha sido milagrosa, veo que has recuperado plenamente las fuerzas —comentó divertida.

—No sabes tú cómo —respondió Andy sin dejar de recorrer el cuerpo de Marian con sus labios.

A través de la blusa, sus labios atenazaron uno de los pezones de Marian y esta tensó su

cuerpo impresionada. Lentamente, como después de un latigazo eléctrico, su cuerpo fue relajándose y volvió a su posición anterior. Andy repitió la operación y el resultado fue muy parecido. Marian cayó en una locura incontrolable y él supo que la tenía rendida a sus pies. Entonces, trabajosamente, se detuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó sorprendida.

Andy besó sus labios dulcemente y afirmó muy seguro de lo que decía.

—No es esto lo que quiero.

Marian se asustó. ¿Qué quería decir? ¿Acaso no quería hacer el amor con ella?

Andy se explicó mejor.

—No quiero un revolcón rápido en un sofá. Quiero que sea especial. Nuestra relación se merece un poco de autocontrol por nuestra parte.

Marian todavía jadeante, lo miró sorprendida pero aliviada. Andy volvió a besarla confundiendo más todavía. Al instante se levantó y tiró de ella para que le imitara.

—Y será mejor que nos vayamos de aquí ahora mismo, antes de que me arrepienta de lo que acabo de decir y te rasgue las vestiduras sin vacilación.

Marian asimiló al fin sus palabras y recuperó su ritmo habitual de respiración.

—Entiendes lo que digo ¿verdad?

Marian le miró y acarició su mejilla dulcemente.

—Lo entiendo y lo valoro en lo que vale. Estoy totalmente de acuerdo contigo, nuestra relación se merece todo nuestro esfuerzo.

Andy volvió a sentir otro irresistible deseo de estrecharla en sus brazos y salió lo antes que pudo del apartamento para evitar la tentación.

Eran casi las nueve cuando salieron. Tomaron el coche y Andy propuso acercarse hasta la zona del puerto y picar algo en los bares de por allí. Marian aceptó encantada, no era una zona que ella visitara con frecuencia.

Andy estaba entusiasmado. Había sido un día estupendo, no se arrepentía por haberse quedado sin dormir. Le había emocionado el recibimiento de Marian cuando le había visto aparecer en casa de sus padres y estaba satisfecho con su reacción cuando casi terminan haciendo el amor en el sofá. Se había dado cuenta que, si por ella hubiera sido, así habrían terminado. Le gustaba esa sensación. Estaba eufórico y emocionado.

El segundo de los bares en el que entraron era un pequeño local, abarrotado de mesas y de personal. Su especialidad eran las rabas y a juzgar por la multitudinaria clientela, eran exquisitas. Las mesas estaban todas ocupadas, así que se dirigieron hacia la barra y consiguieron hacerse un hueco. Cuando el camarero se acercó, saludó efusivamente a Andy y este le correspondió.

—¿Cómo estás? Cuánto tiempo sin verte.

—Sí, demasiado, pero no por falta de ganas.

—Mira, ahí detrás tienes a parte de tus colegas.

Andy miró hacia atrás y mientras lo hacía, exclamó:

—¿En serio? ¿Todavía siguen visitando este antro? Creí que habrían refinado sus gustos.

—Oye un respeto señoritingo —renegó de buen grado el barman.

Marian dirigió la vista hacia la mesa a la que Andy miraba. Un grupo de corpulentos hombretones la ocupaba y Marian no pudo entender en qué momento aquellos fortachones habían podido ser colegas de Andy, pero pronto lo averiguó.

En la mesa, todos hablaban a un tiempo. Se extrañaron al ver llegar a la camarera, cuando nadie la había llamado y todos callaron. La camarera, nueva en el lugar, parecía algo azorada, no

hacía más que mirar hacia la barra. Solo cuando el jefe desde detrás del mostrador insistió con un gesto drástico, entregó el mensaje que llevaba.

—Mi jefe dice que su cuenta está pagada.

Todos se extrañaron.

—¿Desde cuándo Javier es tan generoso?

—No, les ha invitado un caballero que está en el mostrador.

Todos se giraron, pero Andy estaba fuera del alcance de sus miradas. A ninguno pareció importarle demasiado quién había sido su benefactor. Se dispusieron a seguir con su discusión, pero la joven no parecía haber terminado, porque siguió allí de pie. De nuevo miró nerviosa hacia la barra y a otra indicación, terminó con el mensaje.

—El caballero quiere invitarles a otra ronda, pero esta vez elige él.

—Perfecto, tenemos buen diente, nos gusta todo.

La camarera tomó un plato de la bandeja y lo posó en el centro de la mesa, temiendo que al ver su contenido los ocupantes la tomaran con ella.

Una mísera aceituna, eso sí, pinchada en un palillo, ocupaba el, por lo demás, desértico plato. Se intercambiaron miradas y más que ofendidos o enfadados, todos parecieron incrédulos.

—No puede ser —afirmó uno de ellos, levantándose y mirando hacia la barra.

Desde esa posición, divisó enseguida a Andy que esperaba divertido la reacción.

—¡Santo cielo, es increíble! El señoritingo ha regresado —exclamó en voz alta.

Todos se pusieron en pie y se dirigieron hacia la barra, abalanzándose sobre el risueño de Andy que tuvo que soportar varios pescozones y manotazos, pero a Marian le pareció que aquellas enormes moles humanas, se alegraban realmente de verle.

Supo después, por uno de ellos, que trabajaban descargando barcos en el muelle y Andy, increíblemente, había sido compañero de ellos.

—No por mucho tiempo, solo fueron unos meses —relató el más corpulento—. Cuando le vimos aparecer el primer día, todos apostamos que no aguantaría la primera semana, pero nos equivocamos. Su orgullo y la necesidad le hicieron más fuerte de lo que ninguno creíamos. Dos semanas más tarde una caja se soltó y le golpeó el costado rompiéndole una costilla, pero nadie se enteró hasta diez días más tarde. Continuó trabajando como el primero y se ganó nuestro respeto por ello. Todos sabíamos que no pertenecía a este mundo. Lo suyo eran los números y las altas finanzas y pronto volvió a lo suyo.

—Pero antes de irse nos hizo un poco más ricos a todos —añadió otro.

—Bueno, digamos que menos pobres —comentó otro.

Marian pareció pedir a Andy una explicación con la mirada y Andy de buen grado le explicó lo ocurrido.

—Digamos que mi situación económica era bastante alarmante en aquella época. Acababa de morir mi padre y los acreedores se habían quedado con todo. Estaba desesperado, cometí algunas locuras y estos inconscientes me imitaron.

Marian no quedó satisfecha con la explicación y el hombre corpulento acudió en su ayuda.

—Andy invirtió el sueldo de tres meses en la bolsa y a los diez días había triplicado la suma. Podemos ser algo rudos, pero sabemos ver el talento cuando lo hay. Confiamos en su instinto y nos dejamos aconsejar.

—Creo que se quedó con las mejores apuestas —comentó otro—. A la vista está. A los ocho meses él abandonaba los muelles y nosotros seguimos aquí.

—Eso no es cierto —se defendió Andy—, ninguno os atrevisteis a seguirme hasta el final.

—Tiene razón el señoritingo —defendió el más corpulento—, nos dio la oportunidad, pero no tuvimos cojones para imitarle.

—No seas bestia. ¿Qué va a pensar la señorita?

—Perdón, —se disculpó al instante—, espero que no te ofendas, es mi manera de hablar.

—Tranquilo, no pasa nada.

Otro continuó con la explicación.

—Andy invirtió su sueldo íntegro durante seis meses, día tras día, compraba y vendía acciones, poniéndonos la piel de gallina a todos. Pero lo consiguió. Ganó y ganó más dinero cada día.

—No se equivocó ni una vez en sus pronósticos —afirmó el hombre corpulento.

Andy ahora parecía algo avergonzado y miraba haciéndose el distraído.

—Pura suerte —exclamó zanjando el tema—, hicisteis bien en no secundar mis locuras.

—Entonces nos pareció que sí, ahora empezamos a dudarlo. Mírate tú y míranos a nosotros. Buena ropa, excelente compañía...

Otra avalancha de cachetes llovieron sobre el desafortunado Andy que los recibió encantado. Pasaron casi una hora juntos. Andy parecía otra persona. Al mismo nivel que sus amigos, dialogaba coloquialmente, utilizando su mismo lenguaje. Cuando abandonaron el bar, se le veía relajado y contento, situación que Marian aprovechó para indagar y saber más sobre aquellos años tan difíciles para él. Andy habló sin tapujos. Relató los meses tan dolorosos que toda la familia y él con más intensidad, vivieron tras la muerte de su padre. Muchos de los llamados amigos, les volvieron la espalda. Tuvieron que hipotecarlo todo. Vendieron gran parte del mobiliario de la casa y, por supuesto, todas las joyas de la familia y las obras de arte que su padre había adquirido en los tiempos de bonanza.

—Ser pobre es horrible en cualquier circunstancia, pero supongo que para alguien que no ha conocido otra cosa, llega a ser hasta soportable. Sin embargo, te aseguro que cuando uno está acostumbrado a que no le falte el más mínimo detalle y debe prescindir de todo de la noche a la mañana, es insoportable. Todos los negocios los llevaba mi padre personalmente, ninguno en casa nos habíamos molestado nunca en mostrar el más mínimo interés. Yo mismo, jamás pensé dedicarme a esto. Soñaba con construir hermosos edificios —confesó melancólico, como si aquel sueño perteneciera a una vida anterior.

Al instante volvió a la realidad.

—Es lógico que las financieras no se fíaran de nosotros. Yo habría hecho lo mismo en su caso. Lo que no concibo es que amigos de mi padre de toda la vida, con los que él llevaba años haciendo negocios, nos dejaran en la estacada. Nunca les perdonaré el dolor que causaron a mi familia.

Marian se abrazó a su cintura, sin dejar de caminar, como si pudiera con ello suplir la falta de apoyo de años atrás. Él le besó el cabello.

—No puedo imaginarnos sumidos en la miseria. Me es tan difícil imaginarte descargando en el muelle.

—Pues créeme, lo hice y volvería a hacerlo si fuera necesario sin ningún problema. Cualquier cosa antes de que a los míos les falte algo.

Marian sonrió tímidamente.

—Si me esfuerzo tal vez pueda ver tus manos callosas, pero jamás podré pensar en Héctor sin un traje impoluto de Armani y un jersey de Lacoste.

Andy rio divertido.

—Bueno, lo cierto es que, a simple vista, parece el menos afectado por aquellos años. Creo que incluso entonces supo sacar partido de la situación. Negociaba con todo. Le echaba un morro impresionante y aunque entonces era muy joven todavía, aún se las ingeniaba para traer algo de dinero a casa. Nunca me atreví a entrar en detalles de cómo lo conseguía.

Los dos rieron imaginándose mil formas, todas rozando la picaresca.

—Pablo lo pasó peor —continuó de nuevo melancólico—. Se tornó huraño y solitario. Su carácter ha mejorado bastante, pero sigue prefiriendo estar solo. Claudia por suerte, era demasiado pequeña. Aquellos años no existen en su memoria, no guarda casi ningún recuerdo.

—¿Y Esther?

—Demostró más coraje que ninguno. No lo habríamos superado sin su templanza. Todos acudíamos a ella cuando estábamos hundidos y ella, olvidando su propio dolor, te hacía sentirte de nuevo, grande y poderoso. Insistía en que si permanecíamos unidos aquel mal sueño acabaría antes. ¿Quién sabe?, tal vez tenía razón. ¿A saber cuánto habría durado si no?

Andy le contó cómo, aun trabajando para un taller de costura nueve y diez horas al día, se las ingeniaba para estar junto a ellos siempre que se la necesitaba.

Marian vio aflorar la amargura en los ojos de Andy y creyó llegado el momento de abandonar ese tema tan doloroso para él.

No le fue difícil cambiar de conversación, él lo deseaba tanto como ella.

Unos minutos más tarde, en la penumbra del portal de Marian, todo había quedado olvidado y disfrutaban mutuamente, de largos y placenteros besos.

Las manos de Andy recorrían el cuerpo de Marian, ávidas por explorar lugares nuevos.

—Si queremos mantener la propuesta de esta tarde, creo que será más seguro que suba ya a casa.

Andy no la soltó. No quería hacerlo.

—Hablando de eso... —murmuró sin dejar de besarla.

—¿Qué? ¿Ya te has arrepentido? —exclamó divertida.

—No, no es eso, solo que me gustaría que ese momento perfecto llegara cuanto antes.

Andy volvió a besarla en la boca, haciéndola estremecer.

—¿Me dejas pensar algo especial para este fin de semana? —propuso separándose unos centímetros para observarla.

—¿El fin de semana? —repitió ella intentando ganar un poco de tiempo.

—Sí. Podríamos marcharnos el sábado por la mañana y regresar el domingo.

—¿A dónde?

—No lo sé. Solo sé que será un lugar hermoso y perfecto. Déjame ocuparme de todo, por favor.

Marian apoyó la cabeza en la pared y suspiró abrumada. Andy insistió.

—Tengo buenas intenciones, pero no soy un monje y mi autocontrol está al límite. Si no me dices que sí de inmediato, te doy un revolcón aquí mismo que te vas a enterar de lo que es bueno.

Marian rio divertida al verle tan descontrolado.

—No sé qué decir. Es tan repentino. Un revolcón en el sofá es algo espontáneo, pero en esto interviene ya la premeditación...

—Sí, y la alevosía —interrumpió Andy acercándose peligrosamente de nuevo.

—Andy, hablo en serio.

—Y yo también, mi amor —contestó dejando que sus labios acariciaran la mejilla de Marian. Ella cerró los ojos, intentando ordenar sus pensamientos.

—Creo que es un paso importante que deberíamos meditar pausadamente.

—Yo ya lo he meditado. No quiero que sea un acaloramiento de un momento, quiero que sea un acto consciente, voluntario y deseado por ambos.

Andy algo alarmado preguntó:

—¿Acaso tú no lo deseas?

Se relajó al escuchar la respuesta.

—Pues claro que sí. No me interpretes mal, lo deseo tanto como tú. Sabes que esta tarde habría ocurrido si tú no lo hubieras detenido. No es eso. Al contrario.

Marian bajó la cabeza y continuó.

—Me parece algo tan maravilloso que no puedo creer que sea cierto. Tiene que haber algún fallo.

Levantó la cara y lo miró a los ojos.

—No hace tanto que nos conocemos —afirmó acariciándole la mejilla— y, sin embargo, siento que te conozco y me conoces mejor que muchas personas a las que llevo tratando toda la vida. Es una sensación extraña y nueva para mí.

Andy apoyó el antebrazo derecho en la pared, sobre la cabeza de Marian y acarició su mejilla con la mano izquierda. La desplazó hasta la nuca y la atrajo hacia él para volver a besarla.

—Marian, es real. Todo es real. Solo tenemos que aprovechar la ocasión.

Los labios de Andy pasaron a escasos centímetros de los de Marian y, como él esperaba, estos salieron a su encuentro.

—Por favor... —susurró de nuevo antes de besarla—, por favor... —insistió una vez más—. Esto debería de darte una idea de lo que te quiero. No recuerdo la última vez que supliqué de esta manera —afirmó con voz abatida.

Marian se rindió sin condiciones. Deseaba hacerlo desde un principio, pero pensó que debería de anteponer un poco de raciocinio a su alocado corazón. Evidentemente era inútil.

—Muy bien, de acuerdo. Tienes carta blanca para el fin de semana —accedió alegremente.

—Perfecto, no vas a arrepentirte.

## CAPÍTULO 23

No volvieron a mencionar la excursión en toda la semana. Marian estaba ansiosa y habría disfrutado sabiendo los planes, pero como Andy no volvió a mencionarlo, casi temió que lo hubiera olvidado.

Por supuesto, no era así. Andy se había ocupado de planearlo todo minuciosamente. Eligió un hotelito de ensueño que había a poco más de ochenta kilómetros. Quería pasar el menor tiempo posible en la carretera. Estaba seguro que encajaba en los gustos de Marian. Pertenecía a uno de sus más firmes competidores, pero ni siquiera eso importaba. Además, daba la casualidad de que, en este caso, además de competidor era un buen amigo.

Marian pasó por la oficina de Andy el viernes a última hora. Tenía temas que concretar con el departamento de publicidad. Solo entonces, Andy comentó.

—¿A qué hora paso a buscarte mañana?

—¿Mañana? —repitió estúpidamente Marian, como si no tuviera ni idea de ninguna cita.

—¡Eh! —exclamó él tomándola del brazo—. ¿No lo habrás olvidado?

Marian se dejó zarandear suavemente de un lado a otro.

—Yo no, pensé que eras tú el que lo había olvidado. No has vuelto a mencionarlo.

—¿Para qué? No había nada que hablar. Quedamos que yo me encargaba de todo.

—¿Y lo has hecho?

—Todo está listo.

—¿Dónde me vas a llevar? —interrogó mientras Andy la abrazaba.

—A un hotel digno de la más romántica noche de bodas.

—¿Es tuyo?

—No, me he pasado al enemigo, pero lo mantendremos en secreto.

Héctor, como de costumbre, abrió la puerta sin previo aviso, con tiempo suficiente para escuchar las últimas palabras.

—¿Qué mantendremos en secreto?

—Tú nada, eres un bocazas —respondió Andy molesto por tener que soltar a Marian.

—Vamos Marian, dímelo tú —insistió Héctor mientras la besaba en la mejilla.

—No es nada...

—No le digas nada —ordenó Andy sentado ya tras su mesa—. Es un tema de trabajo y a ti todo lo referente a esta empresa no te interesa, ¿no es cierto?

—Cierto.

—Y... el motivo de tu visita es... —inquirió Andy apoyando los codos sobre la mesa.

—El motivo de mi visita es estrictamente de mensajería. La abuela quiere invitarnos mañana a comer a todos, incluida tu Marian.

—Yo no puedo —contestó rápidamente Andy—. Tengo previsto salir de viaje.

—¿No puedes posponerlo?

—Me temo que no —respondió impasible.

—¿Y tú Marian?

Héctor la pilló desprevenida, no esperaba la pregunta. Dudó un instante, el tiempo suficiente

para que Héctor sospechara y Andy saliera en su ayuda.

—¿Qué importa si ella puede o no? Si yo no voy, la abuela lo suspenderá.

Héctor continuó mirando a Marian. Su rostro era toda una revelación.

—Sí, lamentablemente, tienes razón. La abuela desistirá en cuanto sepa que tú no vas, es absurdo importunar a Marian.

—Así es. No quiero ser descortés, pero nosotros aquí estamos trabajando y querríamos seguir haciéndolo.

Andy se levantó para acompañarlo hasta la puerta.

—Sí, sí, ya me di cuenta cuando entré que estabais trabajando. Me marché, para que sigáis con vuestro trabajo.

Andy le propinó un sonoro manotazo en la espalda para que, al menos, fuera más discreto y cerró la puerta en cuanto salió.

Al instante, el rostro divertido de Héctor surgió de nuevo y con la mano en alto exclamó:

—Marian, si no nos vemos que pases un buen fin de semana. Un feliz, divertido y fructífero fin de semana.

Héctor continuó asomado y pudo comprobar como el rostro de Marian iba tornándose de un sonrojado rosado a un rojo encendido.

Andy se giró de nuevo hacía él y con los brazos en cruz, ocultando a Marian tras ellos, exclamó desesperado por el poco tacto de su hermano.

—¿Es que no vas a marcharte nunca?

Héctor, concentrado en adivinar lo que ahora saltaba a la vista se dio cuenta de que tal vez, sin intención, había ofendido a Marian con su acostumbrado sarcasmo e, intentando hacerse perdonar, se acercó hasta ella y depositó un fraternal beso en su mejilla.

—Perdona si te he molestado con mis estupideces. Nada más lejos de mi intención. Es un placer tan escaso ver a mi hermano fuera de sus casillas, que a veces no puedo reprimirme.

Marian no pudo menos que sonreír. Al parecer a todos les resultaba igual de extraño ver a Andy en una posición comprometida o fuera de su control.

Andy tenía la americana desabrochada y con sus manos apoyadas sobre las caderas, los observaba lo más digno posible.

—Bien, por hoy ya te has divertido bastante. Lárgate —ordenó con la puerta abierta de nuevo.

—Lo siento —se disculpó Marian en cuanto se quedaron solos—, me cogió desprevenida, no supe que decir.

—No importa, ha sido culpa mía. Esto era justamente lo que intentaba evitar. Después de tantos años sigo intentando engañar a Héctor, pero cada vez se me da peor, me conoce demasiado.

—Es igual que tú —comentó Marian—. Cuando me mira me traspasa, me siento transparente. Andy volvió a su lado.

—¿Eso te hago yo? —preguntó plantado a escasos centímetros ante ella.

—Eso y mucho más —afirmó ella—, colocándose de puntillas para besarle.

## CAPÍTULO 24

El sábado, Andy pasó a buscarla por su apartamento. Le pareció más irresistible que nunca. Estaba nerviosa y ansiosa a la vez. Sabía que Andy era reacio al matrimonio así que, seguramente, aquel viaje era lo más parecido que iba a tener a una luna de miel y, aquella noche, a su noche de bodas.

Como Andy le había prometido, el paraje era de ensueño. Varias hectáreas de césped, espléndidos jardines, pistas de tenis, piscina, amplios salones, exquisitas suites. Todo perfecto. El sueño de cualquier pareja ávida de escapar de todos y de todo. En recepción se encargaron de su escaso equipaje y ellos, sin subir a la habitación, visitaron todas las instalaciones.

Andy deseaba más que nada abrazar sin testigos aquel cuerpo irresistible para él, pero no quería apresurarse. Estaba decidido a conseguir que fuera Marian la que le suplicase que le hiciera el amor.

El tiempo, como siempre que uno es feliz, pasó demasiado rápido y, sin darse cuenta se les hizo la hora de comer.

La mitad del salón estaba inutilizado por las obras de mejora que estaban realizando. Todas las mesas estaban ocupadas, pero por suerte la previsión de Andy, reservando mesa, hizo que les instalaran nada más llegar.

—Es un lugar perfecto —comentó encantada Marian.

Andy, señalando a los tableros que dividían el comedor, comentó:

—¿A esto le llamas tú perfecto?

A Marian le hizo gracia.

—¿Qué ocurre? ¿Esto no pasa en tus hoteles?

—Por supuesto que no —contestó muy digno.

—Entonces dime, si tan maravillosos son, ¿por qué me has traído a uno de la competencia?

Andy arrugó el entrecejo y se frotó una oreja procurando contener lo mejor posible la sonrisa.

—Pretendo pasar desapercibido, ¿crees que lo lograría en uno de mis hoteles?

—No, creo que no.

—Intento salvaguardar tu reputación —añadió quijotesicamente.

Marian hizo una leve inclinación de cabeza en agradecimiento.

—Bueno, la verdad es que nunca viene mal ejercer un poco de espionaje a uno de tus más acérrimos competidores.

—¡Aja!, eso ya me parece más creíble.

El maître se había acercado a la mesa de al lado y ahora su ocupante, un hombre joven de aspecto descuidado, contestaba en tono elevado a su suplica. Su vocabulario soez y su elevado tono, les hizo fijarse en él. Sacaron en conclusión que al estar completo el comedor y él ocupar una mesa de seis, el maître le había rogado, permitiera compartir su mesa con un matrimonio que esperaba ser acomodado. Con muy malos modos el señor de la mesa de al lado se había negado, argumentando que no deseaba ver como dos carcamales dejaban caer sus dentaduras postizas sobre el plato.

Por suerte, el matrimonio en cuestión, una pareja de ancianos de aspecto encantador, no estaba lo suficientemente cerca para escuchar lo que decía.

Marian y Andy se miraron y ambos pensaron lo mismo.

El maître tuvo que contenerse para no contestar con tan malos modales como su interlocutor. A punto estaba de alejarse cuando escuchó como Andy le llamaba desde la mesa de al lado.

—Disculpe, no hemos podido evitar escuchar parte de la conversación —se excusó Andy ya junto al maître—. Estaríamos encantados de compartir nuestra mesa con ese matrimonio.

Al maître se le iluminó el rostro al ver resuelto su dilema.

—Son ustedes muy amables. Con su permiso voy a comunicárselo a los señores Calderé.

Andy, mientras llegaban, volvió a tomar asiento.

—Bueno, ya hemos hecho nuestra buena acción del hoy —comentó sonriente Marian.

—Sí, pero bien sabe Dios lo que me va a costar.

Andy se aproximó lo máximo que creyó oportuno sin llamar la atención y añadió susurrante.

—Hoy te quería para mí solo.

Andy se levantó para recibir a la pareja que acompañaba al maître y dibujó una amplia sonrisa en su rostro al estrechar su mano con la del anciano.

—Buenos días, soy German Calderé y ella es Beatriz, mi esposa.

—Soy Antonio Sorbesa, ella es Marian Corbet. Estamos encantados de que nos acompañen.

Andy bordeó la mesa y sujetó la silla a la señora Calderé para que tomara asiento.

Al regresar a su lugar, se tropezó aparatadamente con el señor de la mesa de al lado que, después de traspasarle con ojos desorbitados durante unos segundos, se alejó rápidamente rumbo al teléfono.

Los señores Calderé resultaron unos conversadores incansables. Su hijo les había obsequiado con una semana de hotel, mientras él y su mujer, recorrían las islas griegas en un crucero de lujo. Los ancianos, encantados con su generoso gesto, no se habían parado a pensar en que, tal vez, solo era una forma de lavar su conciencia por no llevarlos con ellos.

—Han sido muy amables al permitirnos comer con ustedes. Nuestro hijo llegó ayer de su viaje y pasará hoy a recogernos después de comer. Llegará en cualquier momento.

—No podemos hacerle esperar. Es un hombre muy ocupado, pero aun así ha sacado un rato para acercarse a recogernos —comentó orgullosa Beatriz—. ¿Y ustedes? —preguntó cambiando de conversación—, ¿recién casados, tal vez?

Marian agachó la cabeza casi avergonzada. Andy tomó su mano y contestó como si tal cosa.

—No estamos casados.

Doña Beatriz no pareció sorprendida.

—Bueno está claro que se quieren. Eso no me lo negarán.

—No señora —respondió Andy sonriente—, eso es totalmente cierto.

Andy besó la mano de Marian mientras le dedicaba una dulce mirada que le devolvió toda la confianza.

—Bueno, si se quieren, la boda llegara tarde o temprano. ¿Qué más da si primero hacen su viaje de novios?

—Eso digo yo, el orden de los factores no altera el producto —argumentó amablemente Don Germán.

Los señores Calderé, pese a su edad, resultaron mucho más modernos y abiertos de mente que otros más jóvenes que ellos. Ya estaban en los postres cuando el señor Calderé tuvo que acudir a atender una llamada. Volvió poco después algo desilusionado.

—Era Pedro —German se giró hacia Andy y explicó—. Pedro es nuestro hijo.

De nuevo se giró hacia su esposa y continuó.

—Le ha surgido un compromiso, no puede venir a buscarnos. Tiene que jugar al tenis con uno de sus jefes.

La señora Calderé pareció preocupada.

—¿Qué haremos ahora? ¿Cómo regresaremos a casa?

German palmeó la mano de su mujer afectuosamente.

—Tranquila, ya nos las arreglaremos. Preguntaremos en recepción como podemos llegar al pueblo y de ahí tomaremos un tren o un autobús. Será divertido —intentó animar German.

Beatriz le sonrió, pero la preocupación no desapareció de sus ojos. Su marido le acarició la mejilla.

—Hemos hecho cosas más difíciles ¿no? Yo creo que seremos capaces de volver a casa por nuestra cuenta ¿no te parece?

Beatriz volvió a sonreír y esta vez sí que pareció más convencida.

—Mi mujer sufre del corazón —les informó German sin dejar de acariciar su mejilla—. A veces se preocupa demasiado por tonterías.

El matrimonio Calderé quedó sumido en un mutuo hipnotismo que Marian aprovechó para hacer una señal a Andy. Este, aunque entendió a la perfección lo que Marian pretendía, se hizo el loco y bebió distraídamente su café. Marian no se dio por vencida y pellizcó de nuevo su brazo.

¡Ah no!, pensó Andy. Bien estaba que hubiera permitido que aquella pareja de encantadores ancianos comiera con ellos, pero invertir parte de su especial fin de semana en llevar de vuelta a casa a dicha pareja, como consecuencia de la estupidez de su “adorado hijo”, era ya demasiado.

Andy sucumbió cuando posó sus ojos sobre el rostro de Marian que, lánguidamente, suplicaba un nuevo gesto de compasión.

—Nosotros hemos venido en coche —afirmó al fin Andy—. Si quieren, cuando terminemos, puedo acercarlos hasta el pueblo.

—No por favor, no queremos molestarles más —afirmó agradecido German.

—No es molestia —inquirió Marian—. En realidad, poco más costaría llegar hasta la ciudad.

Marian no tuvo valor para enfrentarse a la mirada de Andy, pero la sintió clavada en su sien derecha.

—Eso sí que sería estupendo —exclamó encantada Beatriz.

—No querida, no podemos abusar así. Le quedaremos muy agradecidos si nos acerca al pueblo, con eso será suficiente.

Andy continuó en silencio unos segundos y Marian creyó que sería capaz de dejar colgados a los Calderé, pero no la decepcionó. Al fin su buen corazón venció.

—No, Marian tiene razón. No me cuesta nada acercarlos hasta su casa.

Andy sabía que eso era lo correcto, pero cuando Marian le miró, supo que, además, iba a tener su recompensa por ello.

La dirección del hotel tuvo el detalle de obsequiarles con una botella de cava y el maître, al traerla, les anunció que el hotel se hacía cargo de la cuenta de su comida.

Agradecidos por este detalle de la dirección, nadie volvió a reparar en el ocupante de la mesa de al lado, que había regresado y parecía no perderse detalle de lo que sucedía en la mesa vecina.

Andy hizo el trayecto lo más rápido que pudo, sin extralimitarse en la velocidad. Tuvo que rechazar reiteradamente la invitación de los Calderé para que subiera a tomar un refresco a su

casa y al fin, emprendió el retorno.

Pudo soportarlo tan solo por el continuo pensamiento en Marian. Llevaba tanto tiempo esperando y planificando esta escapada que, esos minutos, lejos de Marian, que se había visto obligado a robar a su idílico fin de semana, para contentar a su propia conciencia, actuando de chofer para los señores Calderé, le habían supuesto todo un sacrificio. Imaginó con todo detalle lo que podía ocurrir en las próximas horas. La tomaría en sus brazos y la besaría y acariciaría donde jamás nadie lo había hecho y solo cuando estuviera ebria de placer, entonces y solo entonces, la colmaría plenamente de amor. Después llegaría el turno de saciar su propia sed.

Nada ocurrió como lo había planeado.

Esos interminables minutos de esperar, encerrado en el coche, le hicieron llegar al límite de su propio autocontrol.

Cuando entró en la habitación buscó a Marian. La localizó en el baño. Se había quitado los vaqueros y su larga camisa solo conseguía cubrir levemente unos centímetros de sus muslos. Retocaba su maquillaje ante el espejo y pareció sorprendida al ver a Andy a través de él.

—No te esperaba tan pronto —afirmó guardando el cepillo del rímel en el interior del frasco y girándose ruborizada hacia él.

Andy la contempló unos segundos desde el umbral antes de contestar.

—Vine volando y creo que merecí la pena —afirmó cruzado de brazos mientras seguía observándola, fingiendo una calma que no sentía.

Marian percibió el deseo que provocaba en Andy. En aquel momento, se sintió más poderosa y seductora que nunca. Desapareció su rubor y segura de sí, le dedicó una cautivadora sonrisa que acabó con las defensas de Andy, que avanzó decidido hacia ella y aprisionó con las manos su cintura, elevándola por los aires hasta ponerla a su altura.

Marian se abrazó a su cuello mientras él la besaba apasionadamente.

Andy no podía contenerse más. Avanzó hacia el frío mármol y posó a Marian sobre él. Separó sus piernas, con una leve presión y se metió entre ellas.

Marian notó como las manos de Andy se posaban en la parte baja de su espalda y la empujaban hacia él.

Andy se rindió, no podía seguir luchando contra sí mismo. Aquella situación se le había escapado de las manos. Volvió a tomar a Marian entre sus brazos y la llevó hasta la cama. No malgastó ni un segundo. Para cuando quiso volver a controlar aquel torrente de pasión que se había apoderado de su mente, ya era demasiado tarde.

—Lo siento —se excusó apesadumbrado.

—¿Por qué?

—No ha sido como yo quería —confesó desilusionado—. No quise sucumbir a un rápido revolcón en el sofá y, al final, aunque en un sitio más amplio y confortable, ha terminado siendo igual de rápido.

Marian se giró de medio lado y acarició su mejilla con ternura. Él, le besó la palma de la mano y añadió:

—Tenía pensada toda una larga noche de seducción y todo ha acabado antes de la hora de la cena.

Marian sabía que Andy se había vuelto loco de deseo y eso le hacía sentirse poderosa. Ella lo veía como un triunfo personal el haber sido capaz de provocar esa reacción tan virulenta en Andy.

—Tu fogosidad y tu urgencia, son dos formas tan válidas y elocuentes para demostrarme tu

amor como cualquier otra —excusó Marian sonriente—. Además —aseveró girando sobre sí misma y colocándose a horcajadas sobre Andy—, ¿Quién te ha dicho a ti que yo esté dispuesta a renunciar a una larga noche de seducción?

Sin dar tiempo a que Andy asimilara sus palabras, tomó sus mejillas entre las manos y atrapó sus labios dejando que su lengua campara a sus anchas dentro de la cavidad bucal, hasta que su homóloga le salió al encuentro. Se separó para mirarle y leyó en su rostro toda la sorpresa que su reacción había provocado en él y una sonora carcajada escapó de sus labios. Volvió a besarle con el mismo frenesí y él respondió al instante con la misma salvaje excitación.

Se separó para mirarle de nuevo y, esta vez, como la más virginal de las criaturas, preguntó dulcemente:

—¿Cómo es como tú lo querías...? ¡Muéstrame!

Andy la tomó de la cintura y la tumbó de nuevo sobre la cama, mientras volvía a besarla. Se dio cuenta de que, el cómo, no era tan importante para Marian como lo era para él. Vio amor en sus ojos y deseo en sus labios. Y se dispuso a demostrarla, esta vez sin ninguna prisa, cuánto la quería.

Pasaron el resto de la tarde en la habitación, dormitando abrazados. Y volvieron a hacer el amor antes de bajar a cenar. Y, tras un corto paseo por los jardines, se encerraron de nuevo en la suite, dispuestos a reanudar su demostración mutua de entrega y pasión. Ya estaba bien entrada la noche cuando, abrazados como un solo cuerpo, se quedaron dormidos.

Al día siguiente, los primeros rayos de sol que se filtraban tras las transparentes cortinas, sacaron a Marian de su placido sueño. O tal vez había sido el reguero de besos que los labios de Andy estaban dejando a lo largo de su cuello. Fue consciente de que lo tenía pegado a su espalda y ronroneó melosa y feliz, antes de girarse para mirarle de frente.

—Buenos días —saludó aun medio dormida.

Andy deslizó su dedo índice por el rostro de Marian. Primero por la frente, el entrecejo... y luego descendió por la mejilla hasta la comisura de sus labios. Allí se detuvo y sonrió antes de devolverle el saludo para besarla a continuación.

—Buenos días, mi amor.

En cuanto Marian sintió posarse los labios de Andy sobre los suyos, acabó de despertarse al instante y respondió más que gustosa a su beso.

Andy sonrió feliz al verla tan dispuesta a recibir sus caricias.

—Me parece que vas a resultar más insaciable de lo que pensé en un principio —comentó divertido—. No me pareciste tan voraz tras la barra de aquel improvisado bar con el padre Miguel vigilándote a pocos pasos.

Andy volvió a recorrer su cuello con los labios.

—Tú tampoco me pareciste a mi tan irresistible y ya ves.

Andy rio divertido.

—¿Seguro? Entonces ¿por qué tartamudeabas?

—¿Se me notaba? —inquirió sonrojada.

Andy se dejó caer sobre la almohada, riendo a carcajadas y Marian se dio cuenta de que le había tendido una trampa y ella había caído inocentemente.

—Será tramposo —acusó atizándole un manotazo en el brazo.

—Vaya, ¡qué sorpresa! Así que no fui el único impresionado.

Andy se giró de nuevo para aprisionar la mano de Marian que amenazaba de nuevo su integridad física.

Ella, forcejeó un instante, pero se rindió en cuanto comprobó su inferioridad.

—Bueno, está bien. Me hipnotizaste desde el primer momento. ¿Y qué? Siempre he presumido de tener un sexto sentido.

Andy le acarició el rostro tiernamente.

—Si te sirve de consuelo —confesó mientras le atusaba los cabellos—, tú me hechizaste mucho antes de que hablara contigo. En cuanto te vi con Carlos y el padre, pensé: ¡Dios mío, esa mujer tiene que ser para mí!

—¡Vaya! —ronroneó Marian—. Parece que siempre te sales con la tuya.

—Casi siempre, aunque esta vez me ha costado lo mío.

—¿Qué dices? Fui yo la que tuve que perseguirte días y días suplicando.

Andy había dejado de escucharla. De nuevo recorría su cuerpo depositando esponjosos besos sobre su piel. Regresó junto a su rostro para hacer una sugerencia.

—¿Qué tal si aclaramos esos detalles en otro momento? Ahora tengo en mente otras formas para ocupar nuestras horas de ocio.

—¿Ah sí? De acuerdo. Estoy abierta a cualquier sugerencia.

—¡Será descarada! —exclamó Andy al tiempo que hincaba sus dedos bajo las costillas de Marian haciéndola soltar una sonora carcajada, que sus labios corrieron a acallar.

## CAPÍTULO 25

Podía haber pasado perfectamente sin tener que acudir aquella mañana a las oficinas de las empresas Sorbesa. Tenía base suficiente para trabajar al menos dos días más, pero cuando pensó en la posibilidad de poder ver a Andy, no lo dudó un momento.

Marian saludó a la recepcionista y continuó pasillo adelante hacia los despachos de Márquez y Blariz, encargados de publicidad. La visita no se alargó más de media hora. Marian consultó su reloj y distraídamente se dirigió hacia el despacho del jefe. Si Andy no tenía demasiado trabajo tal vez incluso pudieran comer juntos.

El señor Majler abandonaba el despacho cuando ella doblaba la esquina. Dejó la puerta entornada y le permitió el acceso sin tan siquiera anunciarla.

La propia Marian repiqueteó con sus nudillos en la puerta.

—¿Da usted su permiso, señor director?

Andy estaba de pie junto a su sillón. Levantó la vista al oírla y sonrió levemente. Andy disfrutó viendo pasar a Marian sensualmente por delante de su mesa. Solo verla le levantó el ánimo.

—¿Cómo te sienta ser famosa?

—¿Famosa? —repitió Marian justo cuando llegaba a su lado.

Andy se sentó en su sillón e indicó el periódico que estaba sobre su mesa.

—¿No lo has leído?

—Le eché un vistazo rápido esta mañana.

Andy lo abrió por la página exacta y señaló una pequeña columna al final de la página.

Marian tomó el noticiario y leyó.

—“Reunión entre grandes magnates del mundo de la hostelería. Este fin de semana se ha producido un encuentro informal entre dos de los mayores magnates del país. El encuentro se produjo en un pequeño hotel cercano a la capital al que el señor Antonio Sorbesa llegó acompañado por una bella joven de la que desconocemos su identidad...”

El artículo continuaba especulando sobre el motivo de la reunión durante varias líneas más, barajando distintas hipótesis de compras, ventas, incluso fusiones que, por supuesto, nada tenían que ver con la realidad.

—¿Eso es todo? —protestó—. “Una joven cuya identidad no hemos podido averiguar”. ¿Así voy a hacerme famosa?

—No, no, no. Eso no es del todo correcto —rectificó Andy, sentándola sobre sus rodillas—. Dice una bella joven, cuya identidad no hemos podido averiguar. Eso delimita mucho más el número de aspirantes.

—¡Ah!

—Además —añadió Andy atrayéndola más cerca—, es con toda seguridad, la única verdad de todo el artículo.

Marian se extrañó que Andy se mostrara tan cariñoso y poco temeroso de que pudieran sorprenderles. Cuando ella, por precaución, intentó separarse, él volvió a tirar de ella para sí, hasta que alcanzó sus labios.

—¡Mmmm! Esta noche te he echado mucho de menos. Me siento tremendamente solo en mi cama sin ti.

A Marian le encantaba escuchar cosas como esa.

—Bueno, si me invitas a comer, puede que te haga un sitio en mi cama esta noche.

—Acepto —afirmó rápidamente Andy—. Pero tienes que permitirme llevar un invitado.

—¿A mi cama?

—No, tonta —exclamó alarmado—, a la comida. He quedado con Héctor.

Marian rio divertida ante el estado de alerta de Andy y este se dio cuenta de que ella le estaba tomando el pelo.

—¡Serás descarada! Por un momento temí que estuvieras dispuesta a compartir tu lecho con más gente.

Marian continuó riendo a carcajadas.

Andy pellizcaba las costillas de Marian cuando Héctor, como siempre, abrió la puerta sin llamar.

—Lo siento —se disculpó sin el más mínimo atisbo de arrepentimiento—, no logro acostumbrarme a llamar antes de entrar. Por cierto, las risas se oyen desde el otro lado del pasillo.

Marian intentó levantarse, pero Andy rodeó su cintura con el brazo y la sujetó para que continuara sobre sus rodillas. Parecía resignado a que todos conocieran ya su relación y a ella, a decir verdad, eso le hacía sentirse más feliz todavía.

—¿En qué ocupabais vuestro tiempo? —inquirió Héctor sentándose frente a ellos.

—Marian se mostraba algo reacia a que nos acompañaras a comer. Intentaba convencerla —afirmó Andy muy serio.

Héctor que, por supuesto, no le creyó, miró a Marian acusadoramente.

—¡Es falso! —se defendió esta.

Ninguno de los hermanos cambió de expresión y ella se vio en la necesidad de seguir defendiéndose a sí misma.

—Yo no he dicho nada parecido. Al contrario, me alegro.

—¿Te alegras de que no comamos solos? —recriminó ahora muy ofendido Andy.

—No es eso, quería decir...

Héctor apoyó los codos en la mesa y aproximó todo su cuerpo para hacer una confidencia a Andy que también echado hacia delante le escuchaba intentando dejar a un lado a la azorada Marian.

—¿Sabes una cosa, hermano? Creo que esta mujer no te conviene. Está jugando con los dos, sin ningún pudor.

Marian se dio cuenta de que estaba siendo víctima de una nueva broma de ambos y se levantó dispuesta a marcharse.

—Está bien, me habéis descubierto. Creo que será mejor que me vaya.

Andy, atento como estaba, se levantó rápidamente y consiguió sujetarla por el brazo, atrayéndola de nuevo hacia él.

—Yo estoy dispuesto a correr el riesgo.

Andy volvió a sorprenderla cuando sin ningún reparo, la besó abiertamente en los labios.

Héctor los observó en silencio.

—Espero una llamada —anunció Andy después del cálido beso—. ¿Por qué no os adelantáis vosotros?

—¡Ah, sí es eso lo que quieres! —respondió ella con rostro angelical.

—Confió plenamente en ti —afirmó muy serio Andy, antes de volver a besarla.

—En ese caso, intentaré resistir la tentación de escapar con un hombre mucho más joven que tú.

Andy abrió la americana y apoyó las manos sobre las caderas, agachando la cabeza mientras sonreía.

—¿Solo te importa la edad en un hombre?

Marian que ya había echado a andar regresó sobre sus pasos e hincando su dedo índice en la camisa de Andy, a la altura del corazón, respondió:

—No, por suerte para ti.

Andy la vio bordear la mesa y tomar al paso la mano de Héctor y sintió un irresistible deseo de olvidar la maldita llamada y salir tras ellos.

A Héctor le gustaba aquella mujer desde el primer día que la vio y más cuando supo que había conseguido cautivar al imperturbable de su hermano mayor. Era el contrapunto perfecto para él. Le proporcionaba ese tanto por ciento de locura y debilidad que todo ser humano debería tener. A su hermano mayor, las circunstancias le habían convertido en un hombre demasiado serio y responsable. Héctor estaba seguro que Marian producía en él el mismo efecto y drogodependencia de un alucinógeno y, por paradójico que resultara, en este caso, el efecto era positivo, todos en casa lo habían notado.

Marian le sonreía con un brillo muy especial en los ojos.

A ella, desde el primer día, le había gustado esa mirada pícaro de Héctor y su irresistible y seductor parloteo.

Para hacer tiempo hasta que Andy llegara, habían pedido unos Martini que el camarero acababa de servir. En cuanto este se alejó, Héctor cruzó sus brazos sobre la mesa y preguntó sin rodeos:

—Bueno, dime ¿Cómo te ha tratado mi hermano?

Si Héctor hubiera querido saber cómo le trataba habitualmente habría preguntado cómo te trata mi hermano. Héctor estaba interesado en saber cómo le habría tratado concretamente ese fin de semana. Marian así lo interpretó y deseosa como estaba de contárselo a alguien no tuvo pudor en confesar lo satisfactoria que había sido su experiencia.

—Maravillosamente —contestó escueta pero expresivamente.

Héctor, que no pensaba obtener respuesta, sonrió sorprendido y halagado por la confianza demostrada.

—Me alegro —respondió abandonando todo deje de broma.

—No podía ser de otra forma.

—No, supongo que no —respondió sinceramente—. Espero que, si alguna vez eso cambia, me lo comuniqués rápidamente. Me encargaré de meterle yo mismo en vereda.

Marian no pudo resistir el impulso de besar a Héctor y alcanzó su mejilla antes de que este se diera cuenta.

—¡Dios mío! —exclamó este mirando hacia la puerta—. ¿Quieres que mi hermano me mate en un ataque de celos?

Marian rio divertida ante la interpretación dramática.

—No se te ocurra volver a hacer algo así ¿entendido?

Marian ocultó la sonrisa tras la copa.

Andy apareció en la puerta en ese mismo instante.

—Ves de la que nos hemos librado.

Marian no pudo evitar volver a reír.

Héctor abandonó su tono melodramático y más serio de lo que solía hablar siempre, confesó a Marian, antes de que su hermano pudiera oírle.

—Estoy encantado de que formes parte de mi familia y espero, como cualquier hermano, que cuentes conmigo para lo que necesites.

Marian volvió a besar la mejilla de Héctor, esta vez con Andy a muy pocos metros. Este no supo qué había ocurrido, ni preguntó, pero le encantaba ver lo bien que Marian estaba congeniando con los suyos.

## CAPÍTULO 26

Claudia discutía acalorada con su imperturbable hermano mayor, para el que, al parecer, el tema de la conversación no era tan relevante como para su adolescente hermana.

—Lo siento —se disculpó Marian al entrar—, creía que estabas solo, esperaré en el salón.

—No Marian, pasa por favor —suplicó Claudia, tomándola de la mano—. Necesito ayuda.

—Eso es —afirmó a su vez Andy—, necesito tu ayuda.

Marian se encogió de hombros y respondió:

—Está bien, intentaré ser un juez justo e imparcial.

Claudia puso en antecedentes a Marian lo mejor que pudo, mientras Andy escuchaba serenamente, sentado en su sillón.

—Lleva toda la vida diciéndome que cuando tuviera dieciocho años, me dejaría asistir al baile benéfico de la fundación Sande. Pues bien, ya tengo los años marcados y ahora no me deja ir.

—Yo no he dicho eso —intervino pausadamente Andy—. Solo he dicho que cabe la posibilidad de que utilice yo la invitación.

A Claudia ese tono de superioridad de su hermano aún la irritaba más.

—Nunca has aceptado la invitación y justo este año se te antoja ir.

—Este año tengo a alguien muy especial con quien ir.

Marian le miró y sintió como su mirada traspasaba la habitación como si fuera un rayo láser y alcanzaba su corazón de pleno.

Claudia respiró profundamente, intentando retomar pausadamente el hilo de la conversación.

—Bueno, está bien, vamos a ir aclarando puntos. Marian, ¿tú quieres ir al baile?

Marian se vio en un compromiso. Por supuesto que quería ir, había soñado toda su vida con ser invitada a esa recepción, pocos eran los agraciados, pero si eso era motivo de discordia entre los dos hermanos, podría soportar no asistir un año más.

—Yo no quiero ser motivo de disputa. Puedo pasar sin ir.

—Si tú no vas, yo no voy y ella sola, evidentemente, no puede ir.

Andy empleaba un tono de niño malcriado, mientras balanceaba su sillón de un lado a otro. Parecía no tomar muy en serio el tema y, siendo algo referente a Claudia, era muy extraño. Eso hizo sospechar a Marian, que Andy ya tenía el asunto solucionado y solo jugaba con la benjamina.

—No tengo porque ir sola, Héctor regresa de Milán el sábado, seguro que no le importa acompañarme.

—La invitación es para mí y mi acompañante —recordó Andy.

—Pero sabes que, si pidieras otra, tu amigo Daniel te la enviaría con gusto.

—Bueno —inquirió Marian—, ¿cuál es el problema entonces?

Las dos mujeres observaron al impertérrito Andy que, tras unos segundos de silencio respondió:

—Que yo no estoy dispuesto a pedir ningún trato especial.

Claudia miró desesperada a Marian y esta, guiñándole un ojo, exclamó:

—Bueno, pues habrá que hacerte cambiar de opinión.

Hizo una seña a Claudia para que se acercara a su hermano y ella hizo lo propio. Como si de una sola mente se tratara, ambas empezaron a suplicar y hacer zalamerías al ya no tan imperturbable de Andy.

Un par de minutos más tarde, Andy cedió encantado a las súplicas y Claudia después de abrazar y besar a ambos salió como una exhalación del despacho, en busca de su madre.

—Hacía tiempo que no la veía tan feliz —comentó Andy sonriente.

—Entonces ¿por qué la has hecho sufrir de esa manera?

—Reconócelo, si hubiera cedido a la primera, no le habría hecho la mitad de ilusión. ¡Las mujeres sois así!

Marian intentó golpearlo, pero él la esquivó y la atrapó entre sus brazos.

—¡Eres maquiavélico!

—Solo intento hacer más felices a los que quiero —se defendió risueño Andy.

—¿Ah sí...? Y ¿qué haces con los que odias?

—Será mejor que nunca lo sepas —respondió diabólicamente.

Los dos rieron a carcajadas.

—¿Quieres ir a esa fiesta?

—Solo si tú quieres acompañarme —respondió sinceramente Andy.

—¿Bromeas...? Recibir una invitación para esa velada es el sueño de toda mujer.

Andy la abrazó por la cintura y respondió:

—Pues aquí estoy yo para hacer todos tus sueños realidad.

Marian entonces todavía no sabía hasta qué punto aquella afirmación era cierta, pero no tardaría mucho en descubrirlo.

## CAPÍTULO 27

La noche del baile llegó mucho antes de lo que Andy hubiera deseado. No se dio cuenta de lo poco que le apetecía ir hasta que no estuvo enfundado en su esmoquin. Como había prometido, pidió otras dos invitaciones para Claudia y Héctor a “su amigo Daniel”.

¡Su amigo Daniel! Mientras colocaba su pajarita, recordó la última vez que le vio. Ambos, como todos los años, se habían inscrito en el torneo de tenis anual que su club organizaba. Pero aquel año era diferente, al menos para Andy. Hacía diez meses que su padre había muerto y la economía familiar empezaba a sufrir los primeros reveses. Andy había pagado todas las cuotas y solo quedaba por abonar la última. La situación familiar era tan crítica que Andy, aunque disponía del dinero, no quiso gastarlo en eso. Supuso que conociendo a Daniel como le conocía desde la infancia, no le importaría pagar su cuota. Él lo habría hecho en su lugar. Daniel pareció sorprendido por su petición y muy sutilmente comenzó a poner mil excusas. Andy no le había dejado terminar. Se había dado la media vuelta y nunca más había pisado el club, ni había vuelto a ver a Daniel. Debió de haber tenido en cuenta que siendo Daniel su rival más directo, este aprovecharía la oportunidad para quitarle de en medio.

Volvió a sentir otro aguijón cuando lo localizó entre la comitiva de bienvenida a la entrada del lujoso hotel. Y el dolor fue insoportable, cuando le vio clavar sus libidinosos ojos en el cuerpo de Marian. Esta, enseguida apreció la tirantez que existía entre los dos hombres y buscó a su incondicional Héctor para pedir información. Cuando supo lo ocurrido entre ambos, evitó en lo posible volver a toparse con Daniel.

Por el contrario, este sabiendo lo importante que ella era para su viejo amigo, siguió rondándola toda la noche. Pensó que, si se la arrebatara, aunque solo fuera por unas horas, podría anotarse un nuevo triunfo. Ambicioso y sin escrúpulos como era, la tentación de volver a ganar a Andy, esta vez fuera de la cancha, le pareció irresistible y se lanzó a la ardua tarea, sin comprender que en esta ocasión tenía los elementos en su contra.

Marian aceptó su última oferta para bailar con ella, con el único propósito de lo más sutil y educadamente posible, mandarle a freír gárgaras.

Andy volvió a verla recorrer la pista de baile en brazos de Daniel y supo que no podría soportarlo ni un segundo más. Héctor, que desde que Marian le había puesto sobre aviso, no le perdía de vista, rio divertido al verle posar su copa y entrar decidido en la pista.

—¡Bravo hermanito! —exclamó Héctor al tiempo que Andy se alejaba—. Empezaba a creer que tenías la sangre helada.

Marian lo vio venir de frente, directo a ellos y supo que su agradable velada iba a llegar a su fin si no hacía algo para evitarlo.

—¡Andy! —exclamó antes de que él tomara la palabra—, ahora mismo hablábamos de ti. Daniel me decía...

Aunque habían interrumpido su danza, Daniel seguía sujetándola por la cintura, así que Andy no se dejó amedrentar y cortó a Marian para decir él lo que había venido a decir.

—Perdona cariño, seguro que era muy interesante lo que Daniel decía, pero tenemos que marcharnos ya.

Andy la tomó de la mano y se dispuso a alejarse con su pareja, pero Daniel les retuvo.

—Ni hablar. Me niego. —afirmó jocoso Daniel—. He descubierto esta noche la octava maravilla del mundo y exijo mi derecho a contemplarla —añadió en tono teatral.

Andy se situó frente a él y sin que su tono dejara lugar a dudas de que no bromeaba, respondió:

—Lo siento, pero esta maravilla es de propiedad privada y solo yo tengo derecho a contemplarla.

Marian sintió un fuerte tirón y se vio volando a través del gran salón rumbo a la puerta.

Andy se detuvo un instante ante Claudia y Héctor. El tiempo justo para despedirse.

—Nosotros nos vamos ya, vosotros podéis quedaros si queréis.

No dio opción a ver si decidían acompañarles. De nuevo Marian tuvo que correr para no quedarse atrás.

Andy la ayudó a entrar en el coche y arrancó sin pronunciar palabra.

Enfiló rumbo a casa de Marian y siguieron en silencio.

Andy intentaba serenarse. Marian analizaba las últimas palabras de Andy, intentando decidir si debía de sentirse halagada u ofendida.

Sin previo aviso, Andy acercó el coche a la acera y se detuvo. Paró el motor y siguió en silencio. Unos segundos después descargó un manotazo sobre el inocente volante que lo aceptó con un leve crujido.

—¿Estás bien? —preguntó Andy mirando al frente.

—¿Quieres decir si sigo teniendo el brazo en su sitio? Sí, creo que sí.

Andy apoyó la frente sobre el volante. Una vez recuperada la calma, casi sentía vergüenza.

—Lo siento —se disculpó—, no pude contenerme.

A Marian se le partió el corazón al verle tan angustiado. Estiró la mano y hundió los dedos entre sus cabellos.

—¿Tan amenazado te sentiste que tuviste que demostrar lo macho que eras?

—Perdona. No quise ofenderte. Cuando le vi con los dientes afilados no pude evitar arrancarte de sus garras.

Andy se echó hacia atrás y Marian apoyó la cabeza sobre su pecho. Al instante sintió los brazos de Andy rodeándola.

—¿No me crees capaz de distinguir las intenciones de la gente?

—Sí. Creo que soy yo el que no soy capaz de distinguir ya nada.

Marian levantó la cara para mirarle.

—¿Tú? ¿Perdiendo el rumbo? ¡Imposible!

Andy sonrió extrañado de su convencimiento.

—Tú me has hecho perderlo todo.

Andy volvió a abrazarla fuertemente. Apoyó la barbilla sobre la cabeza de Marian y rio socarrón al recordar las palabras que le había escupido a Daniel.

—¡Dios mío! ¿Cómo he podido decir esa estupidez?

Andy repitió sus propias palabras con tono crítico.

—“Esta maravilla es particular y solo yo tengo derecho a contemplarla”.

Los dos rieron relajados después de la tensión.

—¿Sabes? En ese momento, sentía lo que estaba diciendo. Me sentía con todos los derechos sobre ti y eso es algo que solo tú puedes decidir.

—Es cierto —corroboró Marian—. Y ¿Sabes una cosa?, desde este momento tú tienes la

exclusiva.

Andy comprendió lo estúpido de su comportamiento. Podía dudar de las intenciones de Daniel, pero ¿cómo dudar de Marian? La besó con más pasión que nunca. Acarició el rostro de Marian y su voz profunda la atravesó cuando afirmó de nuevo muy seguro de sí mismo.

—Quiero sentir tu piel sobre mi piel. Deseo acariciarte y besarte en los lugares más recónditos de tu cuerpo. Quiero hacerte mía y necesito hacerlo ahora.

Marian sonrió plena de placer y musitó embelesada.

—¿Y qué haces aquí parado? Vamos a casa.

Andy sonrió satisfecho con su respuesta.

## CAPÍTULO 28

Andy se levantó temprano. Debía de pasar por casa a cambiarse de ropa antes de ir a la oficina. A Marian le despertó el olor a café que venía de su cocina. Se puso la bata y siguió el rastro oloroso.

Andy bebía un sorbo cuando la vio aparecer en el quicio.

Rápidamente posó su taza y salió a su encuentro.

—¿Por qué sales descalza? —renegó tiernamente, levantándola en el aire y acomodándola sobre el fogón—, te vas a enfriar.

Marian adormilada, aceptó de buen grado el beso que Andy le dio.

—Es muy temprano. Volvamos a la cama.

—Quiero deshacerme de este esmoquin cuanto antes. Me delata a gritos.

Marian se fijó por primera vez en su aspecto y tuvo que reconocer que teniendo en cuenta la hora, su aspecto resultaba al menos gracioso.

—Está bien —aceptó benevolente.

Andy bebió otro sorbo y quejosamente masajeó su cuello.

—Esta miniatura de cama tuya me va a matar. Tengo que dormir plegado.

Marian le obligó a volverse de espaldas y desde su posición le masajeó el cuello.

—Lo siento. No puedo estirla, no hay solución.

—Sí que la hay —afirmó Andy—. Podemos dormir en otra cama.

Andy se giró para verle la cara.

Marian abrió la boca exageradamente.

—No querrás que vayamos a tu casa.

—No, es muy probable que alguna noche nos encontráramos a Héctor bajo la cama.

Marian rio imaginándolo.

—¿Entonces? —preguntó dubitativa.

Andy se acercó a ella hasta que sus vientres estuvieron pegados. En ese momento quería ejercer sobre ella toda la influencia que pudiera. Lo llevaba pensando unas semanas y la noche pasada lo había decidido.

—Suprimamos todas las estúpidas paradas nupciales. Vivamos juntos. Quiero despertarme el resto de mis días y sentir que tú estás a mi lado. Quiero desayunar contigo todas las mañanas. Quiero dejar de tener que entrar a hurtadillas en casa para cambiarme de ropa. No quiero inventar más excusas para verte. Quiero tenerte a mi lado siempre. De noche y de día, el resto de mi vida.

Andy había tomado el rostro de Marian entre sus manos para asegurarse de que le prestaba toda la atención que el momento merecía. Ahora limpiaba con sus pulgares las lágrimas que resbalaban por el rostro de la sorprendida y feliz Marian.

—Supongo que esto es lo más parecido a una petición de mano que voy a conseguir arrancarte.

Andy sonrió aliviado de no tener que sostener con ella una larga discusión sobre los pros y los contras de la institución del matrimonio.

—Conservo un ático en el centro. Pensé venderlo, pero ahora me alegro de no haberlo hecho.

Creo que es el sitio perfecto, pero tú decides. Dejaré recado en recepción para que te den las llaves. Te pasas, y le echas un vistazo. Si no te gusta buscamos otra cosa.

Marian se dio cuenta de que Andy no daba opción a si quería o no vivir con él. Eso estaba decidido. Lo único que estaba ahora en juego era si vivían o no en aquel ático.

—¿De acuerdo? —le escuchó preguntar.

Marian que todavía no podía creer lo que estaba en juego, afirmó:

—No pensé que mi cama pudiera desencadenar todo esto, habría puesto más atención al comprarla.

Andy volvió a besarla.

—Sé que ha sido algo repentino. No quiero meterte prisa, pero cuanto más lo pienso, más seguro estoy que es lo correcto y más ansioso estoy por llevarlo a la práctica. Pero por eso no te sientas forzada a nada. ¿Vale?

No esperó respuesta. Volvió a besarla y abandonó sigilosamente el apartamento.

Cuando Marian llegó a su oficina, Elena, como todas las mañanas, le pasó los avisos. Ese día, solo había uno.

—Andy llamó para dar esta dirección —informó Elena, entregando una nota—, dijo que tú sabías lo que era y que podías ir cuando quisieras a lo largo de la mañana.

Marian sonrió. La estaba coaccionando. Cuando quisiera, pero dentro de la mañana. No concedía mucho tiempo.

—No hay posibilidades de que me cuentes de qué se trata, ¿verdad? —interrogó Elena curiosa.

—No, al menos de momento.

Elena no insistió.

Marian, a solas en su despacho, sintió vergüenza por primera vez. A ella le hubiera gustado proclamar a los cuatro vientos que Andy la amaba y quería casarse con ella. En lugar de eso iba a abandonar su apartamento para irse a vivir con él clandestinamente. Sin petición de mano, sin suntuosa boda y sin inolvidable luna de miel. Y, a pesar de todo eso, a pesar de que uno de sus mayores sueños de adolescente estaba a punto de irse al traste, seguramente era una de las mujeres más felices del mundo. Aquella mañana, el hombre que amaba, acababa de confesarle que quería despertarse con ella a su lado el resto de su vida. Ningún sueño podía igualar aquella realidad.

Marian acudió a la dirección a última hora de la mañana. En un primer momento creyó que Elena se había equivocado al ver que la dirección correspondía a un hotel. Luego pensándolo mejor, no le pareció tan extraño. En la nota Elena había anotado el nombre del que ella creyó sería el portero, pero que resultó ser el director del hotel.

—El señor Sorbesa llamó a primera hora de la mañana para avisarnos que vendría. Llevaba cerrado mucho tiempo, el señor no viene nunca. Espero que todo esté a su gusto.

—No se preocupe, seguro que sí.

El director la acompañó hasta el ascensor, le entregó una gruesa llave y señaló el lugar donde debía introducirla.

—Gírela cuando las puertas se cierren. La llevará directo al ático.

En efecto, las puertas se cerraron y poco segundos después, se abrieron para dejar ante sus ojos un amplio y lujoso recibidor. Marian abandonó el ascensor con pasos temerosos. No esperaba nada parecido. Ante ella tenía un amplio salón rectangular, con suelo de mármol y amplísimos ventanales que daban a una terraza con unas vistas espléndidas de gran parte de la ciudad.

Acarició el sofá negro de piel y paseó el dedo sobre la mesa de cristal ahumado. Ni una mota de polvo. Habían trabajado deprisa. Marian siguió con la inspección. Una cocina mucho más amplia que la suya la esperaba a la derecha del salón. Decorada mezclando colores fuertes y oscuros le daba un aire moderno y sobre todo masculino. Al accionar el interruptor de la luz todo tomó forma y descubrió una nueva dimensión del diseño, aplicada a zonas del hogar donde casi nunca se utiliza.

Creyó que nada podría gustarle más que aquella cocina, pero rectificó cuando vio el baño con la hermosa bañera circular en uno de sus lados y tuvo que volver a rectificar cuando abrió las puertas correderas del dormitorio y una grandiosa cama de matrimonio le salió al encuentro.

El sigiloso sonido telefónico la sacó de su abstracción. Descolgó el auricular tímidamente.

—¿Sí...?

—¿Y bien? ¿Qué me dices?

Marian se sentó sobre la cama y soltó una carcajada.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Es que tienes cámaras ocultas? ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Dejé recado de que me avisaran en cuanto llegaras. Llevo toda la mañana sin salir del despacho esperando la llamada. Empezaba a pensar que no ibas a ir.

—Pues he venido.

—Y ¿qué te parece? Lo decoré yo. ¿Te gusta? Puedes cambiar lo que quieras si eso te hace feliz.

—¿Bromeas? Todo es perfecto. Masculino pero perfecto.

—¿Lo dices en serio? De verdad que no me ofendo si quieres cambiar algo.

—No me atrevería a cambiar nada. Rompería la armonía. Es perfecto así.

Marian sintió una profunda respiración que traspasó el hilo telefónico y la rozó la mejilla.

—Bien, entonces, solo nos queda decidir cuándo nos mudamos. Puedo pasar a recogerte y lo discutimos mientras comemos juntos.

Ahora fue Marian la que dejó escapar un suspiro.

—Si te das prisa, tal vez podamos probar la cama antes de comer. No me gustaría tomarme la molestia de mudarme para que sigas teniendo el mismo problema que en la mía.

La respuesta de Andy no se hizo esperar.

—Salgo para allí ahora mismo. No te muevas de donde estás.

Andy la escuchó reír a carcajadas antes de colgar.

## CAPÍTULO 29

Los días, como siempre que se es feliz, pasaban deprisa. La convivencia era excelente. Disponían de mucho más tiempo juntos al no tener que vagar de un lado a otro para verse. En cuanto salían de trabajar, corrían a su refugio particular. Pasaban todo su tiempo libre juntos, sin por ello descuidar a sus respectivas familias y amigos.

Andy llevaba unos días quedándose en la oficina hasta tarde. Todos los años, al final de la temporada, la empresa celebraba una pequeña recepción para empleados y clientes habituales. Nada extraordinario, pero Andy en persona tenía la costumbre de encargarse de todo. Si era una fiesta para sus empleados, tampoco le parecía ético que fueran ellos los que la organizaran.

Solo faltaban dos días y Andy estaba teniendo más problemas que de costumbre. Tampoco era tarea que le gustara, así que los contratiempos y su mala disposición hacían que su humor empeorara por momentos. Solo cuando vio entrar a Marian se le abrió el cielo.

—¡Hola!, ¿Cómo vas?

—Fatal. Estoy harto de la maldita fiesta. A este paso es el último año que la organizo.

—No digas eso, sabes que no lo vas a hacer —rectificó Marian dedicándole una carantoña.

Andy la abrazó y hundió el rostro en sus cabellos para aspirar su aroma.

—A ver. Cuéntame. ¿Qué te ocurre? —inquirió Marian comprensiva.

—Querrás decir que no me ocurre. Todo está mal. La floristería no ha pasado, el proveedor del marisco dice que tiene el camión retenido en no sé dónde, los del catering...

Marian le tapó la boca con la mano y Andy expiró alterado.

—Bueno, calma. Me hago una idea.

Marian le dejó unos segundos para que se calmara y luego con los ojos centelleantes hizo su propuesta.

—¿Qué estarías dispuesto a pagar si te relevo de todo servicio y me ocupo yo de todo?

Andy la observó gratamente sorprendido.

—¿Podrías?

—Lo he hecho para algunos clientes —aseguró Marian dando la espalda a Andy, mientras estiraba la mano derecha para observar con detalle la manicura de sus uñas.

—¿Lo harías por mí? —inquirió Andy besándole el cuello sutilmente.

—Tal vez —afirmó Marian sin dejar de examinar distraídamente sus dedos.

—Por favor —suplicó Andy abrazándola por la cintura—. Por favor —volvió a suplicar con voz profunda, capturando uno de los pechos de Marian con su mano.

Marian se giró satisfecha con el ruego.

—Muy bien, lo haré. Pero solo porque se trata de ti.

Andy, aliviado de su carga la besó efusivamente.

—Te lo agradeceré eternamente. Toma, esta es la carpeta con todo lo que tengo y lo que no tengo localizado.

Andy le puso una carpeta en las manos y sin más explicaciones se colocó la americana y se dirigió hacia la puerta.

—¿Dónde vas? —inquirió extrañada Marian.

—A respirar aire puro, llevo demasiados días asfixiado con este tema. La madre de Carlos me ha llamado. Quiere que le eche un rapapolvo y le ponga firme. Últimamente está un poco desmandado.

—Vaya, ¿Tú eres el encargado de hacerle volver al redil?

—Sí. Se me da muy bien echar broncas. Todos me temen.

—¿Todos?

—Bueno, casi todos.

Andy le lanzó un beso y añadió sonriente:

—Puedes usar mi despacho todo el tiempo que necesites. Nos veremos en casa. Que te vaya bien.

Marian, utilizando sus propios contactos, consiguió que la fiesta resultara perfecta. Todos se dieron cuenta que en la organización había intervenido una mano femenina.

Andy insistió en que acudieran a la fiesta los colaboradores de Marian, y todos juntos, como una gran familia, disfrutaron de la buena música, la excelente comida y la espléndida compañía.

Andy, liberado de su lastre organizativo, disfrutó más que nunca. Recorrió sonriente los distintos grupos y bromeó con todos distendidamente. Pero, aun así, no le pasó desapercibido el rostro de Marian. Le pareció contrariada y aunque sonreía a cada momento, instruyó que la embargaba la tristeza.

La abordó un par de veces, pero ella insistió en que todo iba bien y no debía preocuparse por nada. La vio hablando con Elena, semi escondida en un rincón y utilizando sus dotes de persuasión, consiguió hacer confesar a Elena poco después y entonces comprendió el alcance del malestar de su querida Marian.

En todas las reuniones sociales siempre hay alguien que hace un comentario fuera de lugar y esta vez fue Marian la que tuvo que soportarlo.

Andy podía imaginar lo mal que se había sentido al escuchar cómo, despectivamente, se referían a ella como la que vivía con “el jefe”.

Andy sabía lo mucho que Marian deseaba casarse por la iglesia. Recordaba una noche en la que cada uno había expuesto algún deseo de la adolescencia y Marian había relatado, con todo lujo de detalles, como imaginaba ella su boda.

En aquella fiesta, viéndola sonreír, herida como estaba, decidió que nunca más se volvería a sentir humillada por ese motivo. En aquel instante, decidió que Marian tendría la boda de sus sueños si con eso la hacía feliz.

## CAPÍTULO 30

Marian estuvo cabizbaja unos días. Andy le preguntó varias veces el motivo, pero ella no quiso agobiarle con sus tonterías. No quería que se viera obligado a hacer nada que él no quisiera hacer y sabía que, si descubría lo mucho que le había herido aquel comentario de la fiesta, querría casarse solo por darle gusto.

Las cosas no mejoraron para Marian. Desde la fiesta, todo fue de mal en peor. Creía que había superado aquel comentario estúpido, pero lo cierto es que cada día estaba más deprimida y preocupada. Andy seguía siendo cariñoso con ella, pero le sentía distante. Tuvo que viajar varios días y cuando estaba en la ciudad, casi nunca comían juntos.

Recurrió a los suyos, pero hasta su abuela se puso del lado de Andy, aludiendo que se comportaba como una colegiala. En toda relación había altos y bajos, pero ella creía que en la suya nunca ocurriría. Sabía que Andy seguía amándola, por eso no entendía ese distanciamiento. Hasta sus padres, que en un principio no vieron con buenos ojos eso de que se fueran a vivir juntos, ahora estaban entusiasmados con Andy y le creían un hombre serio y responsable.

Un sábado en el que Andy tuvo que salir de forma imprevista de la ciudad, se acercó hasta la casa de los Sorbesa, buscando un hombro en el que apoyarse. Pablo se había instalado ya definitivamente en la costa y eran pocos los fines de semana que regresaba a casa y Héctor estaba en Roma en una presentación de una casa de modas. Solo encontró a Esther y Claudia que, al menos le permitieron acompañarla en su recorrido por las tiendas del centro. Insistieron que se probara vestidos de novia sin saber que ese era el motivo de su tristeza. No quiso decirles nada y accedió para no disgustarlas, aunque el alma se le partió en dos cuando se vio ante el espejo, sabiendo que ella nunca podría lucir un traje de esos en público.

A Andy le estaba costando mucho guardar el secreto y organizar todo sin la ayuda de Marian, pero quería que fuera una sorpresa.

Aunque se hizo el distraído recordaba palabra por palabra la descripción que Marian le había hecho de su boda de ensueño y, aunque le costara, iba a reproducirla milímetro a milímetro.

Pidió ayuda y sobre todo discreción a todo el mundo. Los suyos se mostraron incondicionales. Esther y su hermana, incluso habían conseguido engañarla para que se probara algún vestido. Sabiendo sus medidas exactas, iba a ser mucho más fácil conseguir el traje de novia. Héctor le prometió el sequito de damas de honor con las mujeres más bellas del país. Pablo se ocupó de enviar las invitaciones y recabar personalmente las respuestas. Pero donde más apoyo encontró fue sin duda, en la familia de Marian. Sus padres se emocionaron y su abuela le proporcionó algunas ideas claves y detalles personales que estaba segura encantarían a Marian. Elena, siguiendo sus indicaciones, se encargó de la luna de miel. Carlos y el padre Miguel, una vez que él les proporcionó la ubicación de la capilla, se encargaron de todo el papeleo con la iglesia.

Cada día que pasaba estaba más satisfecho de los resultados. Hubo de marcarse así mismo una barrera protectora contra Marian. Si se permitía traspasarla, temía que fuera él mismo el que desvelara su plan, después de lo mucho que había insistido a todos para que no hubiera fugas informativas.

Sabía que Marian lo estaba pasando mal, pero no más que él, que deseaba abrazarla con todas sus fuerzas y no se atrevía.

Aquella noche cuando regresó de su viaje, después de haber supervisado en persona todos los preparativos de la iglesia, el salón para la recepción, la orquesta y las flores, estaba más entusiasmado que nunca. Cuando vio a Marian tan decaída sucumbió a sus propios deseos y terminaron desnudos sobre la cama.

## CAPÍTULO 31

Marian volvió a decepcionarse cuando el viernes siguiente, Andy volvió a informarla de que saldría de viaje de nuevo ese fin de semana. Había pensado que habían superado la crisis cuando noches atrás Andy la había tomado en sus brazos y habían hecho el amor tan desenfrenadamente como al principio. Ahora estaba otra vez llena de dudas y preocupaciones. ¿Por qué Andy se alejaba de ella de ese modo? Si podía tener dudas de su amor, todas habían desaparecido con la demostración de esa noche. Entonces, ¿por qué?

Andy, el viernes, a la salida del trabajo, viajó hasta el hotelito donde pasarían su noche de bodas. El día siguiente era el gran día. Por fin, todo estaba preparado. Quiso comprobarlo todo una vez más. Nada podía fallar. Su familia y la de Marian y parte de los invitados, ocupaban ya algunas de las habitaciones del hotel. La ceremonia sería a las doce y algunos invitados que venían desde lejos, prefirieron pasar allí ya la noche anterior. Cuando hubiera revisado todo, llamaría a Marian para el último acto de la farsa.

Dentro de su infierno particular, a Marian le alegró escuchar la voz de Andy. No lo veía desde por la mañana. Había salido de viaje directo desde la oficina, sin pasar por casa. Su voz sonaba sensual y dulce como antes, como siempre.

Al parecer Andy se había dejado una carpeta con documentos en casa que necesitaba para continuar con las conversaciones.

—¿Te importa acercármela mañana?

—Por supuesto que no. Si quieres puedo llevártela ahora.

—No, no quiero que viajes de noche. Ya es muy tarde y no conoces la carretera. Ven mañana, pero la necesito aquí antes de las nueve.

—No te preocupes la tendrás.

Se hizo un silencio inmenso que a Marian le partió el alma. ¿Era posible que ya no tuvieran nada que decirse? Se alivió cuando Andy habló de nuevo.

—¿Te he dicho lo mucho que te quiero?

Marian respiró profundamente. Por fin una palabra amable.

—Últimamente no demasiado —respondió quejosamente.

—Mañana te lo repetiré frente a frente y si tú quieres, más tarde, te lo demostraré con hechos. ¡Dios mío!, pensó Marian, ¿y por qué no ahora? ¿Por qué no me dejas ir ahora y me lo demuestras?

La voz de Andy volvió a sonar distante al despedirse.

—Bueno, te dejo descansar. Mañana tienes que madrugar y te espera un día muy largo. Hasta mañana.

Marian mantuvo descolgado el auricular con la esperanza de que Andy volviera a hablar. Lo mantuvo junto a su pecho, intentando retenerle a su lado, pero al fin tuvo que darse por vencida y colgar.

Las palabras de Andy la habían colmado de deseo y ahora debía de pasar la noche sola en aquella inmensa y desértica cama.

No iba a poder dormirse. Necesitaba hablar con alguien. Llamó a Elena, pero había un

mensaje en el contestador de que no volvería hasta el domingo. Le extrañó que no le hubiera comentado nada al despedirse esa tarde. Lo intentó con un par de amigos más, pero tuvo la misma suerte. Sus padres y su abuela pasaban el fin de semana con otros parientes, fuera de casa, así que no lo intentó. Su incondicional Héctor, con el que había tomado algunas copas en las últimas semanas, seguía en Roma hasta el domingo y no localizó a ningún otro Sorbesa en la casa.

—¡Estampida general! —exclamó en voz alta—. Resignación Marian, mañana será otro día. ¿Quién sabe? Tal vez tu suerte cambie —se dijo así misma, antes de apagar la luz.

## CAPÍTULO 32

Como se había auto pronosticado, le costó horrores dormirse. Al fin, cerca de las dos, lo consiguió.

A la mañana siguiente, con las primeras luces, se levantó y arregló rápidamente. Por nada del mundo quería llegar tarde a la cita con Andy.

Desde luego Andy sabía elegir los parajes perfectos para sus encuentros. Para algo tenía que servirle conocerse, seguramente, todos los hoteles con cierta clase del país. Aquel en particular, era el que Marian habría escogido, por ejemplo, para pasar su noche de bodas, pensó nada más llegar.

—¡Dios mío! —exclamó en voz alta—, me estoy obsesionando con la dichosa boda. He de apartarlo pronto de mi mente si no quiero enloquecer.

Marian dio su nombre en recepción y preguntó por la habitación del señor Sorbesa. El recepcionista le pidió que le facilitara el nombre de pila, como si el hotel estuviera lleno de Sorbesa y, tras consultar el ordenador, le indicó un número de habitación y le proporcionó una llave.

Marian, repiqueteó en la puerta, al tiempo que introducía la llave.

—¿Andy? Ya estoy aquí.

Andy no estaba en la salita que presidía la habitación, pero Marian se asustó al ver a Esther en ella.

—Esther —balbuceó—, ¿qué haces aquí?

Marian aún se sorprendió más cuando vio salir a su madre del cuarto contiguo. Su madre lloriqueaba con un pañuelo en las manos y se abrazó al cuello de su hija, confundiéndola aún más. Abrazó a su madre sin saber muy bien el motivo y volvió a interrogar a Esther.

—¿Qué ocurre?

De pronto una gran duda surgió en su mente.

—¿Le ha pasado algo a Andy?

Esther negó rápidamente.

—No, no, tranquila. No pasa nada, todo está bien.

Marian cada vez estaba más aturdida.

—¿Entonces?

—Tu madre llora de alegría. Se ha emocionado al verte.

Marian separó a su madre para mirarle a la cara.

—Por Dios mamá. Hace dos días que no nos vemos, ¡como si hiciera siglos!

Su madre sonrió secándose las lágrimas y miró a Esther como si su comportamiento fuera lógico.

—¿Por qué no avisa a todos de que ya ha llegado Marian? —propuso Esther serenamente—, yo hablaré con ella, si le parece bien.

La señora Corbet, asintió afirmativamente.

—Sí, será lo mejor, yo no soy capaz de articular palabra.

Sin más, su madre abandonó la estancia. Marian seguía pensando que algo malo había

ocurrido si no ¿por qué no estaba Andy allí y, sin embargo, estaban todos los demás?

—¿Todos? ¿Quién son todos? ¿Quién más está aquí? Y ¿por qué no está Andy?

Esther sonrió y, sin saber por qué, esta vez cuando insistió en que nada malo le había ocurrido a Andy, Marian la creyó.

—Creo que si pasamos a la habitación lo comprenderás todo —sugirió Esther.

Si con eso se aclaraba aquel galimatías, perfecto, pensó Marian. Pero no fue así. Cuando entraron en la habitación y Marian vio un maniquí cubierto con un maravilloso traje de novia, su mente volvió a nublarse.

—¿Quién se casa?

—Tú, si sobrevives a esta locura —respondió Esther sin borrar la sonrisa de su rostro.

Marian no pudo evitar que su boca se abriera y sus piernas se plegaran. Esther le aconsejó que se sentara en la cama para poder explicarle con detalle, la gran sorpresa que Andy le había preparado.

—Mi hijo amenazó con matar al que se le escapara algo que te pusiera sobre aviso. Lleva semanas organizándolo todo. Quería sorprenderte y creo que lo ha conseguido.

Marian seguía con la mirada perdida.

—Sabía que casarte de blanco y por la iglesia era uno de tus sueños de adolescente y ha querido hacerlo realidad. Ha reproducido cada detalle que ha conseguido recopilar de todos los tuyos. Todo el que te conocía antes que él, ha sido interrogado duramente hasta que ha escupido hasta el último gramo de información sobre el tema —bromeó Esther—. Tú juzgarás los resultados.

Esther guardó silencio y observó a Marian. Su cara lo decía todo.

—¿Me estás diciendo que Andy se va a casar conmigo?

—Eso intento comunicarte.

—¿Nos vamos a casar hoy?

—Solo un cataclismo podría evitarlo.

Marian volvió a guardar silencio. Había conseguido controlar los músculos de su rostro y la boca permanecía al fin cerrada, pero ahora sus ojos empezaban a humedecerse.

—¿Dónde está Andy?

—Dos pisos más arriba. Vistiéndose en la habitación de Héctor.

—Tengo que verle. Tengo que hablar con él.

—Ni hablar. No lo permitiré. Es muy supersticioso. Ni siquiera ha querido ver el traje de novia.

Marian empezó a tomar conciencia de lo que estaba a punto de ocurrir y de nuevo no fue capaz de controlar su cuerpo. Comenzó a temblar y tartamudeó y una catarata de lágrimas arrasó sus mejillas.

—Pero ¿cómo voy a casarme así? No estoy arreglada, mi pelo, mi pelo... yo estoy horrible.

Esther rio feliz.

—Todo está bajo control —informó tomándola de las manos—. Tenemos una peluquera a nuestra disposición. Una maquilladora, una manicura y una modista y todo lo que puedas pedir o desear.

Escucharon abrirse la puerta de la suite y al instante los señores Corbet asomaron sonrientes en la habitación.

—¿Cómo te encuentras, hija? —preguntó su padre.

Marian se puso de pie y respiró hondo antes de contestar.

—Estoy como en una nube.

—Pues baja pronto —afirmó su hermana Isabel, que entraba entonces con Lola—, tu príncipe te espera.

—Ese hombre te quiere de verdad —afirmó Lola—. Alguien que esté dispuesto a montar este número por ti, debe amarte con locura.

—Yo ya lo sabía —respondió Marian de corazón—, no necesito ninguna prueba.

Elena consiguió abrirse camino entre los Corbet y llegó hasta Marian, seguida de Claudia.

—Elena, tú también. Esto te costará un mes de suspensión de empleo y sueldo.

—No me importa —afirmó riendo—, ha merecido la pena.

—¡Será mala! —renegó Marian abrazándola.

Claudia esperó ansiosa su turno y cuando Marian la abrazó, confesó:

—Dios mío, no puedes imaginarte lo difícil que ha sido guardar el secreto. A cada momento se me venía a la boca algo referente a la boda y tenía que morderme la lengua.

Todos rieron. En los últimos días, todos, sin excepción, habían tenido esa sensación en más de una ocasión.

—¿Y Héctor y Pablo? —se interesó Marian temiendo que no hubieran regresado de sus respectivos viajes.

—Están con el novio —informó Claudia—. Creo que está histérico.

—Pero ¿es que nadie le ha dicho que Marian ya ha llegado? —se alarmó Esther.

—Sí, creo que desde que lo sabe está más nervioso todavía.

Esther sonrió aliviada.

—Bueno, venga, cada uno a lo suyo —alertó Esther—, que la función va a dar comienzo. Dejemos a Marian que se prepare y nosotros vamos a hacer lo propio.

Al instante la habitación se despejó. Esther fue la última en salir.

—Te dejo unos minutos sola. Ahora aviso para que suba toda la troupe a ayudarte.

Esther la cogió de las manos y ambas se miraron en silencio unos segundos.

—¿Estás bien?

—Creo que sí. Al menos todo lo bien que se puede estar con este nublado encima.

Esther volvió a observarla y con el corazón en la mano hizo una confesión a su futura hija.

—Sabes que quiero a Andy como si fuera mi hijo. Ha sido siempre al que más he consentido. Lo adoro y lo admiro. Siempre estoy de acuerdo con él en sus decisiones y esta vez no es una excepción.

Esther apretó las manos de Marian para dar más énfasis a sus palabras.

—Su elección ha sido perfecta. Sé que eres la mujer ideal para él.

Marian se abrazó a ella agradecida por su incondicional apoyo.

—Bueno, te dejo. Necesitas un poco de tranquilidad. La ceremonia es a las doce. Tienes tiempo de sobra.

Marian se quedó sola, con la mirada perdida en algún punto de la pared.

De pronto todas las revelaciones de los últimos minutos se agolparon en su mente y tuvo que sentarse para no desfallecer. En unos segundos recordó aquel primer día que vio a Andy, ordenando sudoroso las cajas de bebidas en la fiesta del padre Miguel. Recordó su pelea a la puerta de la casa de los guardeses y los repetidos plantones posteriores, cuando todo quedó aclarado. Recordó su maravilloso fin de semana en el hotelito de la carretera y su traslado al ático lleno de momentos especiales. Se sintió aliviada y estúpida de que todas sus divagaciones acerca del amor de Andy por ella, hubieran sido infundadas. Ahora entendía que su alejamiento se había

debido a la precaución y no al aburrimiento.

En aquel mismo instante necesitó ver a Andy. Quería que el mismo le confirmara que todo aquello no era un sueño. La peluquera y el resto de sus colaboradores, estarían a punto de llegar. Tenía que aprovechar ahora, no habría otro momento libre.

Corrió a la puerta y salió disparada rumbo al ascensor. Tuvo suerte y las puertas se abrieron en ese instante. Se introdujo y apretó el botón para subir, pero la potente mano del hombre que bajaba en el ascensor y había salido en ese piso, la sacó del habitáculo, dejándola de nuevo en el pasillo.

—¡Eh! ¿Dónde se supone que vas? —inquirió Héctor sin soltar su muñeca.

—¡Héctor! —exclamó sorprendida—. No te había visto.

—No me extraña. ¿Se puede saber dónde ibas? ¿No estarías huyendo?

—No, voy a ver a Andy —contestó decidida.

—¿A Andy? ¿Estás loca? ¿No sabes que da mala suerte que los novios se vean antes de la boda?

—No creo en esas tonterías.

—Pues tu novio sí —afirmó tajante.

—¿Así que es cierto?

—¿El qué? —preguntó Héctor, aunque sabía perfectamente a qué se refería Marian.

—Todo. Desde que he llegado tengo la impresión de que voy a despertarme en cualquier momento.

—Estás despierta. Puedo pegarte un cachete o darte un pellizco si quieres comprobarlo.

Marian se echó hacia atrás al verle abalanzarse hacia ella.

Un grupo de personas, irrumpió escandalosamente por el otro lado del corredor. Portaban maletines, perchas con ropa colgada, carros llenos de bolsas y paquetes. A una señal del que iba en primer lugar, un botones uniformado, todos se detuvieron ante la puerta de la habitación de Marian y guardaron silencio. El botones repiqueteó en la puerta con los nudillos y esperó respuesta.

Héctor pasó su brazo por encima de los hombros de Marian y afirmó en voz baja.

—Creo que te buscan a ti.

Marian hundió el rostro en el pecho de Héctor y preguntó incrédula.

—¿De verdad es necesario todo esto?

—Bueno para una boda tradicional supongo que no, pero sí para la boda de tus sueños.

Marian levantó la cara y acusó con su dedo índice levantado.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Es la verdad. A partir de ahora sé más cuidadosa con lo que deseas, puede hacerse realidad.

Marian respondió sonriente.

—Está bien, lo tendré en cuenta.

—Bien —asintió Héctor, besándola dulcemente en la frente—, Alteza, será mejor que la acompañe hasta la puerta, antes de que el sequito se impacienta.

Marian tomó conciencia de todo lo que se avecinaba, en los próximos minutos. Se sintió como una marioneta en manos de todas aquellas personas que hacían y deshacían sin pedirla opinión. Cuando casi dos horas más tarde, vio los resultados, no podía creerlo. Todo el torrente de gente, desapareció de repente como habían llegado y de nuevo Marian se quedó sola, mirando la figura que se reflejaba en el espejo, sin poder creer que fuera ella.

## CAPÍTULO 33

Andy paseaba por la habitación haciendo tiempo para la hora. Estaba deseando ver a Marian. Héctor le había dicho la felicidad que se reflejaba en su rostro y luego Esther le había comentado lo bella que estaba dentro del vaporoso vestido blanco. Tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no bajar en ese mismo momento hasta la habitación de su prometida.

Héctor salió de la habitación contigua, colocándose la chaqueta.

—¿Y Pablo?

—Ha bajado ya para ir organizando a los invitados —contestó Andy, intentando dar una imagen de serenidad.

—Bueno, pues yo me marcho también. Creo que ya es hora de ir a buscar a la novia.

Andy consultó su reloj.

—Sí, será mejor que vaya bajando.

Héctor le ayudó a ponerse la chaqueta.

—Gracias. ¿Qué tal estoy?

—Irresistible. ¿Y yo?

—Bastante aceptable —bromeó Andy.

—¡Eh! Ten cuidado, a ver si voy a raptar a tu prometida.

—Ojito con lo que haces —amenazó Andy—. La coges y derechos a la capilla ¿Entendido?

Andy ya abría la puerta de la suite cuando Héctor contestó.

—Le daré una última oportunidad. Tal vez entre en razón y acepte huir conmigo.

—No lo intentes. Sé que no digieres bien las negativas —replicó Andy camino del ascensor.

La puerta de la habitación de Marian estaba abierta. Se oía un gran bullicio dentro y cuando Héctor traspasó el umbral, supo el porqué. Un grupo de mujeres rodeaba a la novia, ocultándola. Esther, Claudia, la señora Corbet, la abuela de Marian, sus hermanas, Elena y alguna otra más que Héctor no conocía, halagaban y elogiaban el resultado final.

Héctor esperó paciente y de pronto, como si Marian hubiera notado su presencia, hizo callar a todas y el círculo se abrió, dejándolos enfrentados. Marian apreció la cara de asombro de Héctor y sonrió cuando este le guiñó un ojo.

—Creo que mi hermano mayor no sobrevivirá a este día. Lo tiene merecido, pretendía sorprenderte y el sorprendido va a ser él.

Marian avanzó hacia él y le besó con cuidado de no estropear el maquillaje.

—Entonces ¿Te gusto?

Héctor sorprendió a todas cuando la tomó de la cintura y la inclinó hacia atrás mientras confesaba desgarradoramente.

—Me gustas desde el primer día que te vi. Me pirro por tus huesos desde aquel instante.

Marian con la cabeza hacia atrás, con el techo como única visión, reía descontrolada ante la reacción de Héctor. Era justo lo que necesitaba. Esa carcajada había liberado todas las mariposas que tenía posadas en la boca del estómago.

Una vez más fue Esther la que tuvo que poner orden.

—Ten cuidado hijo o tendremos que volver a empezar. Suéltala y deja de hacer el bobo, estás

arrugando el vestido.

—¡Estupendo! Uno saca a la luz en público, sus más íntimos sentimientos y su propia madre le sermonea porque arruga un vestido.

Esther no prestó atención a su pataleta, ocupada ya en desalojar la habitación.

—Venga, ya es hora. Será mejor que todos vayamos bajando.

Héctor y Marian esperaron unos minutos para dar tiempo a que todos se acomodaran. Cuando lo creyeron oportuno tomaron el ascensor.

—¿Sabes? He intentado sobornar a tu padre para que me dejara ser el padrino, pero no ha habido forma. He de conformarme con acompañarte hasta la puerta de la capilla.

Héctor habló en serio por primera vez.

—Habría sido un honor para mí entregarte al pie del altar.

A Marian se le humedecieron los ojos.

—Suena a tópico, pero te lo agradezco, significa mucho para mí.

Marian respiró hondo y añadió:

—Y deja de decir esas cosas. Ya estoy bastante nerviosa para que tú me pongas más.

Héctor empezó a agitar sus manos ante los ojos de Marian, soplando y haciendo aspavientos.

—Es cierto, sale una lagrimita, ten cuidado, cógela. No la dejes escapar. Si se estropea tu maquillaje mi madre me matará.

La sonora carcajada que produjo la broma de Héctor, consiguió aplacar parte de sus nervios. Pero, al llegar ante la puerta de la capilla, sintió otro latigazo en su estómago. Estaba a rebosar. Héctor la entregó allí mismo a su padre y fue a ocupar su lugar al pie del altar, junto a su hermano mayor.

Marian echó un vistazo y vio muchos rostros amigos. Algunos actuales, como sus empleados de la agencia, otros eran amigos de la juventud. Distinguió entre ellos algunas compañeras de estudios a las que no veía hacía años, aunque seguía al tanto de sus vidas. Y, al mirar al frente, allí estaba él. Junto al altar. Con sus manos entrelazadas, observándola sin perder detalle.

Marian ya no pudo desviar la vista. Todos los rostros desaparecieron y ya solo pudo mirarle a él. Caminó pausadamente, hacia el hombre que la esperaba en el altar, intuyendo por su expresión toda la pasión, el amor y el deseo que despertaba en él.

Por fin, Andy la tuvo a su alcance. Alargó su mano y Marian se asió a ella.

—Dios mío —exclamó admirándola—, todavía no me había dado cuenta de lo hermosa que eres.

Marian sintió un escalofrío en todo su cuerpo. Aquella voz seguía haciéndola estremecer. Le miró embelesada y antes de seguir adelante quiso preguntarle algo:

—¿Estás seguro de que es esto lo que quieres hacer?

Andy aproximó los labios hasta su oído y afirmó desde lo más profundo de su ser.

—No deseo estar en ningún otro lugar que no sea este, ni con ninguna otra persona que no seas tú. Te amo y quiero que seas mi esposa ante Dios y ante toda la gente que quiera ser testigo de mi felicidad.

Marian cerró los ojos y respiró profundamente. Era justo lo que quería oír. La guinda que adornaba el pastel.

El padre Miguel carraspeó pacientemente ante ellos:

—¿Estáis preparados? ¿Podemos empezar?

—Cuando quiera padre, estamos listos —respondió rotundamente Andy.

FIN

## Nota de la autora.

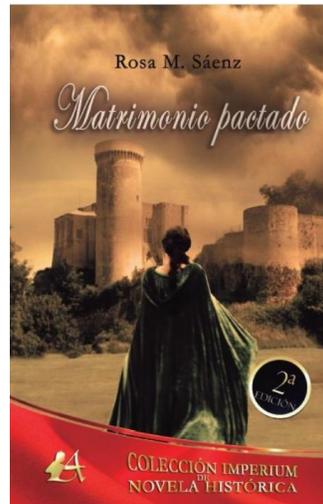
*Y, hasta aquí, la historia de Andy y Marian. Confío en que hayas pasado un rato agradable descubriéndola. Yo, he de confesar que me divertí mucho imaginando maneras de martirizar al pobre Andy. Le adjudiqué un hermano pequeño, Héctor, tan parecido a él, que siempre sabe exactamente dónde disparar su dardo para buscarle las cosquillas. Hice que se reencontrara con su antiguo compañero de cancha de tenis para que le hiciera perder los estribos. Puse al matrimonio Carbe en su camino para que descubriéramos a un Andy capaz de perder el control... No sé, me apetecía despojarle de ese estatus de perfección, casi absoluta, del que suelen gozar los protagonistas. Quería que, en momentos puntuales, fuera capaz de perder los papeles, mostrar sus fallos, sus miedos, sus inseguridades y que, pese a todo ello, nos siguiera pareciendo irresistible, tierno y digno merecedor del amor de Marian.*

*Espero haberlo conseguido y que hayas disfrutado, tanto como yo, con los enredos, los malos entendidos y las situaciones divertidas.*

*Lo de situarla en esos años previos al boom de las redes sociales, como ya te habrás imaginado, no ha sido casual sino porque ayuda a que el enredo se acreciente y sea más difícil de aclarar con rapidez. Ahora, habría bastado acudir a internet para conseguir toda la información referente a Antonio Sorbesa que, lo más seguro, incluso habría venido acompañada de una foto y, el malentendido, se habría aclarado con un simple clic. Pero, en aquellos años, posiblemente, la única manera de conseguir la información era contratando a un detective para que investigara y sentarse a esperar que llegara el correspondiente informe.*

*Me despido dándote las gracias por haber leído mi novela y, si te ha gustado, te pido un último favor. Que compartas tu opinión en Amazon. Te llevará solo dos minutos y me estarás ayudando a darla a conocer. Lo dejo en tus manos. Gracias de nuevo y hasta la próxima ocasión.*

## OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA



### Matrimonio pactado

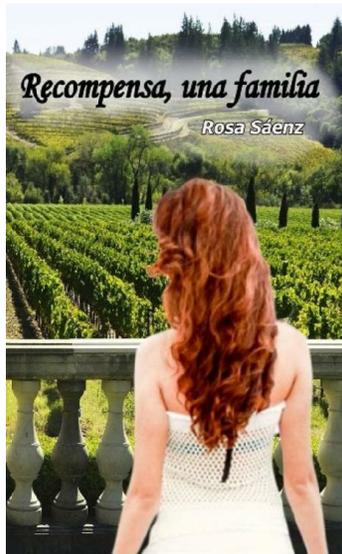
Roxana tuvo que abandonar su hogar tras el asedio que este sufrió y en el que murieron sus padres. Ahora, regresa pensando que será para siempre, pero su tía, su tutora legal, tiene otros planes para ella y se descubre comprometida con un desconocido con el que debe partir inmediatamente.

Por su parte, Daniel su prometido, teme quedar ligado para toda la vida a una mujer demasiado joven e inmadura. Pese a ello, está dispuesto a darle un voto de confianza e incluso a concederle tiempo para que se aclimate a su nueva vida.

Y cuando, al fin, parece que todo empieza a funcionar, de nuevo sus vidas sufren una nueva conmoción que pondrá a prueba sus sentimientos.

Un relato en el que se plasma que mujeres valientes, independientes y audaces, pese a los tiempos que les haya tocado vivir, las ha habido siempre. Y que hombres tolerantes, dialogantes y adelantados a su tiempo, pese a los tiempos que les haya tocado vivir, también los ha habido siempre.

## Recompensa, una familia



Rebeca fue condenada a un año de prisión por agresión cuando, en realidad, su única falta había sido defenderse de lo que, de otro modo, habría terminado siendo una violación. Lo que empieza como una gran tragedia para ella, acaba convirtiéndose en una bendición. Ese paréntesis forzoso que sufre su vida, le va a proporcionar lo que su severa rutina de estudio le había impedido tener hasta ahora: una familia.

Arturo se tiene por un patrón justo. Cuando una persona empieza a trabajar para él, solo le advierte dos cosas. Que no permite que le desobedezcan y que no soporta que le mientan. Y, personalmente, solo tiene una norma: mantener siempre la relación con sus trabajadores en un plano estrictamente laboral.

Hasta ahora, con esas sencillas pautas, había sido suficiente. Hasta ahora.

Cuando conoce a Rebeca, ella le hace saltarse sus propias normas e incluso pone su vida en peligro con tal de protegerla.

Recompensa una familia es una novela romántica, ambientada en unos viñedos, que lleva implícita un canto a la positividad porque, a veces, hasta de las peores experiencias, surgen cosas maravillosas.